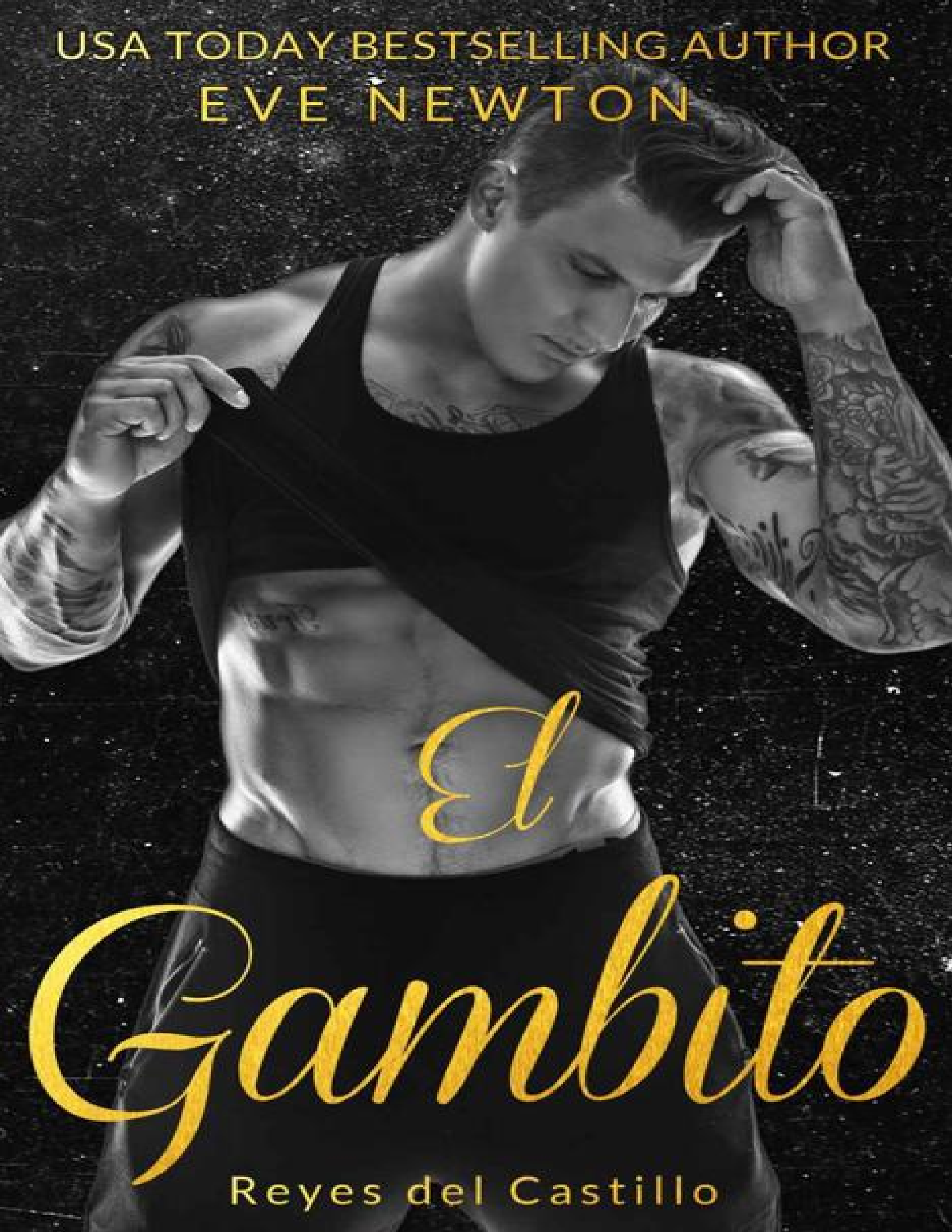


USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
EVE NEWTON



El
Gambito

Reyes del Castillo

EL GAMBITO

A DARK COLLEGE REVERSE HAREM

REYES DEL CASTILLO

LIBRO TRES

EVE NEWTON

ÍNDICE

Nota De La Autora

1. Raphael
 2. Tarquin
 3. Eliza
 4. James
 5. Oliver
 6. Eliza
 7. James
 8. Raphael
 9. Eliza
 10. Oliver
 11. Eliza
 12. Eliza
 13. Eliza
 14. Eliza
 15. Eliza
 16. James
 17. Eliza
 18. Raphael
 19. Eliza
 20. Eliza
 21. Eliza
 22. Eliza
 23. Tarquin
 24. Oliver
 25. Eliza
 26. Eliza
 27. James
 28. Eliza
 29. Eliza
 30. Eliza
 31. Raphael
 32. Eliza
- Epílogo

NOTA DE LA AUTORA

Esta es una novela contemporánea de romance oscuro con harén inverso para jóvenes adultos. Todos los personajes principales tienen 21 años.

Los Reyes del Castillo son esencialmente villanos. Si buscas una lectura suave y reconfortante, no la encontrarás en estas páginas.

El Gambito contiene contenido adulto y gráfico, y se recomienda discreción al lector.

Puedes encontrar una lista completa de advertencias de contenido para este libro/serie exclusivamente en mi sitio web. DEBES revisarlas para este libro, ya que hay algunas escenas que requieren discreción: <https://evenewton.com/the-kings-of-castle> Esta es tu advertencia, si no la tomas en cuenta, me temo que será bajo tu responsabilidad.

Únete a mi grupo de Facebook para recibir actualizaciones en tiempo real sobre futuras lecturas: <https://facebook.com/groups/evenewton>

CAPÍTULO I

RAPHAEL

Apartando estos malditos arbustos, estoy perdiendo la paciencia. Sé que Eliza está por aquí, y sé que es jodidamente buena para no ser encontrada si no quiere, pero esto ya es demasiado. Todo lo que me rodea es silencio, solo el crujido de las hojas y mi propia respiración pesada. Ni siquiera puedo oír a los otros chicos.

Algo no va bien.

Sacudo la cabeza, apartando ese pensamiento, sabiendo que Eliza puede cuidarse sola.

—Raphael —susurra Tarquin desde algún lugar a mi izquierda, y negaré rotundamente que me haya hecho saltar un poco—. ¿Algo?

—Nada —mantengo la voz baja, mis ojos escudriñando la densa vegetación. Es un fantasma en este juego, siempre un paso por delante, pero no hay nada. Ni rastro de ella, ni un sonido, y ese nudo apretado en mi estómago me grita que esto no está bien.

Soy un excelente rastreador, todos lo somos, pero no ser capaz de encontrarla está empezando a inyectar una dosis de miedo en mi alma.

Convergemos en un pequeño claro, la luz de la luna apenas penetra el dosel de arriba. Tarquin sale primero de las sombras, con el ceño fruncido. James le sigue, sacudiéndose las manos, mientras Oliver emerge el último, con la mandíbula tensa.

—Ya deberíamos haberla encontrado —las palabras de Tarquin quedan suspendidas entre nosotros como una acusación contra el silencio del bosque.

—Eliza no desaparecería sin más —murmura James, pasándose una mano por el pelo—. Ella quería esto.

No tiene que añadir la pregunta "¿No es así?" al final de esa afirmación porque todos lo estamos pensando. Su idea es oscura, muy oscura, y todos estamos dispuestos. La idea de tomarla mientras finge estar indefensa y lucha contra nosotros es más embriagadora de lo que jamás podría haber imaginado. Hasta que los escuché en la habitación de James la otra semana, ni siquiera era algo en lo que hubiera pensado, y mucho menos que pudiera expresar con palabras para sugerirlo.

—Separémonos de nuevo —sugiere Oliver, su mirada recorriendo el claro como si esperara que Eliza saltara en cualquier momento.

—Algo no cuadra —no puedo sacudirme la sensación, el instinto que me dice que nuestro juego se ha convertido en algo completamente diferente. Algo serio. Esto es más que solo cazar y capturar.

Nos separamos de nuevo, moviéndonos con determinación. Sabemos que Eliza puede cuidarse sola. Lo sabemos. Pero esta noche es una incógnita, y eso es lo que nos aterroriza.

Recorro con la mirada el suelo del bosque y luego doy unos pasos antes de agacharme. Dos

juegos de huellas. Unas pequeñas, probablemente de Eliza. Las otras más grandes, más pesadas... de un hombre. Se me cae el alma a los pies.

No es parte del plan. No es parte de ningún juego que estuviéramos jugando.

—¿Qué es? —pregunta Tarquin, acercándose por detrás y mirando por encima de mi hombro.

—¿De Eliza? —pregunta James, con la voz tensa mientras se une a nosotros.

—Tiene que ser —confirma Oliver, agachándose a mi lado, sus dedos flotando sobre la huella más pequeña—, y quien esté con ella no es uno de nosotros.

—Entonces, ¿qué significa esto? —pregunta Tarquin, su voz firme pero sus ojos reflejando el tornado que se está formando en mi estómago.

Lo ignoro.

—Vamos —digo antes de que pueda parpadear, y nos ponemos en marcha—. Uno... —murmuro, mirando hacia abajo mientras las dos series de huellas se convierten en una sola. Esto ya no se trata solo de encontrar a Eliza; se trata de quién nos la arrebató y a quién tengo que abrir en canal para meterle la mano, sacarle las tripas y enrollárselas alrededor del cuello para estrangular al hijo de puta.

Nos deslizamos en una formación familiar, silenciosos y letales como sombras. Cada rama que cruje y cada hoja que se agita bajo nuestras botas se siente como una traición al silencio que debemos mantener.

No somos ajenos al rastreo —el negocio a veces lo exige—, pero ¿rastrear a nuestra mujer? Eso es nuevo. Eso es personal.

—Eliza no se habría rendido sin luchar —murmura James, con voz baja.

—A menos que no tuviera otra opción.

Me lanza una mirada fulminante, es esa mirada vacía desprovista de todo, solo un frío abismo como si estuviera mirando a través de la mira de su rifle a punto de disparar.

—Joder —gruñe Tarquin.

Seguimos adelante, con la mandíbula apretada, los oídos atentos a cualquier sonido fuera de lugar. Cada paso agudiza el miedo dentro de mí, afilándolo hasta convertirlo en una fina punta dirigida directamente al corazón.

—No pueden habernos sacado tanta ventaja —gruñe Oliver—. ¿Cómo ha podido pasar esto?

—Esto no estaba planeado. Fue una oportunidad. Alguien la vio entrar aquí y la siguió sin que ninguno de nosotros lo supiera. Este tipo sabe lo que hace.

—¡Joder! —gruñe Oliver y golpea con el puño el tronco de un árbol cercano.

—Eso no ayuda —murmuro.

El bosque da paso a un borde abrupto con un camino de tierra que lo bordea. Mi corazón se acelera cuando me detengo, escudriñando el suelo. Las huellas que hemos estado siguiendo terminan, pero mis ojos captan algo más: surcos largos cavados en la tierra, marcados y antinaturales contra el caos orgánico.

—Mirad esto —llamo, acercándome. Ahora es inconfundible: marcas frescas de neumáticos de coche cortando la tierra, alejándose del bosque.

—Hijo de puta —siseo, la oleada de rabia pura se mezcla con una daga de miedo helado directo a mis entrañas. Esto es serio. Alguien se ha atrevido a llevarse lo que es nuestro.

—¿Quieres cambiar de opinión sobre que esto no estaba planeado? —gruñe Oliver, con su lado de perro de presa listo para la acción.

—¿Cómo podría serlo? Nadie podría haber sabido que iba a correr al bosque sin nosotros —señalo, tratando de mantener la calma, pero la estoy perdiendo rápidamente.

—Entonces, ¿cómo? —pregunta Tarq—. ¿Cómo consiguieron traer un coche aquí y rastrearla en tan poco tiempo?

—Fácilmente —murmura James—. Esto sí estaba planeado. Este camino lleva hasta el campo detrás de la casa adosada. Siempre planeó secuestrarla, pero el lugar cambió cuando la estaba observando.

—Un acosador. Genial. —Me froto la cara con la mano y cierro los ojos mientras pienso en el millón de personas que podrían ser.

—Los encontraremos. —La afirmación de Tarq no necesita respuesta. Es un hecho.

Oliver da la espalda al camino y maldice por lo bajo, pero luego se lanza hacia adelante hacia un arbusto en el borde del bosque.

Cuando lo alcanzo, tiene un trozo de tela en la mano. Está rasgado, con bordes deshilachados, y hecho del mismo material negro que el vestido de Eliza.

—Eso es suyo.

—Estamos en el camino correcto, pero no tenemos idea de adónde lleva ese camino.

—Entonces lo seguimos.

—Se bifurca, y ha empezado a llover —señala Tarquin mientras levanto la mirada y siento las grandes gotas en mi cara.

—¡Mierda! ¿Esta pesadilla nos dará un respiro? —Corro a toda velocidad hasta la bifurcación del camino, pero la lluvia ahora rebota en el barro y es imposible saber por dónde pudo haber ido el coche.

—Necesitamos refuerzos —digo, volviéndome hacia Tarquin, que se ha unido a mí y ha puesto su mano en mi hombro.

—Entonces hagámoslo. Lo mejor que podemos hacer por Eliza es hacer esto correctamente. Correr a medias bajo la lluvia no está logrando nada. —La voz de James es gélida detrás de mí.

Asintiendo, me doy la vuelta.

Aguanta, pequeña asesina. Vamos por ti.

Esto es solo el principio. Se la han llevado, pero no saben lo que han desatado. La encontraremos, y quien sea responsable de esto morirá dolorosamente, lentamente y sin misericordia.

CAPÍTULO 2

TARQUIN

Empapados y completamente cabreados, llegamos a la casa y entramos de golpe. El lugar se siente más frío y vacío sin la presencia de Eliza.

—¿Dónde demonios puede estar? —la frustración de Oliver rebota en las paredes de la sala mientras aparta una silla de una patada.

—Cálmate, joder —le respondo—. ¿Crees que no sé lo que está en juego? Necesitamos mantener la calma o la perderemos.

Raphael se pasa una mano por el pelo, un gesto que delata su preocupación.

—Ya la hemos perdido.

—¡No! —exclamo, agarrándolo por la camisa y estampándolo contra la pared—. Ni se te ocurra. Ni se te ocurra decir eso. Eliza puede arreglárselas hasta que lleguemos a ella, o hasta que encuentre la manera de volver con nosotros —les recuerdo, más por mi propio bien que por el de ellos—. No es una jodida damisela en apuros.

—Eso no significa que no esté en peligro —replica Raphael, con los ojos oscurecidos por la preocupación.

—Entonces averiguaremos quién está detrás de esto y los haremos pedazos —gruño, soltándolo—. Nadie toca lo que es nuestro. Nadie se lleva a Eliza y sale impune.

—Joder, así se habla —escupe Raphael—. Arrasaremos el mundo para recuperarla.

La puerta de la casa se abre de golpe y Lucas entra a zancadas, con la urgencia grabada en cada línea de su rostro. No pierde ni un segundo en cortesías.

—¿Qué tienes? —pregunta Raph, volviendo al vestíbulo mientras su informante hace su entrada como un imbécil.

—¿Cuándo lo llamaste? —pregunto, pero no espero una respuesta. Raph está en una misión. Todos lo estamos.

Lucas saca un sobre.

Raphael da un paso adelante, lo arrebató y lo abre de un tirón, sacando un par de fotos. Su rostro se endurece, se oscurece, como si hubiera visto algo que le diera ganas de matar.

—¿Qué es? —pregunto, temiendo la respuesta.

Lo levanta para que lo vea, y se me revuelve el estómago.

—Mierda —murmura Oliver, mirándolo de reojo—. Esto es interesante. —Inclina la cabeza mientras observa la captura de pantalla pornográfica.

Es de Raph y yo follándonos a una mujer mayor hace dos años, cuando llegamos a la Universidad Castle con actitudes que definitivamente eran menos refinadas que las que tenemos ahora. Lo cual ya es decir mucho.

—¿Quién es? —pregunta James, arrancando la captura de pantalla impresa de las manos de

Raph y mirándola fijamente.

—La esposa del profesor Franks —digo entre dientes.

—Ah —murmura Oliver y tuerce los labios en una expresión de "vaya".

—Sí —mascullo—. Joder. ¡Joder! ¿Crees que Franks tiene a Eliza?

—Tal vez —dice Lucas—. Eliza sabe de esta foto. Se la di como prueba de que tenía información y que necesitaba escucharme.

—¿Le diste esto a Eliza? —pregunta Raph con incredulidad.

—Mira, oí rumores de que alguien buscaba vengarse de los Reyes. Fui a ver a Eliza queriendo formar una alianza, pero aún no tenía un nombre.

—¡Deberías haber venido a *nosotros*! —grita Raph tan fuerte que las ventanas tiemblan.

—Ya tengo una alianza con ustedes. ¿Cómo me habría ayudado eso? —pregunta Lucas sin rodeos, sin importarle que estemos hundiéndonos sin Eliza.

—¡Joder! —ruge Raph y se da la vuelta para alejarse y no golpear a Lucas en la cara. Yo, por otro lado, no tengo tales reparos en perder a un informante de confianza, así que doy un paso adelante, con el puño listo.

Ollie me detiene. —No lo hagas. Necesitamos que nos diga qué más tiene.

—¿Quién más sabe sobre esto? —pregunto en voz baja, forzando las palabras a través de los dientes apretados para mantener la compostura.

—Solo nosotros aquí y Eliza —los ojos de Lucas están duros, como el pedernal golpeando el acero, listos para la tormenta de fuego.

—Y Franks, obviamente —murmuro.

—Parece que tenemos nuestra vendetta —dice James, con una tormenta gestándose en sus ojos mientras mira fijamente las fotos.

—Tenemos que encontrarla —digo, con el corazón acelerado por el miedo y la furia—. Antes de que Franks se dé cuenta de que ha pateado un avispero.

—Ya estoy en ello —dice Lucas, listo para desaparecer de nuevo en las sombras.

—Mantén esto en secreto —ordena Raphael, volviendo más compuesto que cuando se fue.

—Entendido —asiente Lucas, con el rostro decidido y sombrío. La puerta se cierra tras él con un suave clic, pero el eco retumba en mis oídos.

—Eliza... —empiezo, la imagen de sus impactantes ojos verdes y esa cascada de cabello castaño destellando ante mí, anclándome en medio de este caos.

—Estará furiosa cuando se entere de que dejamos que esto pasara —termina Raphael, con una sonrisa torcida a pesar de la situación de mierda—. Así que no la hagamos esperar.

—Sí —reprimó el miedo y lo reemplazo con el frío fuego de la retribución—. Vamos a destrozarnos el mundo hasta que la encontremos.

—Entonces haremos que Franks pague —dice Raphael, una promesa letal—. Por llevársela. Por tocar nuestro mundo. Por pensar que podía usarla contra nosotros.

Sigo los movimientos de James a través del vestíbulo y subiendo las escaleras. —¿Adónde vas?

—Necesito un minuto —me espanta como a una mosca molesta, sin siquiera mirar atrás.

—Lo que sea —murmuro y me vuelvo hacia Raph—. Hay que desplegar las armas grandes. Esto es más grande que nosotros.

—Sí, te escucho. Papá se movilizará cuando sepa que Eliza está desaparecida.

—Joder.

—Eso no lo cubre, hermano. Eso no lo cubre en absoluto —saca su teléfono y desaparece en la cocina para hacer la llamada, dejándonos a mí y a Oliver para volver a la sala de estar.

—¿De verdad tuviste una aventura con la esposa de un profesor? —pregunta, con los brazos cruzados mientras me mira fijamente.

—Para empezar, fue una noche, y ella nos abordó en el Rusty Anchor, claramente buscando algo. Teníamos diecinueve años y éramos idiotas. Por supuesto que dijimos que sí cuando se ofreció. No sabíamos que lo estaba grabando y no teníamos ni puta idea de que volvería para mordernos el culo. Franks nunca dijo una palabra. Asumimos que nunca lo supo, y todos seguimos con nuestras vidas.

—Bueno, le ha mordido el culo a Eliza, no a ustedes dos —señala Oliver, haciéndome gruñir de frustración.

—Sí, soy consciente, gracias, Capitán Obvio —mi paciencia se está agotando, los bordes se deshilachan como una cuerda a punto de romperse—. Tenemos que concentrarnos en encontrar a Eliza, no en revisar viejas conquistas —camino de un lado a otro, sintiéndome enjaulado.

Oliver arquea una ceja, su expresión indescifrable. —Tenemos que actuar rápido, Tarq. Si Franks tiene a Eliza, o lo está haciendo para vengarse de ti y de Raph, o está buscando algo más grande, o ambas cosas. Sea como sea, ella está en peligro.

—Sí, esperemos que papá pueda ayudar.

Oliver asiente, y caemos en un sombrío silencio hasta que Raph regresa con la noticia de que los refuerzos están en camino.

CAPÍTULO 3

ELIZA

Con la cabeza palpitando como si me la hubieran partido en dos, parpadeo y despierto. La textura áspera de la cama debajo de mí raspa mi piel cuando intento moverme, pero algo se clava en mis muñecas: bridas de plástico. Estoy en una cama en algún lugar que huele a rancio y viejo. El papel tapiz se despega de las paredes, y hay un frío que se cuela por el cristal roto y sucio de la ventana, dejando entrar la luz del día.

Levanto la cabeza, mis ojos recorren la habitación, absorbiendo los escasos muebles y el polvo que baila en los rayos de luz que cortan la penumbra.

El profesor Franks.

Está de pie junto a la ventana, su cuerpo rígido, como un resorte comprimido listo para saltar. No puedo ver su cara, pero la forma en que tiene las manos detrás de la espalda me dice mucho. Le importa un bledo.

El recuerdo del secuestro vuelve a mí como una avalancha, y mi cabeza da vueltas. Debe haberme inyectado algo para hacerme perder el conocimiento.

—¿Dónde estoy? —Mi voz suena más fuerte de lo que me siento, haciendo un ligero eco en el pequeño espacio. No dejo que se note mi miedo, pero quiero que sepa que estoy despierta. Me he enfrentado a cosas peores que este hombre, con su chaqueta de tweed y el olor a academia pegado a él como una segunda piel.

Franks no se da la vuelta. Simplemente se queda ahí, una estatua de frialdad, mirando fijamente lo que sea que haya más allá de ese cristal sucio. Me esfuerzo contra las bridas, sintiendo cómo se clavan en mi piel, pero no le doy la satisfacción de verme luchar. No me dejaré intimidar por un hombre que se pasa los días dando conferencias sobre gente muerta.

—Eliza —dice finalmente, con voz de gravilla—. Estás despierta.

—Observador —le respondo mordazmente. Manténlo hablando—. ¿Te importaría decirme por qué estoy atada en esta encantadora morada?

Su risa carece de humor, un sonido que me eriza los pelos de la nuca. —Todo a su debido tiempo —dice, y ahora se gira, sus ojos fríos y calculadores se fijan en mí—. Por ahora, digamos que eres una invitada.

—Nunca supe que fueras un anfitrión tan amable, profesor —dejo que mi mirada lo recorra, sin impresionarme—. Aunque supongo que es una mejora respecto a tus clases.

Se acerca, y puedo ver la ira grabada profundamente en las líneas de su rostro. Está claro que no solo está enojado; hierve con algo más oscuro, algo que tiene sus raíces mucho más profundas que mi secuestro. Sea cual sea el juego que está jugando, yo solo soy un peón, pero que me condenen si se lo pongo fácil.

—¿Qué quieres de mí? —Escaneo la habitación, desesperada por encontrar una salida. Mis

ojos se posan en Flick, mi fiel cuchillo, que yace sobre una mesa demasiado lejos de mí, incluso si mis manos no estuvieran atadas a mi espalda tan fuertemente que estoy sangrando.

—Estás aquí porque eres el cebo perfecto.

Entrecierro los ojos mirándolo, manteniendo mi rostro inexpresivo aunque mi mente va a mil por hora. —¿Un cebo? ¿Para qué?

—Ah, verás, tus queridos gemelos Carver me han convertido en su enemigo —Su sonrisa se ensancha, y casi puedo ver los engranajes girando en su mente retorcida—. Y ahora, vendrán corriendo directamente a mi trampa, todo por ti.

¿Este hombre piensa que puede usarme como cebo? Oh, se va a llevar una sorpresa.

—¿Sabes quién soy? —escupo, sin importarme lo arrogante que suene.

—Solo una niña estúpida que se enredó con los chicos equivocados —murmura.

¿Estúpida? ¿Estúpida? ¿Quién coño se cree que es? Va a pagar por ese comentario con sus pelotas metidas en la garganta.

—¿Qué te hicieron? —escupo. Mi pecho se tensa con cada latido de mi corazón, la ira y la curiosidad luchando por dominar.

Los ojos de Franks se entrecierran, las líneas alrededor de ellos se profundizan con viejas heridas. —Se ganaron su confianza, se metieron en su vida, en su cama —comienza, con voz baja y gruñona, hirviendo de amargura—. Y luego intentaron dismantelar todo lo que he construido. Mi reputación, mi carrera... casi destruida por esos dos imbéciles.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, y aunque mi cuerpo está quieto, mi mente corre. Raphael y Tarquin, conocidos por su atractivo y su carisma letal, claramente han dejado huella en la vida de este hombre. Pero ese es su pasado, un pasado que ahora se enreda con mi presente de la peor manera.

Entrecerrando los ojos, pienso en la foto que Lucas me dio, y luego pongo los ojos en blanco. Supongo que esa es la esposa de Franks con ellos, enredada en un sándwich de gemelos con el que estoy demasiado familiarizada.

Malditos imbéciles.

—¿Quieres una noticia de última hora, profe? —empiezo, con voz firme mientras retuerzo dolorosamente mis muñecas para intentar aflojar las ataduras—. No me sorprende que tu esposa haya ido a buscar algo mejor. Eres solo un triste hombrecillo en una habitación polvorienta, jugando con las vidas de los demás porque no puedes manejar la tuya.

El rostro de Franks se contorsiona de rabia, los músculos de su mandíbula se tensan tanto que casi los oigo crujir. Sus manos se cierran en puños a los lados, y me preparo para el impacto.

—Cierra la boca —sisea, las palabras apenas escapan entre sus dientes apretados.

—¿Toqué una fibra sensible? —lo provoco, empujándolo más lejos. Es arriesgado, pero verlo desmoronarse me da una retorcida satisfacción.

Con un rugido, Franks se abalanza sobre mí, abandonando toda pretensión de control. Me golpea con el dorso de la mano en la mejilla, y un dolor ardiente explota en mi rostro por la fuerza del impacto. Jadeo, sintiendo el sabor de la sangre en mi lengua. Antes de que pueda salir del aturdimiento, mi cabeza se golpea contra la pared, y veo estrellas bailar en mi visión cuando otro golpe aterriza, esta vez su puño en mi nariz. Puedo sentir el cálido goteo de sangre, y lucho contra las ataduras, mi cuerpo gritando por libertad.

—¿Eso es todo lo que tienes? —escupo sangre, provocándolo porque cada golpe solo alimenta mi ira. No se saldrá con la suya. Nadie usa a Eliza Hughes como cebo y vive para contarle.

Las manos de Franks se mueven como víboras, rápidas y venenosas, desgarrando la tela de

mi vestido. Lo rasga por el frente, dejando mis pechos desnudos expuestos. Mi piel se eriza bajo su mirada. Me han entrenado para mantener la compostura bajo presión, pero esto... esto es un campo de batalla diferente. No es uno al que me haya enfrentado antes, pero acepto, giro, me adapto.

—Mírate —se burla Franks, retrocediendo para contemplar la escena. Sus ojos, oscuros de furia, recorren mi cuerpo, pero no ve a una víctima. Ve el cebo que no está mordiendo.

Me obligo a tragar la bilis que sube por mi garganta. —¿Crees que desnudarme cambia algo? —Mi voz es firme, más fuerte de lo que me siento—. Solo te hace más predecible.

Su risa me pone los nervios de punta, pero todo es un juego, y estoy calculando mis movimientos por adelantado. El espacio entre nosotros vibra con su sentido demencial del poder, pero no puedo permitirme que el miedo se apodere de mí, no ahora, no cuando cada segundo cuenta.

Mi mente corre, los instintos de supervivencia a toda marcha. Tiene que haber una salida, una debilidad que explotar, un momento de distracción que aprovechar.

¡Piensa, perra, piensa!

—¿Disfrutando de la vista, profesor? —mantengo viva la provocación, mis ojos furiosos clavados en los suyos. Es un gambito, mantener su atención en mi rostro y no en la habitación, la habitación donde necesito encontrar mi escape.

—Cállate —gruñe, acercándose de nuevo, su aliento fétido mientras se cierne sobre mí. Pero la proximidad es un arma de doble filo, y yo también puedo usarla.

—Oblígame. —El desafío sale de mis labios. Audaz y temerario, tal vez, pero cambia su peso y atrae su atención, y eso es lo que necesito. Cualquier desliz, cualquier titubeo de su parte, podría ser mi oportunidad.

—Palabras fuertes para alguien en tu posición —dice. Siente mi desafío, mi negativa a quebrarme, y eso lo enfurece.

—La posición lo es todo —respondo.

Sonríe, esa expresión vil en su rostro como si hubiera ganado algún premio retorcido. Estirándose, tira de mis pezones, endureciéndolos antes de retorcerlos dolorosamente, arrancándome un jadeo de los labios.

—Así es como jugaban con ella, ¿sabes? Y ahora, es tu turno. Ellos pueden sentir cómo arde ver a la mujer que amas con otro.

Me muerdo un grito, negándole la satisfacción. Mi mente clama por venganza, por el momento en que pueda hacerle pagar.

—¿Eso es todo lo que tienes? —digo con voz ronca, cada palabra un desafío. Quiero que esté enojado y sin pensar porque la ira te vuelve estúpido, y los hombres estúpidos cometen errores, especialmente los que piensan con la polla. Me burlo cuando se baja la cremallera de los pantalones y saca un pene diminuto que no deja lugar a dudas sobre por qué su esposa decidió que los gemelos eran una mejor opción.

Agarra su polla con fuerza y comienza a bombear furiosamente, con los ojos fijos en mí. El asco me recorre, pero no lo demuestro. Ni de coña me verá estremecerme.

—¿Disfrutando? —lo provoco—. Tu esposa debe haber estado desesperada por una polla de verdad.

Su rostro se contorsiona de rabia, las venas de su cuello hinchándose mientras se masturba con más fuerza. —Vas a pagar por tu puta boca —gruñe.

—Mucha palabrería para un hombre que compensa con violencia porque no puede satisfacer a una mujer —le devuelvo, mi propia rabia ahora una cosa viva dentro de mí.

Sus gruñidos llenan la habitación mientras acelera el ritmo. Dispara su carga sobre mis tetas en un patético intento de afirmar su dominio. Está jadeando, sudando, mirándome con lo que podría ser satisfacción.

Pero esto no ha terminado, ni de lejos.

Recupero el aliento, esperando mi momento mientras él retrocede y se guarda con manos temblorosas. Las bridas me aprietan la piel, pero apenas las siento ahora. Estoy concentrada en la puerta, la ventana, cualquier oportunidad de escape antes de que esto se convierta en algo que no pueda detener con las manos atadas a la espalda. Por ahora, siento que no me violará porque no quiere ser infiel a su esposa, dondequiera que esté, pero eso no durará.

El profesor Franks se burla, inclinándose para untar su semen por mis pezones y tetas y bajando por mi estómago. —Quiero que estés cubierta de mi semen cuando vengan por ti —murmura, cerca de mi oído.

—Patético —logro decir, mirándolo a los ojos, dejándole ver el desprecio, la rabia—. ¿Crees que esto me quiebra? No tienes idea de con quién te estás metiendo.

Él no lo sabe, o no le importa. Pero definitivamente no entiende el fuego que está avivando, el infierno que está construyendo en mi alma.

Franks retrocede, su pecho subiendo y bajando mientras me mira, la satisfacción grabada en las líneas de su rostro. Pero es una victoria hueca, y ambos lo sabemos. Ha desatado algo en mí que no se puede contener, una necesidad ardiente de destruirlo pieza por pieza.

Tomo un respiro superficial, tratando de calmar la tormenta dentro de mí. Mi cuerpo duele, las ataduras alrededor de mis muñecas mordiendo mi carne, pero mi espíritu es inquebrantable. Estos moretones, esta inmundicia que ha dejado en mí, no son más que combustible para la tormenta de fuego que se avecina.

—¿Crees que por tu apellido eres intocable?

Me río, corta y afiladamente, el sonido resonando en las paredes de la cabaña. —No. Sé que soy intocable porque me he hecho así. ¿Crees que drogarme y atarme significa que has ganado? Tus días están contados, Franks.

—Las amenazas vacías no te salvarán —se burla.

—¿Quién ha dicho nada de salvarme? —replico—. Esto se trata de destruirte.

Se da la vuelta, sus hombros tensos, pero veo la incertidumbre. Se ha dado cuenta de su error, pero ya no hay vuelta atrás. Ni para él, y ciertamente no para mí.

Mientras sale de la habitación, cerrando la puerta con llave, me muevo en la cama, probando la fuerza de mis ataduras. Están apretadas pero no son impenetrables. Nada lo es nunca.

Los Hughes no se quiebran.

Mi mente repasa cada lección, cada estrategia que he aprendido. El escape no es solo una opción, es una certeza.

CAPÍTULO 4

JAMES

Al responder la videollamada con un toque en la pantalla, el rostro de papá llena la pantalla. Antes de que pueda siquiera saludar, él ya está lanzado.

—James, hay un encargo en tu zona. Te necesito en ello, ya que me voy a Colombia en un par de horas.

Niego con la cabeza.

—Tengo que declinar; ha surgido algo.

Frunce el ceño, esa línea entre sus cejas se profundiza como una trinchera.

—¿Qué podría ser más importante?

—Eliza ha desaparecido —le interrumpo, observando cómo su rostro se congela. El silencio pesa por una fracción de segundo antes de que se recline en su silla, procesando lo que acabo de soltarle.

—¿Desaparecida? —Su voz es baja, un gruñido que no augura nada bueno para quien se encuentre al otro lado de su temperamento.

—Tenemos que encontrarla, rápido. —Mi mandíbula se tensa con firmeza, la urgencia arañando mis entrañas.

Papá se frota la barbilla, claramente desconcertado por la noticia.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde anoche. —Mis palabras salen cortantes, todo negocios.

—¿Estás seguro de que no se ha ido a hacer algo por su cuenta?

—No, no es así. Hay circunstancias... sabemos que se la llevaron.

—Ya veo.

—No puedes decírselo a Damon. Aún no. —Me inclino hacia adelante—. Danos veinticuatro horas para localizarla.

Los ojos de papá se estrechan en la pantalla, una señal de que está conteniendo sus objeciones.

—Sabes que Damon te matará si se entera de esto.

—Lo sé, por eso necesito irme. Lo haremos discretamente; lo haremos bien. —Mi voz es firme, pero por dentro soy pura tensión contenida.

—De acuerdo, veinticuatro horas. Pero ni un minuto más. Si ella no ha vuelto para entonces, él tiene que saberlo. Esto es serio, James. —No espera mi respuesta, su imagen se congela por un momento antes de que la llamada se corte.

—No me digas —murmuro antes de que algo se estrelle, lo suficientemente fuerte como para sobresaltarme. Sin pensarlo dos veces, me muevo, olvidándome de papá, mientras me dirijo rápidamente hacia las escaleras.

Bajando lentamente al ver el vestíbulo lleno de gente, me detengo cerca del final y me paro junto a Rafe en el amplio escalón.

—James —asiente, con el rostro tallado en piedra.

—Rafe —reconozco con un tenso asentimiento.

—Sabes que esto es un desastre, ¿verdad?

—Obviamente.

Resopla.

—Me caes bien, James. No le das vueltas a las cosas.

—¿Para qué perder el tiempo?

—Exactamente. ¿Cómo lograron perderla, chicos?

—Larga historia.

—Así que, ¿no estás echando la culpa a nadie?

—Si ese era el propósito de tu pregunta, te llevarás una decepción. La perdimos. Fin de la historia.

—Hmm. He traído a algunos de los muchachos. Son los mejores rastreadores que hay. La encontrarán.

—Rastreadores. —La tensión que se ha estado acumulando en mi pecho se alivia solo una fracción.

—Los mejores de los mejores. Encontrarán a Eliza. Sabes que mis chicos no se andan con tonterías.

Asiento, pero no ofrezco palabras de gratitud. Si Rafe sabe sobre este lío, está tan metido en problemas como el resto de nosotros si no se lo dice a Damon y este se entera. A juzgar por la falta de un padre furioso irrumpiendo en la casa para hacernos pedazos a todos, diría que Rafe ha mantenido la boca cerrada.

Por ahora.

Terminando mi descenso, me uno a Tarquin, que ya está informando a los rastreadores. Sus palabras son cortantes y precisas:

—Ella sabe cómo cuidarse, pero el tiempo juega en nuestra contra. Se la llevaron desde el borde del bosque detrás de aquí, pero todas las huellas se habrán borrado con este aguacero. Necesitamos ojos en el cielo para encontrar el coche.

—Entendido —reconoce uno del equipo, y comienzan a equiparse en la sala de estar, preparándose para recorrer la ciudad con la eficiencia de cazadores experimentados.

—James. —El murmullo de Raphael me saca del intenso grupo—. Estate listo.

—Sí. —Pasando junto a él, subo las escaleras de dos en dos, cada segundo se alarga más que el anterior. Al entrar en mi habitación, agarro el estuche que contiene mi rifle de francotirador.

El estuche se abre con un clic que corta el tenso silencio de la habitación. Alargo la mano y mis dedos se envuelven alrededor de la fría y familiar textura de la empuñadura del rifle. Es pesado, sólido, como si fuera parte de mí. Calma mis nervios y me recuerda de lo que soy capaz. Cierro el estuche de golpe, lo levanto bajo el brazo mientras giro sobre mis talones y bajo las escaleras apresuradamente.

—Te cubro la espalda —murmura Raphael cuando me reúno con ellos. Sus ojos son afilados, un reflejo del acero en su voz.

Me muevo hacia la sala de estar para observar al equipo de vigilancia como halcones, dejando que Raph se encargue de su padre. Deslizo el estuche bajo una mesa lateral cerca de la puerta y luego me siento, con la tensión enrollada en mis entrañas mientras espero cualquier noticia sobre el paradero de Eliza. Tarquin ya está mirando por encima del hombro de un tipo la

pantalla del portátil, su dedo trazando el mapa en la pantalla mientras Oliver camina de un lado a otro.

—¿Dónde estás, Eliza? —murmuro entre dientes, sintiendo cada segundo que pasa como una cuenta regresiva hacia algo catastrófico.

Rafe se acerca, su presencia pesada y exigente.

—Chicos —empieza, su voz tan autoritaria como siempre—, recordad lo que está en juego. La encontramos, o respondemos ante Damon Hughes, y esa no es una opción que ninguno de nosotros quiera contemplar.

Dejo escapar una breve risa sin humor.

—Eso es quedarse corto.

Me sonrío con suficiencia y se vuelve hacia las pantallas, inclinándose mientras sus ojos escanean la pantalla con precisión láser. Por mucho que quiera levantarme de un salto y salir a buscarla, no tiene sentido. Esta manera es más rápida, pero está fuera de mi control. Tenemos que dejar que el equipo haga su trabajo para poder encontrar a nuestra chica y traerla a casa.

CAPÍTULO 5

OLIVER

No puedo quedarme quieto. La habitación está viva con el zumbido de la tecnología, las pantallas proyectan un resplandor sobre los rostros tensos de los hombres de Carver.

Estoy caminando de un lado a otro, con pasos medidos, cada uno haciendo eco de mi pulso acelerado. Eliza podría estar en cualquier parte ahora, y aquí estoy yo, inútil, desgastando la costosa alfombra que decora el centro de vigilancia.

—¿Algo? —Mi voz corta a través del bajo zumbido de actividad. Las miradas se alzan hacia mí y luego se desvían. No tienen nada, y eso me corroe.

—Seguimos buscando —murmura alguien, con la atención clavada en el gran monitor donde imágenes granulosas del borde de la ciudad se reproducen en bucle. Los árboles se alzan como guardias silenciosos en el límite del bosque, pero no ofrecen pistas ni señales de ella.

—Amplía ahí —murmura un tipo, con voz urgente, señalando con el dedo una sección de la pantalla.

No es nada. Quizás una rama moviéndose, o un truco de la luz. No es Eliza, no es la pista que necesitamos.

—Sigan buscando —insto, mi tono no deja lugar a discusión—. Está ahí fuera en alguna parte.

Está ahí fuera en alguna parte, sola, en peligro, y todo es culpa nuestra. La dejamos fuera de nuestra vista y ahora se ha ido. Tal vez deberíamos poner al día a Damon y aceptar nuestras muertes por ser tan estúpidos. Imágenes de ella, nítidas y vívidas, invaden mis pensamientos: sus ojos verdes que brillan con inteligencia, su desafío, su postura sin miedo frente al peligro. Eliza puede cuidarse sola, pero incluso los más fuertes tienen puntos de quiebre, y si ese cabrón le ha puesto una sola mano encima, se las cortaré y se las meteré por el culo.

—Cualquier cosa fuera de lugar, cualquier detalle, informen —digo, con tono cortante y urgente. El equipo responde con asentimientos, sus dedos volando sobre los teclados, rebobinando, avanzando rápido, pausando. Son buenos en lo que hacen, los mejores, pero ahora mismo, nuestro mejor esfuerzo no es suficiente.

—Lo estamos intentando —dice alguien entre dientes, pero yo ya estoy más allá del punto de consuelo. No hay consuelo cuando la mujer que amas está en peligro.

—Inténtenlo más —espeto. Es todo lo que puedo ofrecer, todo lo que puedo hacer. No estoy hecho para esperar, para quedarme de brazos cruzados mientras ella está ahí fuera, sola, potencialmente... No, no dejaré que mi mente vaya por ahí.

—Necesitamos encontrarla.

La habitación vibra con tensión y oraciones silenciosas a cualquier dios que pueda estar escuchando. Mi pulso martillea contra mis sienes, cada latido un tic del reloj, un recordatorio del

precioso tiempo que se nos escapa entre los dedos.

—Esperen —Una voz corta a través de la niebla de mi ansiedad—. Ahí, detengan el video.

James, Tarquin, Raphael y yo nos lanzamos hacia la pantalla al mismo tiempo. En el monitor, una sombra se desliza por el fondo, un momento fugaz capturado en píxeles y datos.

—Amplíen eso —ordena el líder del equipo.

El equipo trabaja rápidamente, mejorando la imagen. No es mucho, pero es algo, una anomalía en el patrón de la noche. ¿Podría ser ella? ¿Podría ser esta la pista por la que hemos estado luchando?

—Rastréenla —dice él.

No necesitan que se les diga dos veces. Sus manos se mueven con renovado propósito, impulsadas por el destello de esperanza que se ha encendido en la habitación. Estamos cerca, puedo sentirlo, y si hay una oportunidad, cualquier oportunidad, la aprovecharemos. Destruiremos este mundo ladrillo a ladrillo hasta encontrarla. Lo destruiré con mis propias manos si es necesario.

Golpeo con el puño la estación de trabajo, apenas registrando el dolor mientras la espera me supera. La mano de James se posa en mi hombro en señal de solidaridad. Todos sienten lo mismo, pero son mejores manteniéndose fríos y concentrados. Eso simplemente no es lo mío y nunca lo será. Eliza está en peligro; esto no es solo otra operación; es personal.

El tiempo se escapa, cada segundo un ladrón que roba esperanza. Pero no puedo permitirme la desesperación, no cuando Eliza cuenta conmigo, con nosotros. Esto no se trata solo de salvar a la heredera del imperio Hughes; se trata de salvar a la mujer que tiene un pedazo de mi alma.

—¿Algo? —pregunto de nuevo, probablemente irritando a todos, pero me importa una mierda.

—Aún no —murmura Raphael.

El reloj en la pared se burla de mí con cada tic. Me quedo quieto, con la mirada fija en las imágenes granuladas que parpadean en múltiples pantallas. La habitación está en silencio excepto por el zumbido de las computadoras y el suave clic de los teclados mientras el equipo de vigilancia de Carver trabaja con precisión.

—Acabo de obtener permiso para entrar al satélite. Y... tengo el coche en el momento del secuestro —murmura finalmente uno de ellos, y todos nos giramos para mirar fijamente la pantalla.

—Joder —murmuro mientras vemos a Franks arrojando el cuerpo inmóvil de Eliza en el maletero de su coche—. El muy hijo de puta la drogó, ese maldito cabrón. Voy a arrancarle los putos huevos...

—Él va a recibir algo peor que eso —dice Raphael entre dientes, interrumpiéndome.

—Estoy al final del camino de tierra, no hay nada.

—Así que se desvió. Revisa los campos. Este tipo no está jugando.

—Ha tenido dos años para planear esto —murmura Tarquin—. Esperó el momento exacto en que nos golpearía más fuerte.

—Vamos, vamos —murmuro.

Me apoyo contra el respaldo del sofá, con los brazos cruzados fuertemente sobre el pecho, tratando de contener el torrente de sangre que truena por mis venas. Mi mente da vueltas con posibilidades, todos los qué pasaría si y los tal vez que no significan nada hasta que tengamos algo sólido.

—Miren esto.

Nos inclinamos de nuevo. En una de las pantallas, hay un punto de luz, algo moviéndose

erráticamente. —Ahí —dice el líder, con el dedo casi tocando el monitor—. Acércate a eso.

La imagen se hace más grande y clara. Es un coche, los faros cortando la oscuridad como dos ojos determinados en una misión. Mi pulso se acelera, la adrenalina inundando mi sistema. Esto podría ser, la oportunidad por la que hemos estado luchando.

Mi estómago se retuerce con temor y anticipación, pero lo reprimo. No hay lugar para el miedo aquí, no cuando cada momento cuenta.

—Rastréalo —murmuro lo obvio, con voz baja pero feroz.

Todos observamos, fascinados, cómo el coche se desvía del camino de tierra, atravesando los campos en su lugar, con las luces parpadeando en la oscuridad. Es un movimiento impredecible y sorpresivo, el tipo de maniobra que haces cuando estás desesperado por evitar miradas indiscretas.

—Bien, manos a la obra. Saquen todas las cámaras que puedan. Necesitamos rastrear de dónde vino y hacia dónde se dirige. Esto no se trata solo de seguir un coche; se trata de reconstruir una ruta de vuelta a Eliza —declara Raphael.

Al ver movimiento cerca de la puerta, levanto la vista para ver a Rafe desaparecer. Ha estado en silencio durante la última media hora, pero ahora que se ha hecho progreso, puede respirar de nuevo. Todos podemos. Damon no nos va a despellejar vivos si encontramos a su hija y la traemos de vuelta y nunca pronunciamos una sola palabra de lo que pasó a nadie que pueda contárselo.

Volviendo a mirar la pantalla, está dividida en una docena de ventanas más pequeñas, cada una mostrando una porción diferente del infierno. Observo al equipo, sus ojos escaneando implacablemente, desmenuzando cada píxel en busca de cualquier rastro del bastardo que cometió el mayor error de su vida al llevársela.

—Aquí. —Un técnico señala una sección del video en la que un coche pasa por una gasolinera, el mismo coche que se llevó a Eliza.

—Por fin, joder. —Intercambio una mirada con Raphael, y él asiente una vez. Vamos a encontrarla ahora; solo necesitamos seguir rastreando ese coche y no perderlo de vista. No podemos perderla de nuevo.

CAPÍTULO 6

ELIZA

Todavía en la cama, con las muñecas fuertemente atadas a la espalda, mi cara palpita donde Franks dejó su marca, un ardiente recordatorio de su puñetazo. Mi vestido cuelga abierto, tela inútil separada como una promesa rota, exponiendo lo que no puedo cubrir ni limpiar con las manos atadas. Su semen pegado a mí en una asquerosa capa de inmundicia que me está poniendo la piel de gallina cuanto más tiempo permanezco aquí. Indefensa.

Odio esta sensación. La aborrezco absolutamente hasta la médula.

Los Hughes no se quiebran.

—Vete a la mierda —murmuro. No es el momento para las charlas motivacionales de sargento instructor de papá.

El aire está frío contra mi carne expuesta, pero el fuego en mi vientre arde más que cualquier vergüenza o escalofrío. He sido entrenada por los mejores: cómo calcular, cómo resistir, cómo contraatacar. Ni siquiera esto me ata.

Respirando lenta y constantemente, me esfuerzo por mantener mi mente clara y aguda. Necesito pensar, planear. Mis ojos escanean la habitación.

Flick.

Mis ojos se dirigen a mi fiel navaja a solo unos pasos de distancia, su hoja captando la luz del sol que se filtra por la ventana manchada de suciedad. Una oleada de esperanza me recorre, cruda y feroz.

—Vamos —me susurro a mí misma, con voz baja. Ignorando el ardor en mi cara y el pegajoso desastre en mi piel, me deslizo fuera de la cama, mis pies golpean el suelo con un suave golpe sordo. La habitación se balancea un poco —mi cabeza aún da vueltas por el golpe y las drogas— pero aparto el mareo.

No hay tiempo para la debilidad.

Apretando los dientes, mi vestido, rasgado y abierto, no ofrece calidez mientras tiemblo cuando mis pies descalzos pisan la alfombra deshilachada. Cada paso hacia Flick es un paso más cerca de la libertad, del control, de la venganza.

Con las manos atadas a la espalda con esas putas bridas, tengo que ser creativa. Me inclino sobre la mesa, presionando mi pecho contra la fría madera, tratando de empujar a Flick más cerca del borde con mi barbilla.

La punta metálica de la hoja apenas toca mi mejilla cuando la puerta cruje al abrirse.

—Pensé que lo intentarías —la voz de Franks se desliza por el aire, grasienta y vil. Sus pasos resuenan contra la fina alfombra, cada uno una cuenta regresiva hacia la violencia.

—¿Crees que atarme me mantendría quieta? No me conoces en absoluto, Franks.

Se cierne sobre mí, su aliento caliente y nauseabundo. Intento retroceder, pero no hay a

dónde ir. Mi mente corre mientras mis ojos recorren la habitación.

—No hay lugar a donde ir, niñita —gruñe Franks, abalanzándose sobre mí, sus manos intentando agarrar y lastimar. Me echo hacia atrás y giro, convirtiendo mi cuerpo en un arma. Cada lección de autodefensa, cada sesión de entrenamiento nocturno, todo tiene que contar ahora.

—¡Quítame las manos de encima! —grito, con la voz ronca. Empujo contra él con mi hombro, cualquier cosa para poner algo de espacio entre nosotros. Los instintos de supervivencia se encienden brillantes y feroces, perfeccionados por años de que me dijeran que tendría que luchar por cada pedazo de respeto en este mundo despiadado.

—Peleona —gruñe, tratando de inmovilizarme.

—¡Aléjate de mí, maldita sea! —ladro, la desesperación prestando fuerza a mi lucha. No puedo dejar que gane. No aquí, no así. No seré una víctima.

Pateo con fuerza, mi pie conectando con su estómago. Él gruñe, el sonido es horrible mientras llena la habitación, pero no retrocede. En cambio, se cieme más cerca, sus ojos ardiendo con una locura que me hiela más que el aire frío contra mi piel expuesta. No puedo darme el lujo de pensar en lo vulnerable que estoy.

—Deja de retorcerte, pequeña zorra —su insulto corta el aire, pero lo interrumpo con otra patada. Mis piernas, al menos, están libres para hacer daño. Él me pateo los tobillos, haciéndome caer con fuerza antes de arrastrarse sobre mí, inmovilizándome contra el suelo.

—¡Quítate de encima, cabrón! —Las palabras salen desgarradas de mi garganta, crudas y feroces. Me retuerzo debajo de él, tratando de desalojar su peso. El pánico es un cable vivo en mi pecho, pero lo reprimo. No es momento de congelarme; tengo que moverme, tengo que luchar.

Franks gruñe, su rostro transformándose en algo monstruoso, y luego sus manos están sobre mi piel, manoseándome, pellizcando, apretando. Es más fuerte de lo que parece, impulsado por una rabia que parece darle una ventaja que no puedo igualar sin manos.

Nunca más lanzaré el insulto de que puedo derribar a alguien con las manos atadas a la espalda porque eso no es cierto. Para nada cierto.

Una cosa es segura, *cuando* salga de aquí viva y sin ser violada, voy a tener una larga charla con Vince, el ejecutor de mi padre y mi entrenador durante años, sobre por qué demonios nunca pensó en entrenarme así. ¿Por qué? ¿Por qué coño nadie, ni siquiera yo, pensó en este escenario?

Probablemente porque nunca pensaste que te pondrías en una posición donde alguien se te acercara tanto, maldita arrogante,

¡Cállate!

Mi conversación conmigo misma se ve interrumpida cuando una de las rodillas de Franks se mete entre mis piernas, separándolas, y el pavor me inunda.

—¿Crees que eres tan dura? —gruñe—. Veamos cómo manejas esto.

Me inmoviliza con su peso. Me retuerzo debajo de él, cada músculo en tensión. No es solo el dolor físico, es el saber que si me vence, no solo será mi cuerpo el que pague el precio. Será mi alma.

—¡Vete a la mierda! —Le escupo las palabras como si fueran veneno. Él presiona más fuerte, y siento el primer desgarramiento de la tela mientras rompe más el vestido. El deslizamiento frío de sus dedos contra mi piel me provoca náuseas. El miedo se dispara, pero también mi columna vertebral.

Soy Eliza Hughes, y no me quiebro, ni por él, ni por nadie.

Mi pecho se agita, cada respiración es una lucha mientras me retuerzo bajo el peso de Franks. Sus manos vagan sin restricción, su cuerpo una barrera para mi libertad. Pero no puedo, no voy a

dejar que el miedo me paralice. Me niego a caer sin luchar. Si quiere meter su polla en mí, va a tener que trabajar para conseguirlo.

—¡Quédate quieta! —ladra Franks, pero sus palabras son ruido blanco.

Echo la cabeza hacia atrás, tratando de ver algo que pueda usar a mi favor. La habitación gira con la lucha mientras logro retorcerme lo suficiente para quitármelo de encima, pero luego, en el siguiente segundo, estoy de espaldas otra vez, el cuerpo de Franks pesado sobre mí.

—¡Quítate de encima! —grito, retorciéndome debajo de él. Mis piernas patean, y mi talón conecta con algo, no me importa mientras le duela. Necesito herirlo lo suficiente para escapar.

Sus manos son como tornillos, rasgando la tela de mi vestido, exponiendo piel que tiembla no por deseo sino por el toque frío del miedo. Sus dedos están por todas partes, dejando rastros de terror mientras se acercan más a mi coño.

—Putas asquerosas —gruñe, una sonrisa retorcida cortando su rostro mientras una mano manosea mi pecho y la otra se arrastra más abajo.

—Sigue tocándome y estás muerto —escupo, el desafío es mi escudo contra el pavor que araña mi interior. Pero incluso mientras lo amenazo, sé que estoy en serios problemas. Puedo ser la Reina del Castillo, una perra dura que te cortará la garganta tan pronto como me mires, pero ahora mismo, soy solo una mujer atrapada y atada bajo un psicópata que tiene una ventaja sobre mí que incluye tener las manos libres.

Sus dedos agarran el borde de mis bragas, y dejo escapar un grito crudo, no de sumisión sino de pura rabia, mientras me revuelvo contra él, luchando para que esto no termine como creo que va a terminar.

CAPÍTULO 7

JAMES

Nuestro objetivo es una vieja cabaña, a una buena distancia de la casa de la ciudad. Los segundos pasan mientras el sol se eleva más. Tenemos que movernos.

—Preparémonos —la orden de Raphael es silenciosa, está aferrándose a cada pizca de control que le queda, al igual que el resto de nosotros. Se desatará cuando encontremos a Franks. Todos lo haremos.

Agarro una pistola y la deslizo en la funda en mi espalda. El resto de los chicos hace lo mismo, cada movimiento deliberado. No hay margen para errores, no hoy.

Recogiendo mi estuche, murmuro: —Al Jeep. Oliver, tú conduces —mis palabras cortan la tensión como un cuchillo. Dejando que el equipo empaque y salga, abandonamos la casa de la ciudad y nos amontonamos en el Jeep, las pesadas puertas cerrándose de golpe tras nosotros. Encuentro la mirada de Oliver en el asiento del conductor, sus nudillos blancos sobre el volante. Asiente una vez, y nos vamos, el motor rugiendo bajo nosotros.

Estamos en silencio mientras Oliver empuja el Jeep con fuerza por las carreteras. Cada tipo en este vehículo está armado para la guerra: pistolas, cuchillos, de todo. No dicen nada, pero su silencio habla por sí solo. Cada uno está listo para sangrar, para matar, por Eliza.

Mantengo mi mano sobre el estuche metálico, mi mente corre pero está clara.

Ya vamos, Eliza. Solo aguanta un poco más.

Minutos después, Oliver frena bruscamente, y el Jeep se detiene con un chirrido sobre la grava. Salgo antes de que el motor se apague, escaneando la línea de árboles. La cabaña se acurruca en la distancia, desierta, un lugar perfecto para un asesinato.

—A pie desde aquí —murmuro, y los chicos me siguen. Nos movemos rápidamente, agachados, a través de la maleza.

Yo voy al frente, mis sentidos agudizados. Cada sombra podría ser una amenaza, cada crujido una advertencia. Necesitamos ojos dentro para confirmar nuestro objetivo.

Llegamos al campo frente a la cabaña, la hierba ondulándose como si conociera secretos. Nos detenemos. La urgencia es un cable vivo en mis venas, empujándome hacia adelante, pero me contengo, esperando el momento adecuado.

La hierba se aplasta bajo mis botas mientras me dirijo a un punto con una vista clara. Me arrodillo y acerco el estuche del rifle. Es hora. No se necesitan palabras, cada movimiento cuenta. Mis dedos trabajan sobre los cierres, y el estuche se abre de golpe. Dentro, las piezas de mi rifle de francotirador yacen frías, separadas. Pero no por mucho tiempo.

Agarro la culata, se acomoda en mi hombro como si estuviera hecha para mí. El cañón es el siguiente, se atornilla firmemente, sin tambaleo. La mira encaja en su lugar. Cada pieza encaja como un rompecabezas, uno mortal. Reviso la recámara, deslizo el cargador: lleno, como

siempre.

Respiración estable, me arrastro a la posición, apoyo el rifle en el soporte. A través de la mira ahora, el mundo se reduce a círculos y líneas. La cabaña aparece en mi campo de visión, las ventanas me devuelven la mirada mientras ajusto.

Movimiento.

Eliza con las manos atadas a la espalda, pero aún así, un torbellino, y Franks, esa escoria, encima de ella mientras lucha como una fiera.

La rabia se enrosca dentro de mí, fría como el hielo. Está muerto.

—Vayan.

La palabra sale de mis labios, un susurro que viaja como una bala a través de la quietud. Se mueven, sombras veloces, sus pasos silenciosos, su propósito tan afilado como los cuchillos metidos en sus botas. Me quedo en mi lugar; mi mundo reducido al círculo enmarcado por la mira.

—Muévete —murmuro, ya que no tengo un tiro limpio. Es demasiado impredecible.

Eliza se retuerce, su cuerpo un arma. Franks forcejea con ella, sus manos por todas partes.

Mi dedo se cierne sobre el gatillo, deseando terminar con esto. Mi respiración es lenta y medida, mientras que por dentro, todo grita por liberación.

Espero, el ojo pegado a la mira, todos los demás sentidos desvanecidos en la nada. Solo somos yo, el rifle y el objetivo. Las paredes de la cabaña los confinan, pero no por mucho tiempo. Pronto, todo habrá terminado. Solo se necesita un tiro claro, y lo tomaré sin dudarlo: por ella, siempre por ella.

Eliza clava su rodilla entre las piernas de Franks. El impacto es silencioso para mí, pero su efecto es claro como el día. El rostro de Franks se contorsiona de agonía, su cuerpo doblándose mientras jadea por aire, alejándose de ella como si lo hubieran quemado. Esa es mi chica: feroz y valiente incluso cuando las probabilidades están en su contra.

Este es el momento. El instante en que todo se reduce a nada más que la cruz de la mira y Franks. No hay espacio para dudas, no hay lugar para segundos pensamientos. Solo somos yo, el gatillo y la bala que está a punto de cantar.

Exhalo. El tiempo se ralentiza. Mi dedo se tensa sobre el gatillo, firme como el acero. Y entonces...

CAPÍTULO 8

RAPHAEL

T rumpimos por la puerta de la cabaña y es como entrar en una instantánea de caos congelado en el tiempo. Justo delante, Franks se estremece en el suelo cuando una bala del rifle de James se incrusta en su hombro. El impacto lo hace chillar.

—Buen tiro —murmuro entre dientes, con la comisura de la boca curvándose hacia arriba.

No hay satisfacción como ver un plan llevarse a cabo, especialmente cuando está diseñado para la venganza. Aún mejor cuando queda espacio para que yo añada mi toque personal. James conoce su papel: dejar suficiente vida en Franks para que yo tenga mi turno, y aquí estamos, con Franks herido pero respirando, maduro para la retribución.

El miedo parpadea en su rostro. Es la mirada de un hombre que sabe que está a punto de cosechar lo que ha sembrado, y alimenta el fuego en mis venas. Este es el momento que he estado esperando, y nada me impedirá disfrutar cada último segundo.

Oliver cruza al lado de Eliza en un instante, su hoja destellando mientras corta limpiamente las bridas que la atan. Caen, y ella flexiona sus muñecas, el alivio inundando su rostro. No me pierdo la forma en que sus ojos le agradecen silenciosamente, incluso mientras se estremece por el trato brutal que ha soportado.

—Tranquila —susurra Oliver. Sus manos son gentiles mientras junta los lados de su vestido rasgado, ocultando las marcas dejadas por aquellos que se atrevieron a tocar lo que es nuestro. Frota sus muñecas, calmando el enrojecimiento, murmurando palabras que no llegan a mis oídos.

Arrastro a Franks por el cuello, levantándolo. Es un hombre muerto de pie y apesta a miedo, sus piernas tambaleantes bajo él.

El rostro de Tarquin es una máscara de furia, las venas de su cuello hinchadas mientras pasa a mi lado. Se mueve con intención letal, su mirada fija en Franks como un halcón enfocando a su presa. Casi puedo sentir el calor que irradia, un infierno avivado por la necesidad de hacer que alguien pague por lo que se atrevieron a hacerle a Eliza.

—Maldito cabrón —escupe Tarquin, las palabras cortando el aire denso.

Los ojos de Franks se ensanchan, un segundo tarde para prepararse antes de que el puño de Tarquin se estrelle contra su cara. Hay un crujido satisfactorio cuando su nariz se rompe, la sangre brotando como una fuente. Tambalea, luego cae como un árbol talado en la base, golpeando el suelo con fuerza suficiente para rebotar.

—Pedazo de mierda —gruñe Tarquin, de pie sobre él.

Miro hacia abajo a Franks, un desastre patético tratando de arrastrarse lejos, y veo rojo.

—¿Adónde crees que vas? —Mi voz sale baja y amenazante. Lo agarro por la parte trasera del cuello, ahogándolo con su propia camisa, y tiro de su cabeza hacia atrás. El miedo en sus ojos es satisfactorio, pero no es suficiente, ni de lejos.

Con un puñetazo en su mandíbula, su cabeza se echa hacia atrás. Oigo el crujido, y en algún lugar dentro de mí, siento una emoción oscura.

La bota de Tarquin aterriza una patada sólida en las costillas de Franks, haciéndolo gruñir.

No aflojamos, nuestra ira alimentándose el uno del otro, una tormenta implacable de puños y botas. Cada golpe que acierto despoja la impotencia que sentí cuando descubrimos que Eliza había desaparecido y la reemplaza con un poder desenfrenado. Golpeo, pateo y lanzo cada gramo de mi fuerza para hacer que Franks pague.

Estamos más allá de la razón ahora, dos fuerzas de la naturaleza desatadas.

El rostro de Franks es un desastre de sangre y moretones, sus respiraciones son jadeos entrecortados que apenas se elevan por encima del sonido de sus propios gritos. Se desploma, indefenso, contra el suelo mientras mi bota presiona su garganta.

—Raphael —la voz de Eliza corta a través del caos, afilada como la hoja que empuña. Retrocedo, con el pecho agitado, y la observo moverse con gracia letal.

Recoge a Flick —ese cuchillo que lleva como una extensión de su voluntad—, el filo captando la luz. Sus ojos verdes arden con una furia que conozco muy bien; es el mismo fuego que arde en mis entrañas, el mismo impulso que hace que mis manos piquen por infligir más dolor.

Con un movimiento rápido y sin vacilación, Eliza apuñala a Franks directamente en su polla. Su grito ahoga cualquier otro sonido en la habitación, un aullido primario que es música para mis oídos. Una satisfacción viciosa se enrosca en mi estómago mientras él se retuerce, el cuchillo en su cuerpo una declaración: nadie se mete con Eliza Hughes y se sale con la suya.

—Eliza... —Su nombre es un gruñido en mi garganta, y no puedo apartar los ojos de su rostro. Hay algo salvaje allí, algo peligrosamente hermoso en la forma en que se yergue sobre Franks, sin miedo y feroz.

—Nunca más podrás usar eso con *ninguna* mujer, pedazo de mierda —escupió antes de que su mano retrocediera bruscamente, Flick resbaladizo con sangre, dejando a Franks gimoteando en el suelo. Su sonrisa se tuerce, sin un ápice de alegría, pero con toda la satisfacción de un ajuste de cuentas que se asienta profundamente en sus huesos. La observo, esta mujer hecha de acero y fuego, la encarnación del legado Hughes. Esa sonrisa retorcida suya no es una actuación; es la verdadera Eliza, la que no solo aguanta sino que contraataca con fuerza.

Doy un paso adelante, las tablas del suelo apenas cubiertas crujen bajo mi peso. Mi mano se desliza hacia mi cinturón, los dedos envolviendo la empuñadura de mi cuchillo. Es un viejo amigo, la hoja que ha visto más que su justa cuota de derramamiento de sangre. Al sacarlo, esto es lo que hago mejor, lo que hacemos mejor: impartir justicia, nuestra clase de justicia.

Los ojos de Franks están sobre mí, abiertos de miedo, sabiendo que la muerte se acerca. Bien. Debería estar asustado. El acero en mi mano refleja la luz y la promesa de venganza. No dejamos que nadie lastime a los nuestros, y cuando lo hacen, pagan. Pagan con sangre y gritos, y estoy a punto de cobrar por completo.

—Ustedes, cabrones, arruinaron mi vida —raspa Franks.

—Tú arruinaste tu propia vida —murmuro.

—Me dejó por algún imbécil en Suecia —gruñe—. ¡Todo por culpa de ustedes!

—¿Cómo es eso culpa nuestra? —pregunto, confundido—. Ella vino buscando pasarla bien, y nosotros se lo mostramos. No es nuestra culpa que no pudieras mantener a tu mujer satisfecha y feliz. —Odio que Eliza tenga que escuchar esto, pero conozco a mi chica. No le importa el pasado, no lo que hicimos, pero estará furiosa por haberse visto envuelta en nuestro lío en el presente.

—Basta de charla. —Mi hoja se hunde en el vientre de Franks, un torrente caliente de sangre burbujea alrededor del acero. Grita, el sonido irregular y crudo, pero estoy más allá de la misericordia ahora. Mi mano trabaja rápido, desgarrando carne, abriendo sus entrañas para derramarlas por todo el suelo.

Arranco una espiral de intestino, resbaladiza y humeante, y la enrolló alrededor del cuello de Franks. Sus ojos se abren de par en par y su boca se abre como un pez dorado en una súplica silenciosa, pero es inútil. Aprieto con fuerza, un garrote hecho de sus propias vísceras, y sus forcejeos disminuyen mientras se desangra.

—Shh —susurro—. Esto es lo que obtienes por cruzarte con nosotros y tocar lo que no es tuyo.

Con las manos aún empapadas con sus entrañas, alcanzo su garganta, los dedos presionando el tejido blando debajo de la mandíbula. Aprieto, sintiendo la vida escaparse de él, sus inútiles intentos de respirar cada vez más débiles.

La habitación queda mortalmente silenciosa excepto por los jadeos ahogados de Franks, la banda sonora final de su muerte.

Me giro, cruzando la mirada con Eliza. Las llamas de la venganza arden en su mirada, y estamos unidos en la salvaje justicia que hemos tallado.

Franks gorjea de nuevo, y mientras su cuerpo se desploma, el silencio se extiende entre nosotros como un espacio sagrado.

CAPÍTULO 9

ELIZA

Sangre, cálida y pegajosa en mi mano, agarrando a Flick como si mi vida dependiera de ello, miro fijamente al profesor Franks, su cuerpo desparramado en el frío suelo, con los ojos bien abiertos en una última mirada de sorpresa. Mi pecho sube y baja con respiraciones pesadas, pero por dentro, me siento ligera como el aire. El alivio me inunda, mi corazón late con firmeza, mi mente está clara. Se ha ido.

—Eliza —la voz de Raphael corta el silencio, ronca de preocupación.

Levanto la mirada hacia él antes de pasarla a Tarquin, sonrío ante sus expresiones, duras con ojos llenos de preocupación.

—Sí. Llévame a casa. Necesito limpiarme —señalo mi vestido rasgado, manchado de sangre y semen.

—Por supuesto, salgamos de aquí —responde Oliver inmediatamente.

Raphael se acerca, su presencia dominante pero reconfortante. —Vámonos.

Tarquin asiente, silencioso pero vigilante, sus ojos escaneando la habitación una última vez antes de que nos vayamos. No hablamos mientras salimos de la cabaña, pisando el fresco aire nocturno. El silencio es como la muerte a nuestro alrededor, ajeno a lo que ha ocurrido en las sombras. Pero así es siempre con nuestro tipo de vida: actos violentos ocultos bajo una capa de normalidad.

—Necesitamos asegurarnos de que...

—Se hará —dice Oliver—. No pienses más en él.

Asintiendo, mantengo la cabeza alta mientras caminamos, la adrenalina disipándose lentamente, dejando un dolor sordo en su lugar. Pero es un dolor que acojo con gusto porque significa que sigo aquí, sigo en pie.

—Eliza —murmura James, acercándose a nosotros desde el otro lado de la calle.

—A casa.

Él asiente una vez, y ahí termina por su parte, pero tengo algo que necesito decir. Todos lo están pensando, así que tengo que decírselo.

—Me golpeó y se masturbó sobre mí. Eso es todo —no necesito decir que eso es todo lo que logró hacer antes de que ellos llegaran a rescatarme. Pero lo saben, y eso es suficiente.

Lo veo en sus ojos, el cambio de ira tormentosa a silencioso alivio.

Raphael se mueve primero, saliendo del grupo. Ese fuego familiar en sus ojos ahora es reemplazado por algo más feroz, más urgente. No pregunta si quiero ayuda; no necesita hacerlo. Con un movimiento rápido, me levanta contra su pecho. Sus brazos son seguros y sólidos, y por un momento fugaz, me permito el lujo de apoyarme en su calor.

—El Jeep está por aquí —dice James, con voz baja, guiándonos por el camino polvoriento.

Llegamos al Jeep, una bestia silenciosa esperando para llevarnos lejos de la oscuridad del día. Ni siquiera sé qué hora es o cuánto tiempo estuve con ese cabrón, pero no importa. Mis chicos no pararon hasta encontrarme. El agarre de Raphael cambia mientras me coloca con cuidado en el asiento trasero, sus manos demorándose un segundo más de lo necesario. Siempre ha tenido esta manera de hablar sin palabras, diciéndome que no estoy sola incluso cuando estoy rodeada de sombras.

El resto de los chicos se aprietan dentro, y el Jeep ronronea bajo nosotros cuando Oliver lo enciende y da la vuelta para llevarnos de regreso a casa. Raphael se sienta cerca, su presencia un sólido consuelo, dándome su fuerza cuando más la necesito para impulsar la mía. Su mano descansa suavemente sobre la mía, una silenciosa garantía. La tensión se desvanece de mis hombros poco a poco mientras Oliver acelera para llevarnos a casa lo más rápido posible.

Antes de lo que pienso, entramos en el camino de entrada de nuestra casa adosada. Cuando el vehículo se detiene, la mano de Raphael se aprieta ligeramente.

—Vamos, Eliza —dice suavemente, y siento la textura áspera de su preocupación—. Vamos a limpiarte.

Salgo del jeep tambaleándome, con las piernas inestables y los brazos y hombros doliéndome horriblemente por haber estado atada tan apretadamente durante tanto tiempo. Raphael no se aparta de mi lado, su brazo alrededor de mi cintura ahora, sosteniéndome mientras llegamos a la puerta principal, mi otra mano agarrando el frente de mi vestido en una falsa sensación de modestia. James la desbloquea, abriéndola para nosotros, y somos envueltos por el calor de la casa.

—Gracias —murmuro a todos, pero mi mirada se detiene en Raphael, quien asiente en reconocimiento.

—Siempre —responde, y hay un filo en su voz, una promesa de retribución para aquellos que se atrevan a dañar lo que es suyo.

Me lleva directamente a mi baño, y hago una mueca al verme en el espejo: soy un maldito desastre. Otra vez.

Raphael está detrás de mí en un instante, sus manos gentiles mientras baja el cierre del vestido rasgado y lo deja caer al suelo.

—Ducha —digo.

—Por supuesto —responde, abriendo el agua. El vapor llena el pequeño espacio, envolviéndonos como un capullo. Me quito las bragas y sonrío para mí misma mientras Raphael evita mirarme completamente desnuda frente a él. Me ayuda a entrar en la ducha, el chorro caliente es un shock contra mi piel fría. Los dedos de Raphael rozan los míos, tentativos, pidiendo permiso.

—Quédate.

Se quita las botas y se desarma, pero para mi sorpresa, entra sin vacilar, el agua empapando su ropa en segundos. Mi corazón da un vuelco porque hizo esta dulce cosa, y casi me ahogo con un sollozo.

Casi.

No voy a llorar por ese imbécil absoluto, ni por mi situación. Los Hughes no se rompen, nunca. Papá necesita revisar su mantra porque si esto no me ha roto, nada lo hará.

Las manos de Raph son cuidadosas mientras lava la suciedad, el semen, la sangre, todos los rastros del profesor Franks de mi piel. Cada movimiento es tierno y reverente, casi como si estuviera tratando de sanar cada herida con su toque.

—¿Mejor? —pregunta, sus ojos buscando en los míos cualquier sombra persistente.

—Mejorando —admito, sintiendo que el peso de la prueba se levanta con su ayuda—. Gracias.

—Deja de agradecerme —murmura, su voz un ronroneo bajo sobre el sonido del agua cayendo—. Lo que necesites.

Mientras el vapor nos rodea, me apoyo en él, sacando fuerza del hombre que está conmigo contra el mundo. Con Raphael, soy más que solo la heredera de un trono mafioso: soy invencible.

Y Franks lo sabe ahora.

—¿Quién es el estúpido ahora, imbécil?

—¿Eh? —Raph me mira, haciéndome dar cuenta de que dije esas palabras en voz alta. Le sonrío, y es como si la neblina se disipara.

—Nada.

Girándome, presiono mis palmas contra los azulejos fríos, inclinándome hacia los chorros calientes que caen desde arriba. Raphael no se aleja, su presencia detrás de mí es una promesa silenciosa de protección. Cierro los ojos y dejo que el agua me lave, llevándose todo y restaurando lo que pensé que estaba perdiendo.

—Raphael —murmuro mientras me giro, enfrentándolo, el vapor envolviéndonos como si estuviera protegiendo este santuario privado que hemos creado.

—¿Eliza? —Sus ojos azules se clavan en los míos, buscando respuestas.

—Tócame —exijo, alcanzándolo. Mi voz no tiembla porque esto es lo que necesito: sentirme viva, recuperar el control.

Su camiseta negra se le pega, empapada y sexy como el infierno, pero no me importa. Lo acerco más, nuestros cuerpos alineándose. Mis dedos luchan con los botones de sus pantalones de combate, ansiosos por sentir su piel contra la mía. Él ayuda, quitándose la tela mojada, revelando el lienzo de tatuajes que trazan su pecho y brazos musculosos.

—¿Así? —Sus palabras están a un suspiro de mis labios mientras desliza sus manos por mi cuerpo, encontrando las curvas que conoce tan bien.

—Más —exijo y salto, envolviendo mis piernas alrededor de él mientras rápidamente aprieta su agarre y me presiona contra los azulejos fríos. Estoy recuperando mi poder que Franks intentó aplastar, y ni un solo cabrón puede negarme esto, y si lo hacen, que se jodan en un cactus cubierto de chiles fantasma.

El agarre de Raphael es feroz, una mirada de hambre cruda en sus ojos. Su polla está dura contra mí, presionando mi coño, exigiendo entrada. Alcanzando entre nosotros, lo agarro firmemente y lo guío dentro de mí, llenándome, y todo lo demás se desvanece a nada más que este momento: el calor, el agua cayendo por nuestros cuerpos, sus gruñidos mezclándose con mis jadeos.

—Joder, Eliza —gruñe Raphael mientras embiste en mí con un ritmo implacable y perfecto—. Siempre tan jodidamente apretada.

El aguijón del placer recorre mi columna con cada movimiento que hace. Clavo mis uñas en sus hombros, perdida en la sensación de reclamarme a mí misma a través de él. Mi espalda se arquea contra la pared mientras una ola me envuelve, haciendo que mi visión se nuble y el mundo gire. Es crudo, es real, y es jodidamente glorioso.

Tarquin empuja la puerta del baño y se detiene con una mirada de sorpresa. —Eh...

Riendo, le hago señas para que se acerque. —No te quedes ahí parado, joder.

No dice una palabra, solo se quita la ropa con una urgencia que coincide con los latidos de mi corazón. Lo observo, cada movimiento encendiendo una nueva llama dentro de mí hasta que

entra en la ducha, su presencia añadiendo calor al aire vaporoso.

—Eliza —exhala mientras Raph nos gira para que yo quede entre ellos, donde pertenezco.

Sus manos recorren mi piel mojada, explorando, reclamando. —Joder, eres increíble —gruñe Tarquin mientras echa mi cabeza hacia atrás y encuentra mis labios con los suyos, besándome con una ferocidad que no deja espacio para nada más que este momento.

Su boca viaja por mi cuello, mordiendo, chupando, marcándome de una manera que envía rayos corriendo por mis venas.

—¿Es esto lo que quieres? —La voz de Raphael es áspera, entretejida con deseo, mientras sus manos se deslizan para agarrar mi trasero, empujándome más sobre su polla.

—Más —jadeo, necesitando a ambos de maneras que las palabras nunca podrían expresar.

El miembro de Tarquin roza mis nalgas, sus manos agarrando mis caderas. Estoy desesperada por la conexión, la plenitud, la sensación de control completo y absoluto sobre mi propio placer.

—Sí, joder, sí —jadeo, apretando los dientes mientras Tarquin desliza sus dedos mojados en mi trasero. No hay lubricante, ni preparación aparte de unos pocos dedos antes de que Raphael ralentice sus embestidas para permitir que Tarquin entre en mi trasero con un lento empuje.

—¡Joder! —grito mientras arde, pero ¿a quién le importa ahora mismo? Lo necesito. Lo necesito a él. Los necesito a *ellos*.

Con cada embestida, mi coño se aprieta alrededor de la polla de Raph. Es intenso y abrumador, pero es exactamente lo que necesito.

—Eres tan jodidamente perfecta —gime Tarquin en mi oído.

Apenas puedo respirar con el aluvión de sensaciones, pero logro responder: —No pares.

El agua es una sensación distante ahora; todo en lo que puedo concentrarme es en la sensación de ellos dentro de mí. Raphael toma mi boca de nuevo en un beso desordenado mientras las manos de Tarquin encuentran mis pechos, pellizcando y retorciendo mis pezones hasta que estoy mareada de placer, borrando las torpes acciones de Franks de mi mente.

Mi cuerpo comienza a temblar mientras un orgasmo se construye en la base de mi columna. —No paren —suplico mientras las olas de éxtasis comienzan a golpearme. Mi voz se reduce a jadeos y gemidos, el lenguaje del puro placer.

—Nunca —promete Raphael contra mis labios.

—Nuestra —murmura Tarquin.

—Vuestra —grito, y es una declaración, una promesa, un grito de batalla todo en uno.

Cabalgo la ola de éxtasis que me envían, fuerte, feroz, inquebrantable. Mi cuerpo tiembla con la fuerza de mi clímax, y me aferro a ellos, sabiendo que son mi ancla en cualquier tormenta.

—Joder, Eliza —maldice Tarquin, su liberación caliente y dura mientras se derrama dentro de mi trasero rápidamente.

—Cristo —maldice Raphael, siguiéndolo de cerca, vertiendo su semen mientras su agarre sobre mí se aprieta hasta el punto del dolor, pero es la más dulce agonía.

Mientras mis piernas tiemblan por la intensidad de lo que acabamos de compartir, murmuro: —Tarquin.

—Aquí estoy —murmura Tarquin, sus labios rozando la piel sensible detrás de mi oreja, recordándome que ambos están aquí, envolviéndome en su presencia.

—Salgamos de aquí —digo, cerrando el agua cuando me sueltan. No necesito ayuda mientras salgo de la ducha, el vapor abriéndose como una cortina, revelando una escena de resistencia.

—Guía el camino —dice Tarquin con una sonrisa, entregándome una toalla. Sus ojos están llenos de admiración, un reconocimiento silencioso del poder que poseo hasta en el alma.

—Primero comida —se ríe Raphael, envolviendo una toalla alrededor de su cintura—. Luego más folladas, y será mejor que dejemos que los otros dos se unan, o podría haber berrinches.

—Bueno, no querría eso. —Asiento, enrollándome la toalla alrededor, y sabiendo que esto nunca volverá para perseguirme, no cuando tengo a mis chicos rodeándome, salgo de la habitación hacia los deliciosos olores que vienen de la cocina, donde Oliver parece estar un paso adelante.

—Gracias a Dios —me río y bajo las escaleras corriendo, goteando agua, con los dos gemelos sexys detrás de mí luchando por secarse y correr tras de mí para mantenerme cerca.

—¿Intocable? —susurro mientras entro en la cocina y formo un pequeño charco en el suelo de baldosas, lo que hace que James frunza el ceño antes de levantar sus ojos a los míos y sonreír —. No tienes ni puta idea.

CAPÍTULO 10

OLIVER

En la cocina, con un cuchillo en la mano, estoy cortando zanahorias en perfectos discos pequeños. El aroma del ajo y la cebolla chisporrotea desde la olla en la estufa, mezclándose con las hierbas que he echado. Es un buen olor, cálido y rico.

—¿Necesitas ayuda? —James se apoya en la encimera, observándome trabajar. No hace ademán de agarrar un cuchillo ni nada. Simplemente se queda ahí parado, con toda la tranquilidad del mundo, como si no tuviera preocupación alguna.

—No, lo tengo controlado —mi voz es firme, mis manos seguras mientras pasan de la zanahoria al apio, echándolo todo en la olla y viendo cómo burbujea furiosamente antes de remover las cebollas. No soy de muchas palabras cuando cocino. Además, lo estropearía. No creo que le haya visto preparar algo más elaborado que una tostada.

La puerta se abre de golpe, rebotando contra la pared, y Eliza irrumpe como una tormenta. El agua gotea de su cabello, corriendo por su espalda, oscureciendo la toalla que envuelve su cuerpo. Es toda una fuerza de la naturaleza. Una tormenta en forma humana. Casi puedes ver cómo el aire a su alrededor se dobla.

—¡Comida!

—Casi está lista —digo, volviéndome para asentir—. Siéntate. Ya la llevo yo.

Ella merodea cerca de la mesa, sus ojos escudriñando cada centímetro del lugar como si buscara algo fuera de lugar. Pero no lo encontrará. No aquí. No en mi cocina.

—Huele a gloria —dice, y aunque su tono es ligero, hay un filo en él, siempre hay un filo.

—Espero que sepa igual de bien —le dedico una sonrisa.

James finalmente se mueve, cogiendo cucharas y servilletas y poniendo la mesa en silencio.

Eliza nos observa a ambos, sus ojos verdes afilados. Me pregunto qué pasa por esa cabeza suya, qué tipo de planes está trazando, qué movimientos va a hacer. Es el tipo de mujer que no solo se acerca al poder; lo agarra por el cuello.

Raphael y Tarquin entran despreocupadamente detrás de Eliza, empapados, con toallas colgadas alrededor de sus cinturas. Capto sus sonrisas, del tipo que está demasiado lleno de picardía para ser otra cosa que lo que es: señal de un buen polvo.

—¿Todo bien? —pregunto, mi voz tranquila mientras sigo removiendo la olla.

—Creo que sí —responde Raphael en voz baja.

Tarquin ignora la pregunta y se sienta junto a Eliza, tomando su mano suavemente.

Miro de nuevo a Eliza, observando las gotas de agua que recorren su tatuaje. El alivio me invade. No está fingiendo; realmente parece estar bien. Dios sabe que ha pasado por suficiente mierda como para destrozarse a cualquier otra persona. Pero no a Eliza.

—Me alegro —digo, sintiéndolo más de lo que ellos nunca sabrán.

Eliza me lanza una sonrisa suave. —Se necesita más que un gilipollas con un micropene para derribarme —dice, su voz fuerte.

—Nunca lo dudé ni por un segundo —respondo, mientras mi corazón se acelera en mi pecho al decir la mentira. Estaba aterrorizado. Ella es la mujer más fuerte, la *persona* más fuerte que he conocido jamás, y me golpea como un tren de carga. Estoy más enamorado de ella de lo que un hombre tiene derecho a estar.

—La comida está lista —murmuro unos minutos después, recibiendo gritos de aprobación de todos. Me hace sentir todo cálido y difuso por dentro.

Sonriendo, coloco los platos, y el vapor se eleva del estofado. El aroma de la buena comida llena la habitación como un cálido abrazo. Doy un paso atrás mientras todos se lanzan a comer, las cucharas tintineando contra la porcelana.

Eliza sonrío y me guiña un ojo. —De primera, chef.

—Gracias —murmuro, sintiendo que mis mejillas se calientan. Ya no es solo la estufa lo que me hace sudar ahora.

Nos sumergimos en una conversación trivial que evita cualquier cosa relacionada con la universidad o la mafia, somos solo cinco personas relajándose después de un día larguísimo.

Mientras la comida llega a su fin, Eliza pregunta: —¿Noche de película?

—Solo si es algo con explosiones —afirma Raphael, levantándose y recogiendo los platos vacíos para enjuagarlos y colocarlos meticulosamente en el lavavajillas.

—O persecuciones de coches —añade Tarquin, ya dirigiéndose hacia el sofá.

—Vale, vale —cede Eliza, arrojando su servilleta sobre la mesa—. Pero la próxima vez, elegimos algo con trama.

—Oye, las explosiones son una trama —defiende James mientras ella se ríe.

Nos trasladamos a la sala de estar, y paso por el servicio de streaming hasta que encontramos algo adecuadamente lleno de acción. Eliza se deja caer en el sofá, e inmediatamente, James y Raphael la flanquean, sus cuerpos amoldándose para encajar alrededor del suyo. Tarquin se estira en el suelo, su cabeza apoyada contra la rodilla de Eliza.

Dudo por solo un segundo antes de unirme a ellos, apretujándome junto a Eliza mientras Raphael se mueve para dejarme espacio, para mi sorpresa. Pero entonces me doy cuenta. Él y Tarquin ya le han demostrado que la aman y la necesitan, ahora es el turno mío y de James. Ella gira su cuerpo para apoyarse contra mi pecho, y la envuelvo con mis brazos, besando la parte superior de su cabeza mientras estira sus piernas sobre el regazo de James.

—¿Cómoda? —pregunta ella, con un tono juguetón en su voz.

—Perfecto —respondo, porque es verdad. No hay ningún otro lugar donde preferiría estar.

La película sigue, pero solo la estoy viendo a medias. El resto de mí está sintonizado con los suaves sonidos de su respiración y la forma en que su pulgar acaricia distraídamente mi mano. Estas pequeñas cosas, estos momentos tranquilos, nos unen más fuertemente que cualquier voto o juramento de sangre jamás podría.

En la luz parpadeante de la televisión, con las sombras bailando sobre sus rostros, me doy cuenta de que esto es lo que se siente estar en casa.

Los créditos comienzan a rodar, y agarro el control remoto para apagar el resplandor de la pantalla. Mi mano se desliza por su muslo, bajo la toalla, buscando algo real en esta vida nuestra que tan a menudo es humo y espejos.

Ella no se aparta; en cambio, se vuelve hacia mí y se sube a mi regazo, inclinándose para besarme profundamente, haciéndome saber que está de acuerdo con esto y que lo desea. Estoy perdido. Perdido en la forma en que ella toma el control del beso, feroz y exigente, como toma el

control de todo lo demás en su vida. Es un incendio forestal, y estoy más que feliz de arder.

Nuestros cuerpos se presionan juntos, un enredo de extremidades y anhelo. Mis manos recorren su piel, apartando la toalla para que esté desnuda y retorciéndose justo sobre mi polla. Ella es el poder personificado, y me siento atraído por ello, atraído por ella, como si nada más importara. La oscuridad de la que venimos, la sangre en nuestras manos... todo se desvanece cuando ella está tan cerca.

—Eliza —suspiro contra su boca. Ella es la reina de este reino retorcido que hemos construido, y estoy más que dispuesto a servir.

—Joder —gimo mientras se frota contra mí, mi polla dura contra su coño. Está húmeda y lista, y necesito estar dentro de ella. Ella tira de mi camiseta, quitándomela rápidamente antes de desabrochar expertamente mis pantalones y sacar mi polla. Está ansiosa, y eso solo hace que esto sea aún más dulce. Mi mano se desliza entre nosotros, encontrando su clítoris. Ella jadea, su cabeza echada hacia atrás, exponiendo la elegante línea de su garganta.

—Más —ordena Eliza, su voz espesa de deseo.

James toma eso como su invitación, acercándose, sus labios en su cuello. Las manos de Tarquin recorren sus pechos, pellizcando sus pezones hasta que gime. Los dedos de Raphael se enredan en su cabello, guiando su boca hacia la suya en un beso abrasador. Ella se eleva, y yo guío mi polla hacia su calor empapado, mis caderas empujando hacia arriba para encontrarse con ella mientras desciende. Está apretada, caliente y completamente embriagadora. La habitación se llena con el sonido de nuestra respiración pesada, de los suaves gemidos de Eliza que se convierten en gritos agudos mientras encontramos un ritmo.

—Joder, Eliza —jadeo, viendo a los otros adorar su cuerpo con manos y bocas. Es una visión de la que nunca podría cansarme: nosotros dando todo y ella tomándolo todo como la diosa absoluta que es.

—Más fuerte —ordena, y obedezco sin pensarlo dos veces.

Mis embestidas se vuelven más desesperadas, más primales. Todos somos arrastrados a este vórtice donde el placer es rey y Eliza reina suprema. Puedo sentirla apretándose a mi alrededor, y sé que está cerca.

James nos observa intensamente, su mano trabajando sobre su longitud.

Tarquin tira de sus pezones, y ella se arquea hacia él, la boca de Raphael aún devorando la suya en un beso que parece que podría consumirlos a ambos. Es carnal y perfecto.

—Así, justo así. Joder —jadea Eliza entre besos, su cuerpo temblando con los temblores iniciales de su clímax.

La visión de ella deshaciéndose es todo lo que necesito para seguirla. Mi cuerpo se tensa mientras olas de placer me invaden, mi orgasmo me atraviesa mientras me derramo dentro de su coño, y entonces ella se ha ido, arrancada de mi polla por James, que está desesperado por tener su polla dentro de ella.

James es rudo, tirando de ella hacia él con una urgencia que coincide con el trueno de nuestros corazones. Eliza lo monta como si cada movimiento fuera un grito de batalla, un testimonio de su fuerza y resistencia después de la prueba que ha superado. Sus manos agarran sus hombros, las uñas clavándose lo suficiente para mostrar que va en serio, y a él le jode encanta, gemidos escapando de sus labios como si hubiera sido privado de su toque.

La dejamos tomar el control total, sabiendo que lo necesita después de lo que ha pasado.

Pero no me quedo inactivo; ninguno de nosotros lo hace. Raphael se mueve detrás de ella, sus labios trazando la tinta en su espalda, la calavera y la rosa que significan quién es ella: vida y muerte entrelazadas en un paquete magnífico. Tarquin está de rodillas junto a ellos, besando a

Eliza.

—Fóllame más fuerte —la voz de Eliza corta la neblina mientras acaricio su clítoris, apretando mi mano contra su coño mientras cabalga duro sobre James. James obedece de inmediato, sus caderas golpeando contra las de ella con una intensidad que la hace gritar de placer.

Luego vuelvo a ponerme de pie, ofreciéndole mi polla para su boca. Ella me toma con avidez, chupándome profundamente en la calidez de su boca mientras aún la están penetrando. Son lenguas y dientes; me muerde suavemente antes de rozar sus dientes por toda mi longitud, y su lengua se desliza de vuelta hacia arriba. Agarrando su cabello con mi puño, veo a Raphael deslizar sus dedos en su culo. Ella gime alrededor de mi polla, las vibraciones atravesándose.

La miro, la reina mafiosa badass tomándonos a todos, controlándonos con su cuerpo, su presencia. Esto no es solo follar. Es poder; es posesión; es puto arte.

Raphael trabaja un dedo dentro y fuera de su culo, estirándola, preparándola para su polla. Ella se saca mi polla de la boca con un pop y lo mira por encima del hombro. —Hazlo.

Él no duda. Raphael se alinea y lentamente comienza a presionar en su culo mientras ella continúa cabalgando a James. Eliza deja escapar un gemido largo y bajo que lleva consigo todo el peso de nuestra oscuridad y luz compartidas.

Las manos de Tarquin están por todas partes, acariciando los pechos de Eliza, rodando sus pezones entre sus dedos antes de levantarse y tomar la posición en su boca.

—Joder —gruñe James debajo de ella, su ritmo implacable—. Estás tan malditamente apretada.

—Dilo —murmura ella, apartándose brevemente de la polla de Tarquin para mirarme directamente a los ojos.

Eliza se encuentra con cada embestida de Raphael con un movimiento de sus caderas hacia atrás mientras rebota sobre James.

—Pequeña zorra —murmuro, agachándome junto a ella para poder enredar mis dedos en su cabello, controlándola suavemente mientras chupa a Tarquin—. Una buena putita para sus hombres.

Ella gime, haciendo que Tarq gruñe fuertemente y se aparte. —No en tu boca —jadea.

Es crudo y real; todo lo demás desaparece hasta que no queda nada más que Eliza y nosotros, nuestro mundo donde nos poseemos completamente.

James eyacula dentro de ella, y antes de que termine de correrse, Tarquin ya está haciendo un sándwich gemelo con Raph mientras se reacomoda. Mi polla ya está dura de nuevo, viendo esto, y la agarro fuertemente mientras me pongo de pie y me masturbo frente a su cara. Ella deja escapar un gemido ahogado y sacude la cabeza.

—No —digo, agarrando su cabello con mi puño de nuevo—. Tómallo, Eliza. Esto soy yo. No tengas miedo.

—¿Quién tiene miedo? —murmura, desviando la mirada mientras los gemelos la follan por ambos lados.

—Mírame como una buena zorra y recibe mi carga en tu cara —murmuro.

Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos, y veo el desafío allí. Ella superará este momento de duda, y yo estaré allí para tomarla de la mano. Todos lo estaremos.

La tensión en la habitación corre a través de nosotros como una corriente eléctrica mientras cada hombre en la habitación espera para ver qué hará ella. Observo de cerca cómo toma mis palabras y deja que la envuelvan, un desafío del que no se echará atrás. Mantiene mi mirada, feroz e inquebrantable.

Me corro con un rugido, salpicando sus mejillas y labios, marcándola como nuestra de la manera más primitiva.

Lame una gota de la comisura de su boca, probándome antes de llevar sus manos para limpiar las salpicaduras calientes por su cuello y tetas. Me hace ahogar un sollozo de absoluto asombro ante esta mujer cuya fuerza no tiene igual.

Los gemelos son implacables, penetrándola con una precisión que hace que su cuerpo se balancee entre ellos.

Finalmente, terminan con gruñidos y jadeos, colapsando en un montón satisfecho. Con el sudor brillando en nuestra piel, respiramos con dificultad, nuestros pechos agitándose en las secuelas. Eliza está sonrojada de triunfo, con el placer ganado y dado.

—Joder —respira Tarquin, saliendo suavemente de su coño.

—Buena chica —murmura Raphael, girando su rostro hacia el suyo para poder besarla, probando mi semen en sus labios.

La respiración de Eliza se ralentiza mientras la levanto, cada exhalación un suave susurro contra mi pecho. Sentándome de nuevo en el sofá, la atraigo hacia mí. Sus párpados se cierran, las largas pestañas descansando como sombras emplumadas sobre sus mejillas. La observo, el subir y bajar de su pecho constante, pacífico. Está profundamente dormida, esta mujer feroz que acaba de entregarse a nosotros en un enredo de extremidades y labios, ahora vulnerable en su sueño.

Dejo que mi mirada vague sobre ella. —Te amo —murmuro en su cabello.

La habitación está en silencio excepto por nuestras respiraciones colectivas. Con la espalda contra el sofá, los ojos cerrados, James parece estar meditando sobre el momento. Tarquin extendido en el suelo, con un brazo sobre su rostro como si se protegiera del mundo. Siempre el vigilante, Raphael se reclina, sus ojos no cerrándose del todo, siempre alerta incluso en estos momentos privados.

Aquí estamos, una familia destrozada forjada por el deseo y el peligro, nuestros lazos apretados no solo por la sangre derramada sino por los secretos que compartimos y los toques que hemos intercambiado.

Con la respiración constante de Eliza como mi nana, cierro los ojos. Me dejo llevar, sabiendo que cuando despierte, será al caos que nos persigue. Pero por ahora, encuentro paz en su latido junto al mío, en el suave agarre de sus manos aún entrelazadas con las mías.

CAPÍTULO II

ELIZA

Mis ojos se abren de golpe, la oscuridad de la habitación me oprime como una fuerza tangible. Mi pecho sube y baja rápidamente mientras lucho por sacudirme los restos de la pesadilla. El rostro grotesco de Franks se cierne sobre mí en mi memoria, sus manos extendiéndose hacia mí.

—¿Eliza? —La voz de Raph corta el silencio, un murmullo suave pero alerta en la penumbra.

Estoy acostada de espaldas, con las sábanas enredadas a mi alrededor. El peso de los cuerpos de los chicos es una barrera reconfortante entre yo y el sudor frío que se adhiere a mi piel.

—Estoy bien —miento, incorporándome para sentarme. Mi corazón aún late acelerado, pero se está calmando, recuperando su ritmo.

Raph no parece convencido, pero asiente y alcanza algo en la mesita de noche. —Tu teléfono vibró.

—¿Quién era?

Se encoge de hombros con una sonrisa burlona. —No fisgoneé.

Soltando una risita, siento que la pesadilla se desvanece por completo. —Puedes hacerlo, ¿sabes? No tengo nada que ocultar.

—No es mi estilo. —Duda y luego se lame los labios—. ¿Necesitamos hablar de eso?

—¿De qué? —pregunto con cuidado.

Entrecierra los ojos. —De la aventura de una noche con la esposa de Franks.

Su nombre es como un puñetazo en el estómago, pero niego con la cabeza. —No. Todo está bien aquí.

—¿Estás segura? No fue nada, y no la hemos vuelto a ver desde entonces.

—No me importa aunque la hayas visto. Eres mío, fin de la historia.

Asiente lentamente, aceptándolo.

Me entrega el teléfono y deslizo el dedo por la pantalla con mano firme. El mensaje es breve, autoritario. Es de mi padre, y la sangre se me va de la cara.

Ven a casa ahora. Necesitamos hablar.

Mi pulso se acelera mientras miro intensamente a Raph. —No le dijiste sobre... ya sabes, ¿lo que pasó con Franks? —Mi voz es tensa, la pregunta queda suspendida entre nosotros como una pistola cargada.

—Absolutamente no —responde Raph, su mirada firme y tranquilizadora. Su lealtad es sólida e inquebrantable—. No tenemos un deseo de muerte, pero si hubiera sido necesario, lo habríamos hecho. Por suerte, llegamos a ti antes de que fuera necesario.

—Bien. —Exhalo, tratando de ocultar la tormenta que se está gestando dentro de mí. Pero es inútil; estos chicos me conocen demasiado bien—. ¿Crees que lo sabe de todos modos?

Se encoge de hombros. —Diría que estaría aquí derribando nuestra puerta si lo supiera, pero no descartaría nada con él.

—Sí.

—No vas a enfrentarlo sola —afirma Raph, ya decidido—. Todos vamos.

—¿A dónde vamos? —pregunta Oliver, sentándose y frotándose la cara con la mano.

—A casa de papá.

Me lanza una expresión de fingido terror antes de sonreír. —Todo está bien.

—No necesitan venir conmigo, está bien.

—Eliza, no te vamos a dejar sola, nunca más —me interrumpe James mientras ahora todos están despiertos y se unen a la conversación. Es tierno pero feroz, una promesa silenciosa de que está aquí para mí, siempre.

—¿Ni siquiera para ir al baño? —bromeo, en un intento de aligerar el ambiente mientras me bajo de la cama y me dirijo al baño.

—Tal vez solo entonces —grita Tarquin, con una sonrisa en su voz que puedo escuchar sin ver.

—Muy gracioso —respondo por encima del hombro.

El chorro de la ducha es una cascada de calidez que lava los restos de la pesadilla. Siendo rápida porque nadie, ni siquiera yo, hace esperar a Damon Hughes, me seco con la toalla y me encuentro sola en mi habitación, ya que los chicos se han ido a prepararse. Me visto rápidamente, eligiendo la practicidad sobre el estilo: un simple par de jeans y una camiseta, botas y una chaqueta negra.

—¿Lista? —pregunta Oliver cuando salgo al pasillo.

—Terminemos con esto.

Los cinco nos dirigimos abajo, y James toma el volante de mi Mercedes, incorporándonos al tráfico matutino con la precisión de un conductor de fuga. Me siento en la parte trasera, entre Raph y Oliver, mientras Tarquin va de copiloto, haciendo comentarios ocasionales sobre el paisaje que pasa.

—Eliza, tú puedes con esto —murmura Tarquin, mirándome por encima del hombro.

—Lo sé —respondo secamente, porque ¿qué más puedo hacer cuando cada kilómetro me acerca más a la sala de interrogatorios de papá disfrazada de despacho?—. Hay mucho que desentrañar aquí. Ni siquiera lo he visto desde lo de Lila y Felix. Puede que tarde un rato. No tienen que quedarse.

—Pase lo que pase, estamos contigo —dice Oliver suavemente, y asiento, agradecida por el apoyo a pesar del enjambre de mariposas en mi estómago. No me dejarán aunque se los suplicara.

Finalmente, entramos en el camino de la mansión de mi padre, la propiedad se extiende ante nosotros como una especie de fortaleza gótica. Siempre un refugio seguro, ahora se siente como una jaula a punto de atraparme y no dejarme salir nunca.

—Esperen en la sala —les indico a los chicos cuando entramos al vestíbulo. Asienten y pasan de largo junto a Vince, el sólido y gigantesco ejecutor de mi padre, quien me lanza una mirada sombría antes de darse la vuelta.

Mierda.

Él no es dado a los mimos y las cortesías de todos modos, pero eso fue jodidamente ominoso.

Sintiendo la familiar oleada de adrenalina mientras me acerco al estudio de papá, cuadro los hombros y empujo la puerta para abrirla.

—Eliza —me saluda papá, su voz un bajo rumor de autoridad. Su mirada me evalúa de pies a

cabeza. Camino hacia él, mis pasos medidos, mi corazón latiendo con firmeza en mi pecho.

—Hola, papá —murmuro—. ¿De qué se trata esto? Estaba durmiendo.

—Siéntate —ordena, señalando la silla frente a su escritorio. Obedezco, hundiéndome en el asiento de cuero, lista para jugar el juego del ingenio y la voluntad.

—Primero, tenemos que hablar de Lila.

—¿Tenemos que hacerlo? La zorra está muerta.

—Sí, estoy al tanto, y sé que la mataste, con Felix como acompañante. ¿Te importaría compartir?

—Si sabes tanto, ya lo sabes todo. No es un problema. No me importa. Ella mató a mamá y fue una zorra total con su hijo. Felix y yo estamos bien, y la zorra está muerta. ¿Qué más hay que añadir? Ah, de hecho, una cosa: le dije a Felix que allanaría el camino para que lo aceptaras como un Hughes. Realmente quiere ser tu hijo, y creo que necesitas darle eso. Por lo que vale, ¿sabes?

Cállate, estúpida. Estás divagando, y él va a ver a través de ti.

Levanta una ceja y me mira fijamente, esos ojos azul hielo no revelan nada. —¿Ah, sí?

—Sí.

Papá entrecierra los ojos. —Bueno, no estamos aquí para hablar de Felix, y estás evadiendo, Elizabeth.

Me muerdo el labio, conteniendo una réplica. Es bueno en este juego —el arte del interrogatorio— una habilidad que me ha transmitido. Pero hoy, no soy su protegida; soy su oponente. —¿Qué quieres saber? Ya te dije que estoy bien con lo de Lila.

—¿Quiénes son tus amigos en la universidad? —pregunta de repente—. ¿Alguna cara nueva? ¿Algún nuevo enemigo?

—Los amigos son los mismos —respondo con naturalidad, manteniendo mi voz pareja—. En cuanto a enemigos, nadie destaca por ahora, pero ya sabes, es un campo de batalla. *No menciones a Peters. No menciones a Peters.*

—Cada lugar es un campo de batalla —contraataca, su mirada afilada como una navaja—. Nunca lo olvides.

Asiento, fingiendo reflexionar mientras internamente me preparo para lo que sea que realmente se trate esto. Conozco demasiado bien esta danza —el tira y afloja del poder, el intercambio de golpes verbales bajo la apariencia de una conversación casual. No puedo bajar la guardia, ni por un segundo.

Se inclina hacia adelante, con las manos juntas como si estuviera rezando por mi honestidad —o mi caída—. —Tu lealtad, Eliza —dice, con voz baja y cargando el peso de nuestro legado—, ¿dónde yace?

¿Qué?

Mi corazón se acelera, pero atrapo el pánico antes de que pueda aflorar. —La familia siempre es lo primero —respondo, infundiendo convicción en mis palabras—. No debería haber duda sobre eso.

Inclina la cabeza, escrutándome. —¿Te crié para que fueras inteligente, para ver más allá de lo inmediato? ¿Para entender que el imperio que hemos construido no puede sostenerse solo con lealtad? Exige compromiso.

—El compromiso no escasea aquí —contraataco, dejando que un poco de acero se filtre en mi voz—. Equilibro mis estudios con lo que se espera de mí aquí. Siempre lo he hecho. —Está bien, mis estudios han tenido un pequeño descenso desde que empezó toda esta mierda, pero no entré a Oxford por ser una idiota, y ciertamente no dejaré que la política mafiosa en Castle me

quite todo lo que he ganado hasta ahora.

—El equilibrio es algo complicado —reflexiona—. Demasiado peso en un lado, y todo se derrumba. Asegúrate de que tus balanzas no se inclinen demasiado hacia un lado.

—¿Y hacia qué lado sería ese?

Su mirada es imperturbable, pero la mía también. Está insinuando algo, y quiero saber qué.

Pero entonces lo entiendo, y mentalmente pongo los ojos en blanco por haber tardado tanto en darme cuenta. —Los Gannon.

—Una familia poderosa.

—Hasta que se les quitó.

—Nunca se les quitó.

—Según entendí por un viejo libro polvoriento, sí se les quitó.

—Se votó que fueran removidos de las Cinco Familias cuando tu madre y yo nos casamos. Fue tres contra dos. No tuvimos más remedio que acatar.

—Patrañas. Deberían haberse unido. Una familia enorme para gobernar de forma absoluta.

Sus ojos se abren de par en par, y estalla en carcajadas, una visión que no recuerdo haber visto jamás en toda mi puta vida. Me toma completamente por sorpresa, y mi boca se abre de la impresión. —Cristo, eres una bala, Elizabeth. Eso es exactamente lo que dijo tu madre, pero desafortunadamente, no funciona así.

—Ahora sí. Soy parte de ambos, y no voy a negar la mitad Gannon porque unos viejos coños polvorientos lo dijeran.

—¿A quién llamas viejo coño polvoriento?

Resoplo y aprieto los labios. —A ti no, obviamente.

Se pone serio de nuevo, y el tiempo de juego ha terminado. —Tienes que andar con cuidado aquí, Elizabeth. Las cosas están en un equilibrio delicado. No puedes simplemente arrasar con la política de esto porque de repente hayas descubierto quién eres realmente.

—Hablando de eso, ¿por qué mentirme todo este tiempo?

—Tu madre quería que fueras una Hughes. Una vez que aceptó que los Gannon no tenían lugar en la alianza y se mudaron al norte, en su mayoría, se entregó por completo al apellido Hughes. Cortó todos los lazos con los Gannon. No quería que eso volviera para morderte el trasero.

—Lástima que lo hiciera de todos modos.

—Era inevitable, pero asumí que tardaría más. No sabía que Robert iba a ir a Castle. Esto significa que posiblemente estén haciendo su jugada.

—O quieren una alianza conmigo.

—O ambas cosas.

—¿Es mi primo?

—Sí. El hermano de tu madre, Liam. Tiene dos hijos. El otro es Cian.

—Hmm. ¿Es mayor o menor que Robert?

—Mayor y problemático, así que no vayas a buscarlo, ¿eh? Todavía no. Termina este año, y luego serás libre de hacer lo que necesites hacer.

—Entendido. *Y un cuerno.*

Me mira largamente entonces, buscando algo en mi rostro, debilidad tal vez, o duda. No encuentra ninguna. Estoy hecha de una pasta más dura que eso.

—Bien —dice finalmente, y hay un toque de respeto en su tono, quizás incluso orgullo—. Mantente alerta, Elizabeth. Estamos en la cima porque nunca dejamos de escalar.

—Siempre.

Sus ojos se entrecierran, escrutando los míos en busca del desliz que está deseando sobre el secuestro. Lo sé. Pero soy hermética, estoy cerrada, soy una fortaleza con una sonrisa. No hay grietas por las que se filtre la duda, ni confesiones susurradas esperando caer de mis labios. — Recuerda quién eres.

—No puedo olvidarlo, y Felix tampoco. Necesita ser incluido. Confío en él.

—Ya veremos.

Sabiendo que no llegaré más lejos con esto, asiento y me levanto, rodeándolo para darle un fuerte abrazo antes de salir por la puerta y dejar atrás el aire opresivo de la oficina.

La sala de estar parece un mundo completamente distinto. Todo está arreglado después de la pelea con Felix, que parece haber ocurrido hace una eternidad, y les sonrío. —¿Listos? —pregunto, sintiendo que su fuerza colectiva refuerza la mía.

—¿Todo bien? —pregunta Raph, su mirada aguda escaneando mi expresión en busca de señales de problemas.

—Por supuesto —respondo, manteniendo un tono ligero—. Solo otra charla sobre la lealtad familiar ahora que tengo más de una.

—Ah, sí, me imaginé que podría ser sobre eso —comenta Oliver, su voz llevando la suave corriente subterránea de preocupación que nunca logra ocultar completamente.

—¿Y no pensaste en mencionarlo antes?

Sonríe. —No quería añadir más presión.

—No es nada que no pueda manejar —le aseguro.

—Vámonos de aquí —dice James, ya dirigiéndose hacia la puerta. Sus instintos protectores siempre están en primer plano, y ahora mismo, lo agradezco.

Me deslizo en el Merc junto a Ollie, dejando que el familiar aroma del cuero y las sutiles colonias de los chicos me envuelvan. Es una mezcla embriagadora de seguridad y deseo de la que nunca me cansaré. Me rodean, una barrera entre yo y el resto del mundo, y mientras nos alejamos de la mansión, me permito un momento para simplemente existir con ellos: fuerte, intocable e irrevocablemente suya.

CAPÍTULO 12

ELIZA

E stoy tumbada en el sofá, deslizando el dedo por mi teléfono, cuando aparece una notificación. Es de Lucas. No necesito abrirla para saber que la cosa se va a poner fea.

—Chicos. Tenemos un mensaje de Lucas.

James, Raph, Tarq y Oliver se materializan a mi alrededor, sus expresiones tensas por la anticipación.

—¿Qué dice? —pregunta James.

Leo en voz alta:

—Posible jugada de poder desde fuera.

—Joder —maldice Raph—. Lo de fuera me está cabreando.

—Sí, ni me lo digas. Pero escuchemos lo que nuestro chico tiene que decir —digo con firmeza—. Vamos a encontrarnos con él en su lugar habitual.

Mientras salimos por la puerta, puedo sentir cómo aumenta la tensión. Nos hemos enfrentado a amenazas antes, pero esto se siente diferente, más peligroso. Fuera puede significar muchas cosas, y ninguna de ellas es buena.

Como era de esperar, Lucas ya nos está esperando, dando caladas a su cigarrillo. Nos saluda con un tenso asentimiento y luego se sumerge directamente en la información.

—Una facción rival está intentando ganar el control aprovechando los favores que les deben figuras influyentes —dice.

Casi puedo ver los engranajes girando en las cabezas de mis chicos mientras procesan la información.

—Oh, por el amor de Dios —refunfuña Tarq.

—Necesitamos jugar su mismo juego. Tenemos que alinearnos estratégicamente con esos mismos individuos clave que nos deben favores. Luego, les recordamos esas deudas y aseguramos su lealtad. Seamos sinceros, les hemos salvado el culo más veces de las que podemos contar.

—¿Por quién empezamos? —pregunta James.

—Por los sospechosos habituales que se han dado a conocer. Me pondré en contacto con ellos uno por uno. Usaré mi encanto y mis habilidades persuasivas para asegurar su lealtad.

Raph sonríe, con la mano apoyada en mi trasero.

—Te cubriremos las espaldas.

—Siempre —añade Tarq, con un destello peligroso en los ojos.

—Quiero a Robert, Imogen, Connor y Harry. Son los más importantes del campus. Si alguien ha sido contactado, serán ellos.

—De acuerdo —murmura Oliver—. Empezaremos a reunirlos.

Asiento mientras él desaparece con James y Tarquin, dejándonos a mí, a Raph y a Lucas solos.

—Por cierto, ¿dónde está Drago?

Raph arquea una ceja.

—¿Quieres que participe en esto?

—No que participe, solo que no quede fuera.

—Considéralo hecho.

Momentos después, suena mi teléfono.

La voz de Robert suena, suave como el whisky y dos veces más peligrosa.

—Eliza. He oído que algo está pasando.

—Sí, necesito una reunión. ¿Estás dentro? —digo sin preámbulos.

—Nunca tienes que preguntar.

—Gracias, primo.

Se ríe por lo bajo.

—¿Dónde y cuándo?

—En la casa de la ciudad, en treinta minutos.

—Entendido.

Colgamos.

—Treinta minutos no es mucho tiempo para reunir a todos —murmura Raph.

—No, pero no quiero darles la oportunidad de jodernos por tardar demasiado.

—Buen punto. —Asentimos a Lucas y luego nos dirigimos de vuelta a la casa de la ciudad

—. ¿Tiempo para un rapidito? —pregunta, atrayéndome hacia él.

—Eres insaciable y te debo una. Esto es serio.

—¿Cuándo no lo es?

—Tienes razón, pero más tarde, ¿vale?

—De acuerdo —refunfuña, pero de buen humor.

Regresamos a la casa de la ciudad en cuestión de minutos, listos para poner a estas cuatro facciones bajo control para que no decidan joderme.

Oliver, James y Tarquin llegan con Connor, Imogen y Harry, y Robert entra paseando al mismo tiempo.

Cuando todos están sentados, voy directo al grano.

—Hay un movimiento en nuestra contra desde afuera. ¿Alguien sabe algo?

Connor se reclina. —¿Qué ganamos nosotros si sabemos algo? —dice arrastrando las palabras, sus ojos revoloteando por la habitación como si observara un partido de tenis.

—Protección —espeto, mi paciencia agotándose—. Cuando esos cabrones entren, no seremos solo nosotros los afectados. Somos su mejor apuesta para mantener las cosas estables.

Imogen interviene, su voz como una cuchilla: —He oído rumores sobre otra universidad que quiere rivalizar con Castle como el patio de juegos de la próxima generación. No estaba demasiado preocupada. Es decir... vamos, ¿en serio?

—¿De verdad? —Asimilo sus palabras, sintiendo el peso de las próximas decisiones sobre mis hombros—. Bien, esto es lo que va a pasar. Presentaremos un frente unido. Cualquier favor que crean que pueden pedirles, ustedes aceptan y luego nos lo dicen. Pero necesitamos saber exactamente con quién estamos tratando.

La mano de Raph encuentra la mía, un mensaje silencioso de solidaridad y fuerza.

James se inclina hacia adelante, con las manos entrelazadas entre las rodillas. —Necesitamos nombres. ¿Alguien tiene una pista de quién está detrás de esto?

Harry niega con la cabeza, un ceño frunciendo su frente. —Ni puta idea, pero pondré a mi gente a trabajar en ello.

—Y compartirás lo que encuentres —la voz de Tarquin tiene un filo, sin lugar para tonterías.

Los observo, mi familia. Son lobos listos para proteger a la manada, y los amo ferozmente por ello. Somos la próxima generación, y ningún otro grupo de imbéciles universitarios nos va a quitar eso.

—Creo que todos podemos estar de acuerdo en que Castle es la *única* universidad mafiosa en Inglaterra, y vamos a mantenerlo así. Cualquiera que quiera una puta pelea por ello, la encontrará.

—Totalmente —dice Imogen, mientras Robert asiente, con Connor y Harry siguiéndoles de cerca.

Se van, y frunzo los labios. —Esto es ridículo. Tengo cosas mejores que hacer que perder el tiempo con unos idiotas que creen que son mejores que nosotros. *Como mantener mis notas altas para que papá no me destroce el culo.*

—Bueno, de acuerdo —dice Raph—, pero no podemos descartar esto como un problema serio. Si vienen aquí tratando de demostrar algo, entonces vendrán con todo.

—Necesitamos averiguar quiénes son —digo lo obvio.

—Conseguiremos la información. Ahora que sabemos la situación, sabemos qué piedras voltear —dice James con su habitual calma y lógica.

—Cierto. Ahora mismo, necesito ir a clase. Oí que el VC Peters está a cargo de la clase de Historia Medieval de Franks, y no puedo darle a ese cabrón ninguna excusa.

—Ve —dice Tarquin, entendiendo mi predicamento—. Nosotros nos encargamos de esto.

James da un paso adelante, y lo miro con el ceño fruncido. —No necesito un acompañante.

—Estoy en esa clase, ¿recuerdas? —dice con una sonrisa lenta.

—Ah, sí —me río por lo bajo—. Vamos entonces.

Toma mi mano, y caminamos rápidamente fuera de la casa de la ciudad y a través del campus hacia el auditorio, donde efectivamente VC Peters está presidiendo la clase.

Me mira con furia cuando entro, pero lo ignoro. Es lo mejor que puedo hacer, realmente. Es un cabrón vengativo, pero dudo que tenga los cojones para intentar algo. A diferencia de Franks, tiene cerebro y sabe de quién debe estar aterrorizado. Si no es de mí, definitivamente es de mi padre, sin duda.

James y yo nos sentamos uno al lado del otro, y saco mis libros, tratando de perderme en las palabras, pero la voz de Franks, su cara, simplemente no me dejan en paz. Es estar aquí. Con suerte, una vez que salga de nuevo, también lo hará su recuerdo.

—¿Qué es ese olor? —murmura alguien detrás de nosotros.

James y yo intercambiamos una mirada de confusión mientras Peters también percibe el olor y se dirige a la ventana.

El sonido de sirenas a lo lejos me pone de pie instantáneamente y me hace mirar por la ventana junto a Peters. Puedo ver una gigantesca columna de humo en el horizonte, y mi ceño se profundiza. Al cruzar miradas con James, él se encoge de hombros y se sienta de nuevo con indiferencia, lo que me dice todo.

La cabaña donde Franks me llevó está en llamas. Probablemente con Franks en alguna parte, tal vez bajo las tablas del suelo.

—Hmm —murmura Peters, mirándome con furia.

Me encojo de hombros y vuelvo a mi asiento, sintiéndome de repente más ligera que el aire y sintiendo cómo el fantasma de los secuestradores pasados se desvanece en el viento.

CAPÍTULO 13

ELIZA

—¿Quién ahora? —pregunto, parpadeando hacia Imogen mientras me devuelve la mirada, sus labios color cereza fruncidos con fastidio mientras estamos de pie en mi baño de la casa de la ciudad, con el sol de la mañana temprana colándose por la ventana.

—La Universidad Blackbriar. Está a unas pocas ciudades de distancia. Bastante elitista y llena de hijos de la mafia. Enfrentarse a nosotros es como su *raison d'être*. Son unos psicópatas realmente peligrosos, infames por ser brutales y salvajes.

—¿Ah, sí? —Arqueo una ceja y frunzo los labios como ella—. Ya veremos.

Imogen sacude su cabeza rubia.

—Creo que debemos estar preparadas para ataques relámpago. Rápidos, entrar y salir.

—O llevamos la pelea hasta ellos.

—Podríamos, pero entonces nosotras seríamos las agresoras basándonos en rumores.

—Cierto —reflexiono, mirando a Imogen con nuevos ojos. No es tan despistada como a veces le gusta aparentar—. Vale, déjame ducharme y cambiarme, y nos reuniremos abajo para planear nuestra vigilancia.

—Vale.

Sale del baño donde tuvimos nuestra charla de guerra, simplemente porque yo ya estaba aquí cuando ella subió.

Mirando mi reflejo en el espejo, me desvisto y saco la caja de tampones sin aplicador del botiquín sobre el lavabo.

Antes de que pueda ocuparme de mis asuntos, hay un suave golpe en la puerta, pero definitivamente es uno de los chicos.

Grito.

—¿Qué? Estoy un poco ocupada aquí.

Raph asoma la cabeza.

—Imogen dijo... —Entrecierra los ojos al verme desnuda y se desliza dentro, cerrando la puerta del baño tras él y apoyándose contra ella.

—No —digo, levantando la mano—. Estoy con el período, así que esto... —agito la mano alrededor de mi cuerpo— está fuera de los límites.

—Vaya, eso apesta —murmura y se despega de la puerta para acercarse más—. ¿Cuánto tenemos que esperar?

—Empecé anoche, así que tres días más, me temo. Agradece que no sea de las que sangran durante semanas —mi sonrisa socarrona lo hace reír.

—Gracias a Dios por eso. No es que esté siendo un imbécil al respecto, quiero que conste. Solo agradezco las pequeñas bendiciones.

Riéndome, acepto que no está tratando de chantajearme emocionalmente o hacerme sentir culpable por tener la regla como lo hizo un novio en el pasado. Qué cabrón resultó ser ese. Inclino la cabeza hacia la puerta y levanto el tampón.

—Así que, si no te importa...

Sus ojos se fijan en el pequeño tampón en mi mano, y se acerca aún más. Me lo quita, con una mirada oscura en sus ojos.

Agarrando mi muslo con fuerza, levanta mi pierna para apoyar mi pie en el asiento del inodoro, su otra mano dirigiéndose entre mis piernas.

Mi corazón se acelera.

—¿Qué estás haciendo? —murmuro.

Sin apartar sus ojos de los míos, pasa su mano por mi coño y agarra el cordón del tampón antes de darle un tirón rápido para sacarlo.

—¡Ah! —jadeo, ligeramente avergonzada por esto.

Él sonríe maliciosamente y lo deja caer en el inodoro. Rápidamente desenvuelve el tampón nuevo, y yo niego con la cabeza mientras su mano vuelve entre mis piernas.

—Ni hablar —afirmo, llevando mi mano a su muñeca.

Él solo sonríe e inserta el tampón en mi coño, empujándolo suavemente con su dedo medio hasta que le doy un asentimiento indicando que está donde debe estar.

—Estás loco —murmuro cuando no retira su dedo.

—La sangre no me molesta. Si acaso, me excita. —Sus ojos azules se han vuelto de un tono tormentoso que me haría querer lanzarme sobre él si no tuviera la regla, porque no.

—Pero esto es...

Niega con la cabeza y se acerca más. —Sangre es sangre, y algún día me dejarás hundir mi polla en ti durante este tiempo, y te follaré duro mientras me cubres con ella.

—Jesús —jadeo—. Vete a la mierda con eso.

Retira su dedo y da un paso atrás, girándose para lavarse las manos antes de tirar de la cadena del inodoro mientras sale. —Nos vemos abajo, pequeña asesina.

—¡No por el desagüe! —me quejo, pero luego echo la cabeza hacia atrás mientras gimo de deseo y algo que se siente como vergüenza. Quito el pie del asiento del inodoro y me giro hacia la ducha para abrirla, metiéndome bajo ella aunque el agua aún no se haya calentado. Necesito la ráfaga ártica para refrescarme.

—Cabrón —murmuro—. ¿Podrías ser más perfecto?

Me ducho y me visto rápidamente, y bajo unos diez minutos después, vestida para patear traseros en serio con pantalones de cuero negro, botas de motero negras y pesadas, una camiseta negra de manga larga y mi chaqueta de cuero negra. Mi pelo está recogido en un moño despeinado, y Flick está anidada en su funda en mi espalda.

—Oh, bien, estás lista —dice Imogen, levantando la vista de su taza de té—. Se dice que ya están aquí.

—¿Y vosotros estáis aquí sentados tomando el té?

—Pensamos en darles una sorpresa —dice Tarquin, sonriéndome con una intensidad que roza lo psicótico.

—Oh, ya veo. Hacerles creer que tienen ventaja...

—Y entonces entran los ejecutores —dice Imogen.

—Bueno, vamos de una puta vez entonces —declaro y me giro sobre mis talones hacia la puerta.

Todos salimos en tropel mientras evito los ojos de Raph después del incidente del baño y

agarro la mano de Oliver para darle un rápido beso. Él sonríe mientras James me besa la parte superior de la cabeza.

—Tenemos esto controlado.

—Así es —dice Oliver—. Estoy listo para poner a estos locos en su lugar.

—¿Locos? —Me río fuerte—. No puedo discutir esa valoración. —No se trata solo de territorio; es personal. Quieren tomar el control de Castle como el patio de juegos de la nueva generación; tendrán que pasar por encima de mí y mis Reyes.

La infamia de Blackbriar por sus chicos malos y chicas duras no me asusta. Pero sí me cabrea que tengan el descaro de traer su pelea a nuestra puerta.

—Es hora de mostrarles de qué estamos hechos —dice James con una expresión sombría en la mandíbula, haciendo crujir sus nudillos.

—Terminemos con esto rápido —añade Raph, haciendo girar su cuchilla entre los dedos—. No les demos razones para alargar esto.

Tarq asiente, con los ojos fríos y firmes, mientras Oliver abre una navaja automática con un movimiento de muñeca. Nos movemos como uno solo, una fuerza a tener en cuenta, y puedo sentir la adrenalina corriendo por mis venas, tan afilada como la hoja en la mano de Oliver.

Imogen saca dos hojas curvas y malvadas de detrás de su espalda y las hace girar en sus manos. —Hagamos esto.

CAPÍTULO 14

ELIZA

Cuando llegamos al campus, parece una zona de guerra. Los verdes jardines de la Universidad Castle están pisoteados por botas y sangre. Los gritos rasgan el aire, mezclados con los gruñidos y los gritos de los cuerpos que pelean. Veo al equipo de Blackbriar mientras se encuentra con nuestros chicos en modo de combate total.

—¡Mierda! —rujo y avanzo, sin dejar que estos imbéciles arrogantes pisoteen mi territorio.

—¡Eliza! —grita Tarq por encima de la pelea, señalando a un grupo que se dirige directo al edificio principal.

Asiento, y echamos a correr, acortando la distancia. Al acercarnos, puedo ver el brillo de las cadenas, el destello del metal de armas improvisadas. Estos tipos van en serio.

La pelea es brutal y directa. No hay espacio para sutilezas aquí. Raph derriba a uno con un rápido puñetazo en la garganta, y James usa su cuerpo como un arma, desequilibrando a los oponentes y tirándolos al suelo. Yendo directamente al grano, agarro a una chica por el pelo y le estrello la cara contra mi rodilla. La sangre brota de su nariz, pero no hay tiempo para ver cómo cae; ya me estoy moviendo hacia la siguiente amenaza.

—¡Castle es nuestro! —grito, con la voz ronca de furia mientras le doy una patada en el pecho a un tipo, enviándolo de espaldas contra sus amigos.

La pelea es un borrón de movimiento, toda energía desatada e instintos de supervivencia. Somos la ola que se estrella contra la fiesta de Blackbriar, implacable y feroz.

—¡Atrás! —grito cuando otro imbécil viene hacia mí.

—Ni lo sueñes —gruñe y lanza un puñetazo que conecta y me hace tropezar.

—Oh, estás muerto —gruño mientras recupero el equilibrio y aprieto el puño, lanzándolo contra su estómago antes de girar y golpearlo en la cabeza con una patada circular—. ¿Quieres intentarlo de nuevo, cara de idiota?

Entonces me veo rodeada y en medio de todo, mis puños son mis palabras, cada golpe una frase en un diálogo brutal. Los codos y las rodillas escriben la puntuación mientras lucho a través de un enjambre de matones de Blackbriar. Tarq blande una navaja sin piedad a mi lado, Raph nos cubre las espaldas, derribando a cualquiera que se acerque demasiado. Oliver aplasta la cara de un tipo sin descanso, y James lanza a un tipo por encima de su hombro como si no fuera más que un saco de patatas.

—¡Eliza Hughes! —Una voz corta a través del ruido, desconocida y arrogante, con un acento irlandés que matiza sus palabras.

Me giro, lista para enfrentarme a quien se atreva a llamarme por mi nombre en medio de este lío. Un tipo de pelo oscuro cubierto de tatuajes con ojos azul hielo es una torre de músculos con una sonrisa que podría iniciar una guerra. A su lado, una chica hace girar un bate con clavos

sobresaliendo, pareciendo que acaba de salir de un carnaval retorcido, su largo cabello oscuro de alguna manera todavía inmaculado en ondas a su alrededor, a pesar de su labio partido donde alguien logró darle un puñetazo.

—¿Quién demonios eres tú? —pregunto, sin bajar la guardia ni por un segundo.

El tipo se truena los nudillos, los ojos brillando con malicia mientras se pone un puño americano que me hace sentir envidia de que no sea mío y también un poco jodidamente cautelosa. Los picos que sobresalen de esa cosa podrían sacar un ojo.

—Me llamo Cian Gannon, cariño.

Lo miro fijamente.

Gannon.

El nombre activa alarmas en mi cabeza.

Familia.

Sangre.

Problemas.

—Y tú —continúa señalándome con su mano enguantada—, eres mi prima perdida hace mucho tiempo.

—Un placer conocerte al fin —dice la chica, su sonrisa maliciosa mientras balancea su bate contra alguien, no puedo negarlo, lo suficientemente tonto como para ir a por ella, enviándolo al suelo con un estruendo.

—¿Y tú eres? —escupo.

—Victoria Stroud.

—Stroud. —Levanto una ceja ante el nombre extremadamente familiar e influyente que acaba de lanzarme—. ¿Killian Stroud es tu padre?

—El único e inigualable —responde, balanceando su bate en un círculo salvaje.

—Sí, bueno, mi padre odia a tu padre y quiere verlo muerto. Si te mato, eso lo convierte en un asunto familiar, ¿no?

Ella se ríe, y es un sonido gloriosamente demente. Si no la odiara, me caería jodidamente bien.

—Inténtalo, zorra.

—Vamos, vamos —interrumpe Cian, todo casual como si esto no estuviera a punto de ser una pelea a muerte—. Perdón por la entrada dramática —dice, casi alegremente, mientras el caos reina a nuestro alrededor—, pero me gusta causar impresión.

—¿Atacando mi campus? —escupo.

—Captó tu atención, ¿no? —Cian sonríe, imperturbable, limpiándose un hilo de sangre del labio y luego chupándose el dedo.

—La próxima vez, envía un mensaje de texto —grüño, con el corazón acelerado de furia mientras lo observo, esperando su próximo movimiento.

—¿Dónde está la diversión en eso? —Victoria se ríe, balanceando su bate en un arco perezoso.

Joder, quiero esa cosa. Nota mental para hacer uno cuando termine este espectáculo de mierda.

Los miro a ambos, furiosa, aunque extrañamente fascinada por estos dos nuevos jugadores en mi mundo. Están desquiciados, son peligrosos, pero uno de ellos es familia.

—Si no quieres que este sea tu último día en la tierra, familia o no, te sugiero que te largues ahora mismo de mi campus, antes de que te arrepientas de haber hecho este movimiento contra mí.

—Parece que la Reina del Castillo no puede manejar una pequeña reunión familiar —se burla Cian, ampliando su sonrisa mientras observa mi postura.

—¿Manejar? Te mostraré cómo se maneja —le respondo bruscamente, rodeándolos como un depredador. Mi sangre hierve al verlos ahí parados, tan arrogantes en mi territorio—. Sabes, para ser familia, tienen una forma curiosa de demostrarlo.

Victoria se carcajea, haciendo girar su bate con un floreo.

—Preferimos las interacciones memorables. Hace la vida más emocionante, ¿no crees?

—¿Emocionante? —repito, con la voz cargada de desprecio—. Este es mi dominio. No pueden irrumpir aquí y ponerlo todo patas arriba.

—Ay, ¿arruinamos tu lindo campusito, Eliza? —arrulla Victoria, fingiendo preocupación antes de estallar en otra carcajada.

—¡Basta! —El grito corta el aire como un cuchillo, y todos nos giramos para ver a Robert dar un paso adelante, con una expresión feroz e inflexible—. Cian, ¿qué demonios crees que estás haciendo?

—Hermanito —lo saluda Cian con una inclinación burlona de cabeza—. ¿Has venido a regañarme?

—Vete a la mierda —las manos de Robert se cierran en puños a sus costados—. Estás causando caos por puro gusto.

—Relájate, Robbie —dice Cian, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Solo me estoy divirtiendo un poco.

—¿Divirtiendo? —la voz de Robert sube una octava, incrédulo—. Te van a patear el culo severamente si no te llevas a tus matones y te largas.

—Matones. ¿En contraposición a qué? ¿Tus idiotas elitistas y criminales de poca monta?

—¿Eso es lo que piensas de nosotros? —resoplo—. Vaya, estás seriamente mal informado, mamón.

Robert reprime su risa cuando llamo mamón a su hermano mayor, pero él está sacando lo peor de mí.

Cian me señala de nuevo.

—No tú, cariño. Él, quizás —hace un gesto hacia Robert, y ahora puedo ver claro como el día el desprecio que siente por su hermano menor, quien claramente se mantiene en un estándar más alto.

Mis chicos finalmente logran liberarse lo suficiente para rodearme, pero a Cian no le inmuta en absoluto.

—Disculpa a mi hermano, Eliza. Le gusta hacer entradas violentas porque es un imbécil así.

—Vamos, Eliza —me reprende Cian, dando un paso más cerca, ignorando a Robert—. Somos familia.

—Familia o no, si vuelves a hacer esta estupidez, será lo último que hagas.

—¿Eso es una amenaza? —pregunta Cian, sus ojos brillando con una emoción indescifrable.

—Tómalo como una promesa. Ahora, lárgate de aquí antes de que olvide que somos familia y te borre del tablero, permanentemente.

—Bien —cede Cian después de un tenso momento, esbozando una sonrisa que no llega a sus fríos ojos—. Nos iremos, por ahora. Pero esto no ha terminado, cariño. Tú y yo, tenemos asuntos pendientes.

—Elección inteligente —digo, observando cómo él y Victoria, quien me hace un gesto burlón con los dedos, se retiran con ojos afilados. Puedo sentir el peso de la pelea disipándose, pero la tensión permanece, un nudo apretado en mi estómago.

—¿Ese es tu hermano? —le pregunto a Robert con una suave risa.

—Desafortunadamente —refunfuña.

—¿Tú eres el hijo de oro y él la oveja negra?

—Algo así.

Mientras caminan hacia el caos que han creado, tomo una respiración profunda, preparándome para la limpieza y la inevitable necesidad de represalias por parte de los estudiantes. Esta fue solo la primera salva, pero estoy lista para la guerra si son lo suficientemente tontos como para volver.

La risa resuena, aguda y cruel, mientras Cian y Victoria se alejan con arrogancia, llevándose a su pandilla con ellos. No puedo apartar los ojos de sus siluetas que se retiran, la forma en que se mueven como si tuvieran todo el poder del mundo. Me irrita, pero al mismo tiempo, lo admiro. Tienen su propia lealtad retorcida en abundancia y claramente son los líderes de Blackbriar.

—Imbéciles —murmuro de todos modos, y luego somos solo nosotros, de pie mientras el polvo se asienta. El campus parece una escena sacada de alguna película post-apocalíptica. Un banco está volcado, papeles revoloteando en la brisa como pájaros heridos.

—Mierda —exhalo, pasándome una mano por el pelo.

Necesitamos recuperarnos de esto más fuertes, más inteligentes. Las palabras de Robert resuenan en mi cabeza, sobre Cian haciendo una entrada.

Bien, que empiece el juego, primo. ¿Quieres jugar en mi mundo? Veamos cómo te gusta cuando yo irrumpa en el tuyo.

Volviéndome hacia mis chicos, suspiro.

—Bueno, esto fue divertido e informativo.

La sangre gotea por la frente de James, su labio partido, pero no está peor por el desgaste mientras se mantiene cerca. Los nudillos de Tarq están en carne viva por la pelea, un tono púrpura floreciendo bajo su ojo. Raph se apoya contra un árbol, haciendo una mueca cuando mueve su hombro.

—¿Dónde está Oliver? —pregunto, mirando alrededor, con el pánico alzándose.

—Aquí —dice, desde detrás de mí—. Todo bien.

—Bien —empiezo, girándome para verlo con mis propios ojos, mi voz cortando la niebla de dolor y adrenalina—. Limpiamos, fortificamos y luego golpeamos el doble de fuerte, cuando no lo esperen. Es lo mínimo que podemos hacer, después de todo, un poco de venganza.

James asiente, su mente estratégica ya trabajando.

—Suenan como un plan. Malditos imbéciles.

—Ay, bebé, ¿estás herido? —pregunto, acercándome a él con una sonrisa y limpiando su labio con mis dedos.

Él resopla.

—Sí, muy adolorido, justo aquí —agarra mi mano y la presiona contra su polla.

—No va a poder ser, me temo, amigo —dice Raph, acercándose a James y dándole una palmada en el hombro—. Ella está fuera de límites por unos días.

James suelta mi mano y suspira.

—Bueno, valía la pena intentarlo.

Riéndome, digo:

—Todavía tengo dos manos, un culo y una boca.

Sus ojos se iluminan, pero tengo la sensación de que ninguno de ellos esperará nada de mí, lo cual es lo más dulce. ¿Quién tiene ganas de sexo cuando estás hinchada, hambrienta y necesitas

una fuente de chocolate bajo la cual meter la cabeza y beber?

—Vamos a limpiar la casa —digo—. Y luego necesito comida y una fuente de chocolate.

CAPÍTULO 15

ELIZA

Aproximadamente una hora después de comenzar la limpieza causada por Blackbriar U, hago una pausa y me limpio el sudor de la frente. El día está más cálido de lo habitual para esta época del año, y el sol brilla con fuerza en el cielo mientras nos acercamos al mediodía.

—Señorita Hughes.

Frunciendo el ceño, me giro hacia la voz empalagosa y miro con desdén a la persona a la que pertenece.

—Vicerrector Peters —murmuro.

—Venga conmigo. Tenemos que hablar —dice el vicerrector Peters, con una voz tan resbaladiza como el aceite.

No tengo manera de rechazarlo sin convertirlo en un enemigo aún mayor y, para ser sincera, lo estaba esperando. Así que es mejor enfrentar la música y acabar con esto de una vez.

Siguiéndolo hacia el edificio principal del Castillo, niego con la cabeza a mis chicos, que levantan la vista y se mueven hacia adelante. Retroceden, sabiendo que solo empeoraría las cosas si nos enfrentamos a él en grupo.

Me lleva a su oficina y entra. Lo sigo, y la puerta se cierra tras de mí con un clic. Me quedo ahí, frente a él, al otro lado del escritorio de caoba. Es solo una habitación, pero con Peters aquí, se siente como una jaula.

—Esto se está convirtiendo en un problema bastante grande desde que usted llegó —dice.

No me sorprende; como dije, lo estaba esperando. —Soy consciente, pero esto es lo que sucede cuando la gente huele el poder. Quieren derribarlo.

—Hmm. Usted es un peligro para esta institución, señorita Hughes. Su futuro académico pende de un hilo, y yo tengo justo las tijeras para cortarlo con la junta universitaria. —Desliza un papel sobre el escritorio—. Retírese voluntariamente del Castillo, diga que es por razones personales, o me aseguraré de que la expulsen por mala conducta académica.

—¿Qué? —escupo, mirando fijamente el papel sobre su escritorio—. ¿No puede hablar en serio?

Mi corazón late con firmeza, incluso mientras asimilo sus palabras. Esto no se trata solo de la universidad. Si me voy, papá lo verá como un fracaso. Pensará que no puedo manejar el mundo real, y mucho menos nuestro imperio.

—La negativa no es una opción —añade Peters, con una sonrisa burlona extendiéndose por su rostro—. A menos que quiera ser vista como una alborotadora que logró que la expulsaran de una de las mejores instituciones de Inglaterra.

No sé qué es peor. De cualquier manera, papá se sentirá severamente decepcionado hasta el

punto de que podría quitarme todo por lo que he trabajado. Esto es parte de mi prueba. Fallar aquí significa fallar por completo.

Peters tiene exactamente la soga alrededor de mi cuello que me hará el mayor daño sin matarme, cosa que no puede hacer.

Pero no puedo dejarle ver lo fuerte que es este golpe en mi estómago. —Déme tiempo para considerarlo —digo, con voz serena, ocultando la tormenta interior.

—Cuarenta y ocho horas —responde con un gesto desdeñoso—. Y si algo me llegara a suceder mientras tanto, el papeleo para la expulsión se pondrá en marcha automáticamente.

Salgo sin dejarle ver la ira que está a punto de estallar. Afuera, el aire es fresco, un marcado contraste con la atmósfera asfixiante que acabo de dejar. Les mando un mensaje a los chicos mientras me dirijo directamente a la casa adosada; ya están allí cuando entro.

El shock se ha disipado en el corto trayecto, y ahora estoy *cabreada* más allá de lo imaginable. Cómo se atreve este cabrón engreído a amenazarme.

Mi cara debe parecer un trueno cuando entro en la sala de estar para ver a los chicos esperándome, porque Raphael pregunta:

—Vaya, ¿quién encendió la mecha de tu tampón?

Estoy demasiado enfadada para responder a la broma, así que lo suelto sin más:

—Peters me ha dado un ultimátum. Cuarenta y ocho horas para dejar Castle voluntariamente, o me expulsará por mala conducta académica.

—¿Qué? —ladra Tarquin—. No puede hacer eso.

—Puede y lo hará. Me tiene justo donde quiere. Papá nunca aceptará esto. Mi vida está arruinada de todas formas.

—Mira, Damon no es idiota. Debe saber que Peters la tiene tomada contigo. Si vas a él y se lo cuentas, esto será un recuerdo lejano mañana —dice Oliver.

—¿Y si no me cree? Tengo demasiado en juego. No puedo fracasar. E ir a papá no es una opción de todos modos. Sea como sea, lo verá como un fracaso. Estoy atrapada entre la espada y la pared.

Me desplomo en el sofá y los chicos me rodean, brindándome su apoyo.

—¿Quieres que lo matemos? —pregunta James seriamente.

—No pueden. Él se aseguró de ello.

—Joder —murmura Raphael—. Qué capullo.

—Necesitamos algo sobre él, algo con lo que podamos chantajearle —dice Oliver—. Esto no ha terminado, Eliza. Ni de lejos.

—Chantaje —dice James, asintiendo—. Clásico, pero efectivo.

—Empezaremos a investigar —dice Tarquin—. Es el vicerrector aquí, lo que significa que está metido hasta el cuello con la mafia. No hay manera de que esté limpio. ¿A quién se tiró para conseguir el puesto de vicerrector?

—Puaj —murmuro, conteniendo el vómito ante la idea de que alguien se lo tire—. Pero tienes razón. Tiene que haber *algo*. Algún esqueleto en el armario.

—No te preocupes —dice Tarquin con una sonrisa—. Encontraremos algo para hundirlo antes de que se cumplan las cuarenta y ocho horas.

Apoyándome contra el suave cuero del sofá, dejo escapar un profundo suspiro y cierro los ojos por un segundo. No es solo mi carrera académica lo que está en juego, es una lucha de poder por el control de mi futuro y todo para lo que he sido preparada desde que nací.

—¿A quién conocemos que esté conectado con él? —pregunto.

—Su lealtad no es muy conocida, pero creo que es con los Higham. Podemos empezar por

ahí. Contactaré a Adam y veré qué sabe —dice Oliver—. Sus padres están en el mismo campo que los míos, así que hablará siempre que pueda hacer que valga la pena.

Asiento. —Tengo dinero...

Oliver levanta la mano. —¿Para qué crees que son esas bolsas de dinero que traigo a casa? Para días lluviosos, nena.

—Bueno, ahora está diluviando —murmuro.

—Arreglaremos esto —dice James, tomando mi mano—. Aunque tengamos que masacrar a toda la junta de la Universidad, Peters no llegará a ellos con esto.

—Espero que tengas razón.

—Siempre tengo razón. Nos pondremos manos a la obra. Oliver, contacta con Adam. ¿No tenía Robert una chica en la oficina de administración? Raph, trabajaste con ella después del primer ataque, háblale. Tarquin, tú y yo vamos a vigilarlo, para que no pueda ni hacerse una paja sin que lo veamos. Esto es pan comido.

—Pan —gimo—. Necesito comida.

—Entonces empezaremos por ahí y avanzaremos metódica y sistemáticamente hasta que encontremos algo.

—Gracias —le susurro mientras nos levantamos y nos dirigimos a la cocina—. No puedo pensar en esto lógicamente.

—Por eso somos un equipo, princesa —murmura, deteniéndose y atrayéndome a sus brazos—. Te cubrimos las espaldas. Siempre.

Contengo el sollozo hormonal que brota, pero es demasiado tarde. Las lágrimas se desbordan de mis ojos mientras James me abraza, incapaz de contenerlas. Me enfrenté a Franks, Lila, Felix, Cian y Victoria, todo sin perder el paso, pero este ataque personal a mi credibilidad es lo peor que Peters podría haberme hecho. Y él lo sabe.

CAPÍTULO 16

JAMES

Siento su cuerpo temblar contra el mío, cada oleada de sus sollozos silenciosos me atraviesa como un maldito cuchillo. Su fuerza es algo que siempre he admirado y verla así — vulnerable y conmocionada— enciende en mí un fuego que es a la vez protector y jodidamente furioso.

—A la mierda Peters —murmuro en su pelo—, y a la mierda todos los que creen que pueden derribarte.

Se aparta ligeramente, lo suficiente para clavar esos feroces ojos verdes en los míos. — Prométeme que arreglaremos esto —dice, con la voz rasgada por la emoción pero con ese filo de acero que conozco tan bien.

Sonríó, pero no es un gesto cálido, es pura anticipación depredadora. —Te prometo, Eliza, que no solo le haremos pagar, sino que haremos que nunca olvide la lección.

Asiente, y puedo ver las ruedas girando en su cabeza de nuevo: la líder resurgiendo de las cenizas de esta emboscada emocional. Se aparta completamente y se limpia los ojos con una mano impaciente.

—Comamos primero —decide.

La observo mientras se mueve hacia la cocina con determinación. La forma en que se comporta incluso ahora habla mucho de la mujer que es, la Reina de nuestro jodido pequeño imperio.

Mientras Oliver empieza a sacar ingredientes, echo un vistazo a mi teléfono. Es hora de tantear el terreno, recopilar información de mi red sobre Peters. Envío algunos mensajes y luego estoy listo para desempeñar mi papel en el plan.

—Tarquin y yo vigilarémos a Peters —reitero, dando un codazo a mi hermano de armas mientras lanza un cuchillo al aire y lo atrapa por el mango, un truco que nunca pasa de moda—. Y necesitaremos llamar a algunos contactos en la ciudad para pedir favores. No hay manera de que este cabrón no esté sucio. Solo tenemos que averiguar cómo.

Raphael ya está con su teléfono. —Robert está poniendo a esa chica en el caso, Jess —dice sin levantar la vista.

—Bien, perfecto —murmura Eliza.

Oliver voltea un panqueque con facilidad y le sonrío. —¿Panqueques? Más rápido que un pastel de verdad.

—Perfecto —dice ella con una débil sonrisa.

Mientras bromean, siento mi teléfono vibrar en el bolsillo: una rápida respuesta de uno de mis contactos con información prometedor sobre las finanzas de Peters.

—Adam está dispuesto a hablar —dice Oliver, mirando su propio teléfono mientras desliza

un panqueque en el plato de Eliza—. Tengo que irme. ¿Alguien puede tomar el relevo? James no.

—Que te jodan —refunfuño, pero conozco mis limitaciones. No soy ningún chef.

—Raph, te toca —llama Tarquin a Raphael, quien toma el control con un asentimiento.

Me muero por sumergirme en ese mensaje, pero lo primero es lo primero: miro a Eliza y me aseguro de que empiece a comer. —Come —murmuro.

Ella da un bocado, y puedo ver que se relaja ligeramente, la comida ayudándola a recuperar la compostura. No es el tipo de persona que se derrumba, al menos no por mucho tiempo. Su resistencia es una de las muchas razones por las que estoy jodidamente loco por ella.

—Cuéntame todo lo que Adam diga —le dice a Oliver mientras se dirige a la puerta.

—Siempre —Oliver se despide con la mano y desaparece en el pasillo. Sus pasos se desvanecen rápidamente; está ansioso por obtener respuestas igual que todos nosotros.

Tarquin se acerca a mi lado.

—¿Crees que Peters tiene suficiente mierda para enterrarse a sí mismo?

—La mayoría de estos hijos de puta hambrientos de poder la tienen —digo, revisando mi teléfono de nuevo cuando recibo un mensaje de la madre de Oliver, de entre todas las personas.

—Mmm —murmuro, lo que hace que Eliza agudice el oído.

—¿Qué pasa?

—Shannon Sterling, la madre de Ol. Él le preguntó si sabía algo sobre Peters y le pidió que me lo comunicara. Aparentemente, tiene información jugosa.

—¿Oh? —Eliza deja su plato para acercarse rápidamente a mí, echando un vistazo al teléfono.

—Sí. —El mensaje es claro: irregularidades en algunas donaciones benéficas, signos de malversación, justo el tipo de mierda jugosa que necesitamos—. Parece que podríamos tener nuestra primera pista. Peters podría estar desviando fondos de caridad. Si podemos probarlo...

Una sonrisa lenta y maliciosa se extiende por su rostro, el tipo que me dice que está de vuelta en el juego completamente.

—Oh, Mamá Sterling necesita una puta medalla.

—Seguro que sí —respondo con media sonrisa—. Déjame responderle y ver qué evidencia tiene. —Espero un momento mientras llega otro mensaje—. Dice que nos reunamos. Ha estado guardando esto por si Ollie lo necesitaba, pero está feliz de entregártelo a ti, Eliza.

—¿En serio? —pregunta, con lágrimas asomando a sus ojos—. Joder. —Rompe a llorar de nuevo, su fachada dura desmoronándose por segunda vez bajo el peso de este apoyo inesperado—. ¿Ha estado guardando esto para Ollie y ahora me lo está dando a mí? Menos mal que fueron los Sterling y no los Carver —murmura entre dientes.

—Eh —espeta Raph, apuntándola con la sartén de los panqueques—. Papá es un imbécil, pero es nuestro imbécil. Respondió cuando estabas desaparecida.

Me muerdo el interior del labio ante el repentino arrebató de Raph en defensa de su padre.

—Lo siento —balbucea Eliza—. No quise... bueno, sí quise. Pensé que me odiaba. Despreció la coronación, yo solo... ¿Os ayudó a encontrarme?

—No podríamos haberlo hecho sin él —añade Tarquin en voz baja.

—Joder —solloza de nuevo y sale corriendo de la habitación mientras yo miro fijamente a Raph.

—Eso fue innecesario.

—También lo fue su comentario.

—Ella no lo sabía, ¿y por qué estás tan molesto por esto? Te estás comportando como un

verdadero imbécil ahora mismo.

Él suspira y vuelve a la sartén.

—Papá le metió en la cabeza lo de la lealtad el otro día —dice Tarquin—. Puede ser un verdadero idiota a veces, pero James tiene razón, Raph. Eliza no sabía que papá ayudó. Nunca se lo dijimos. Desde su perspectiva, él la *ha* despreciado.

—Lo sé —murmura—. Iré a buscarla. —Desaparece, dejando a Tarq y a mí mirándonos fijamente. Rápidamente escribo una respuesta a Shannon Sterling, acordando una hora y lugar para reunirnos discretamente. Esta podría ser la oportunidad que necesitábamos para exponer a Peters y proteger a Eliza.

Tarquin me observa con una expresión ilegible antes de romper en una sonrisa sardónica.

—Cristo, si Peters supiera lo que estaba empezando...

—Sí. Se ha jodido a lo grande.

Hacemos una pausa cuando otro zumbido suena fuerte en el silencio de la cocina.

—Bien, estamos en marcha. En media hora en el Rusty Anchor.

—Llamaremos a Drago para que nos cubra las espaldas —dice Raph, volviendo con Eliza, que parece apaciguada, al igual que Raph.

—¿Estáis bien vosotros dos? —pregunto.

—Sí —dice Eliza—. Las tensiones están altas, los sentimientos están a flor de piel. Estamos bien.

—Vámonos entonces —declaro, tomando el control mientras Raph envía un mensaje a nuestro amigo mercenario para que nos encuentre en el bar—. Alguien llame a Ol, probablemente no necesite hablar con Adam todavía.

—Me encargo —dice Tarq mientras nos apilamos en el Mercedes de Eliza. Es el único coche lo suficientemente grande para llevarnos a todos.

Partimos conmigo al volante, y Eliza está tan nerviosa como un gato sobre un tejado caliente a mi lado. Pongo mi mano en su muslo.

—Esto saldrá bien, princesa. La señora Sterling no está jugando. Tendrá la información.

—Vale, lo sé. Es solo que hasta que no lo vea con mis propios ojos, no ha sucedido, ¿sabes?

—Sí, lo sé. —Me vuelvo para concentrarme en la carretera, y en cuestión de minutos, estamos llegando al Rusty Anchor, donde Viktor Drago ya está esperando.

CAPÍTULO 17

ELIZA

El Ancla Oxidada es exactamente el tipo de lugar en el que Peters nunca sería visto ni muerto, y eso es lo que lo hace perfecto. El exterior es todo pintura descascarada y aire húmedo, mientras que el interior apesta a cerveza rancia y sueños rotos. Pero es privado, y ahora mismo, la privacidad vale su peso en oro.

Me deslizo fuera del coche, alisando mi chaqueta de cuero, sintiendo la mirada penetrante de Drago sobre mí como si pudiera ver directamente a través de los nervios que estoy tratando de aplacar. —Eliza —retumba a modo de saludo, su acento pesado y reconfortante a su manera extraña.

—Drago. Me alegro de verte de nuevo. —Su sola presencia es tranquilizadora, una promesa tácita de que aquí no sucederá nada que él no quiera. Respaldó a Raph la otra semana, y eso significa que es de fiar.

Dentro del bar, Shannon Sterling está sentada en un reservado al fondo. Es como un ángel de la venganza: rubia, fría como el hielo y mortífera como el demonio. Al verla allí, no puedo evitar sentir una oleada de gratitud. Está usando su influencia por mí, y ni siquiera puedo expresar con palabras lo mucho que eso significa.

Me deslizo en el asiento frente a ella, mis chicos flanqueándome como un muro protector. —Hola, señora Sterling —digo, mi voz firme a pesar de la tormenta dentro de mi pecho—. Quiero agradecerle mucho esto. Sé que quería mantenerlo en secreto...

Ella me interrumpe con un gesto de la mano. —No lo menciones. Cualquier cosa por Ollie, y no puedo esperar para derribar a ese cabrón asqueroso. Siempre me ha dado escalofríos y cuando se convirtió en vicerrector en Castle, supe entonces que tenía que estar preparada. Los imbéciles como él no merecen el poder.

—Cierto —coincido—. Eh...

—No se lo diré a tu padre —dice amablemente—. Ollie me pidió que no lo hiciera, y no lo haré.

—Gracias —susurro.

Ella me sonríe radiante. —No te preocupes.

Desliza un sobre de manila a través de la mesa hacia mí. Parece bastante inofensivo, pero su contenido tiene el poder de sacudir los cimientos. Abriéndolo con mano temblorosa, saco un montón de documentos financieros, que supongo muestran cómo ha estado desviando fondos de la fundación benéfica aprobada por la universidad. Los números no son lo mío, así que se lo paso a James, quien le da un vistazo rápido.

Las cejas de James se fruncen mientras hojear las páginas. —Se ha estado embolsando decenas de miles. Está todo aquí.

—Joder —exhalo.

Me reclino contra el cuero gastado del reservado, sintiendo el alivio y la rabia arremolinándose dentro de mí. —Y pensar que intentó chantajearme —digo, con la voz cargada de desprecio.

Raph se inclina desde donde ha estado silenciosamente erguido sobre mi hombro, su curiosidad picada. —¿Podemos clavarlo con esto?

Shannon asiente, sus ojos azul hielo duros como diamantes. —Absolutamente. Ya ha sido auditado, como dije, he estado esperando. Si esto llega a la junta directiva, Peters estará fuera. —Me lanza una mirada llena de preocupación—. Pero eso es todo lo que será. Los Higham se asegurarán de que no vaya a prisión.

—Es suficiente. No se atrevería a tocarme fuera. Papá tendrá su cabeza si yo no la consigo primero.

—Bueno, no discrepo con eso.

Oliver se une a nosotros, y le sonrío. —Tendremos que prepararnos para las represalias. Nuestra familia no es exactamente un modelo de legalidad. Peters nos arrastrará por el barro si huele lo que se avecina —dice.

—No te preocupes por eso —dice la señora Sterling con desdén—. Será desacreditado en el momento en que el presidente ponga sus ojos en estos. Clifford y yo nos conocemos desde hace mucho. Es un tipo duro y un fanático de las reglas. No dejará pasar esto, te lo aseguro.

—Gracias —digo de nuevo, a punto de estallar en lágrimas otra vez—. No sabe cuánto significa esto. En cualquier momento, si *alguna vez* puedo ser de ayuda, hágamelo saber, sin preguntas.

Ella me da una sonrisa sincera antes de que sus ojos se desvíen hacia Oliver. —Solo ama a mi chico de vuelta de la manera en que él te ama a ti, y estaremos bien.

Devolviéndole la sonrisa, miro a Oliver. —Ya está hecho.

—Aww —dice la señora Sterling, dando un pequeño resoplido—. Qué dulce. Bueno, basta de eso. Pónganse a trabajar, chicos. Tienen que colarse en la oficina de Clifford esta noche sin que Peters lo sepa.

—No hay problema —dice Raph, lleno de confianza en sus habilidades para allanar.

La señora Sterling asiente y se desliza fuera de su asiento, desapareciendo rápidamente.

—Bien, ¿cómo nos colamos en la oficina del presidente Harris? —pregunto—. Eso no va a ser precisamente fácil. Está bastante cerca de la oficina de Peters.

—¿Dudas de mí? —pregunta Raph con una sonrisa.

—Nunca —le respondo—. Guía el camino entonces, oh, gran maestro. Estamos asombrados por tu maestría.

Él se ríe, y me alegro de que las cosas estén realmente bien entre nosotros. Mi comentario le hirió, y lo sé, pero debería haberme dicho que su padre cumplió, y ni siquiera habría pensado lo que pensé, y mucho menos lo habría dicho en voz alta.

—Vamos —murmuro mientras seguimos a la señora Sterling fuera de El Ancla Oxidada y nos reunimos con Drago de nuevo—. ¿Te apuntas a un poco de allanamiento? —le pregunto.

Él sonrío con desdén. —Siempre.

Asintiendo, nos ponemos en marcha, de vuelta al Mercedes, y esta vez en dirección a la Universidad Castle, donde estamos a punto de hacer volar a Peters fuera de la estratosfera.

CAPÍTULO 18

RAPHAEL

El aire fuera de la Universidad Castle está ligeramente brumoso, lo que crea las condiciones ideales para una pequeña intrusión. Es tarde y la niebla es nuestra cobertura mientras nos deslizamos a través de ella, desde la parte trasera del campus, abriéndonos paso hacia el edificio administrativo con un propósito que roza lo agresivo.

—James, tú y Drago vigilad aquí fuera. Ollie, tú serás nuestros ojos una vez que estemos dentro. Tarq, tú vienes conmigo y con Eliza —instruyo, y el grupo asiente.

El campus está mortalmente silencioso, el tipo de silencio que hace que tu piel se erice de anticipación. Puedo sentir la concentración de Eliza como una fuerza a mi lado, su presencia tan suave como afilada cual cuchilla. Tarquin tiene su teléfono en alto, en contacto con James y Oliver.

Saco el juego de ganzúas de mi bolsillo, con una pequeña sonrisa jugando en mis labios. He hecho esto muchas veces, pero nunca con tanto en juego.

La cerradura hace clic y estamos dentro. —Pan comido —susurro, pero Eliza no está de humor para mis tonterías ahora mismo.

—Ojalá todos dejaran de mencionar comida —refunfuña y pone los ojos en blanco, su mente trabajando en el plan que tenemos en marcha. Nos movemos cuidadosamente a través de las sombras de los pasillos administrativos a pesar de la adrenalina que late en nuestras venas.

Observo a Eliza y la forma en que está captando cada detalle del lugar —lista para cualquier cosa— mientras finalmente llegamos a la puerta de la oficina de Harris. Ella me hace un gesto con la cabeza, y estamos a punto de hacer nuestro movimiento cuando de repente Tarquin se detiene e indica que nos pegemos a la pared, agachándonos.

—Peters —murmura—. James dice que entró por el frente.

—¿Estás bromeando? —articula Eliza sin voz, apretando los puños de frustración.

—¡Joder! —siseo entre dientes. Todo el plan podría desmoronarse si nos atrapa aquí. No hay manera de que podamos salir de esta con palabras, especialmente no con el archivo de evidencia de malversación apretado en nuestro agarre.

Los ojos verdes de Eliza destellan, una señal silenciosa para mantenernos alerta. Todos estamos tensos, con los músculos en tensión, listos para lo que venga. Sé que ella no se echará atrás, ninguno de nosotros lo hará. Esto es más que una misión; es personal. Peters la ha amenazado, y ninguno de nosotros va a aceptarlo sin más, y no vamos a permitir que se salga con la suya.

Siento la mano de Tarquin en mi hombro, una presencia silenciosa y tranquilizadora mientras escuchamos los pasos amortiguados de Peters acercándose. El aire está cargado con la tensión de maldiciones no pronunciadas y mandíbulas apretadas. La mano de Eliza se acerca a su cintura,

donde mantiene oculta su navaja, una promesa silenciosa de violencia si llega a eso. Hay una sensación punzante de peligro acechando justo bajo la superficie; estamos jugando un juego mortal del gato y el ratón, y ahora mismo, somos los putos ratones.

No me gusta *nada*.

Los pasos de Peters se acercan, pero luego, por algún golpe de suerte o quizás por la mano caprichosa del destino, se desvanecen en la dirección opuesta. Intercambio una mirada con Eliza y Tarquin; no hacen falta palabras. Esperamos, silenciosos como las propias sombras, hasta que estamos seguros de que Peters se ha ido.

Con un gesto de Eliza, nos movemos de nuevo. Tarquin se queda junto a la puerta, vigilando mientras sigo a Eliza al despacho de Harris. La habitación está envuelta en oscuridad salvo por el resquicio de luz de la luna que se cuela por las ventanas. Eliza se mueve rápidamente hacia el escritorio. El archivo cae con un suave golpe sobre el escritorio de Harris; es una evidencia condenatoria que hundirá a Peters para siempre.

—Tenemos que asegurarnos de que lo vea lo primero —susurra, enderezando la pila de papeles para que sea imposible pasarlo por alto—. Pero que nadie más lo vea.

Garabateando en una nota adhesiva, escribe: Urgente. Solo para tus ojos.

Hago un gesto con la mano como si eso fuera a ser suficiente. Ella agita la suya en respuesta y se encoge de hombros.

Tendrá que servir.

Hago un gesto de clic con el dedo, y ella me mira fijamente para que me explique.

—¿Foto?

—Ya la tengo, idiota. No es mi primera vez.

Riéndome por lo bajo, asiento, y volvemos a salir sigilosamente. Tarq nos da el visto bueno, y nos movemos sigilosamente de vuelta por donde vinimos, solo para detenernos en seco unos segundos después por unos pasos que se dirigen hacia nosotros.

—Retroceded, joder —siseo, tirando de Eliza conmigo mientras nos pegamos a la sombra más cercana. Estoy bastante seguro de que mi corazón está latiendo lo suficientemente fuerte como para delatarnos, pero esa es la menor de nuestras preocupaciones ahora mismo.

Los ojos de Eliza son de acero, su cuerpo tenso pero listo mientras agarra la empuñadura de su navaja bajo su chaqueta. Los malditos pasos se acercan más, y maldigo entre dientes. Una cosa es entrar a escondidas y plantar evidencia, y otra completamente distinta es que te pillen merodeando por los pasillos como un puto aficionado.

—Mierda, necesitamos una distracción o algo —murmuro.

Tarquin teclea en su teléfono, y al segundo siguiente, se oye el sonido de disparos desde fuera.

—Jesús —espeto—. ¿Qué están haciendo?

—Creando una distracción —murmura Tarq encogiéndose de hombros.

Los pasos se detienen, y luego hay un movimiento apresurado en la dirección opuesta. Quienquiera que sea, se dirige directamente hacia el alboroto del exterior, cayendo justo en nuestra trampa.

Aprovechamos el caos para deslizarnos por el pasillo sin ser detectados.

Una vez que estamos de vuelta en la seguridad de la noche brumosa, nos apresuramos hacia el Merc sin decir una palabra más, la tensión desapareciendo con cada paso que nos aleja de los edificios de la universidad. Una vez que estamos en el coche, con los otros chicos uniéndose a nosotros menos Drago, Eliza deja escapar un largo suspiro y se desploma contra el asiento. —Que me jodan. Eso estuvo cerca.

Arranco el coche y salgo a la carretera antes de responder: —Pero lo hicimos —. Mi corazón aún late con fuerza, pero me siento vivo.

Ella suelta una risa baja. —Sí. Lo hicimos.

—Buen trabajo con los disparos —dice Eliza a James con una suave risa.

—Confundió de lo lindo a Peters, así que funcionó —dice él, y yo asiento.

—Ahora solo tenemos que esperar que no entre en la oficina de Harris y vea el archivo en su escritorio antes que Harris.

—Supongo que pronto sabremos si lo hace. El tiempo corre —murmura Eliza, mirando por la ventana mientras conduzco alrededor del campus hacia la casa adosada—. Qué desastre.

No puedo estar en desacuerdo, pero no hay nada que no haría por ella, así que si esto sale mal, seguiremos luchando, pase lo que pase.

CAPÍTULO 19

ELIZA

Me tiemblan las manos al llevar la taza de café a mis labios. El tiempo pasa demasiado lento mientras miro fijamente la taza, soplando sobre ella mientras el sol de la mañana se cuele por la ventana.

Tarquin se acerca por detrás y me rodea con sus brazos, abrazándome con fuerza antes de colocar sus manos sobre las mías en la taza.

—Todo saldrá bien —murmura, besándome el cuello.

—No lo sabes. Han pasado horas desde que dejamos el archivo en el escritorio de Harris. Tal vez deberíamos haber esperado para entregárselo en persona esta mañana.

—Fue un riesgo calculado —dice, apartándose y apoyándose en la encimera para mirarme a los ojos—. Podríamos haberlo guardado, pero ¿habríamos logrado acercarnos a Harris esta mañana? Podríamos haber perdido demasiado tiempo dando vueltas, mientras que de esta manera Harris probablemente ya lo ha visto.

—Quizás. Si Peters no lo vio primero y lo quitó de su escritorio —me quejo, odiando mi tono, pero estoy demasiado nerviosa para que me importe ahora mismo—. ¿Podemos ir al campus y esperar allí?

—Por supuesto —dice—. ¿Por qué no lo estamos haciendo?

Riéndome mientras hace una mueca, doy un sorbo al café y luego lo dejo. Estoy demasiado nerviosa para consumir algo ahora mismo.

Reuniendo a los chicos, salimos de la casa y cruzamos la hierba húmeda, el fresco aire otoñal me hace temblar a pesar de mi abrigo cálido. Marchamos directamente hacia el Edificio Principal y nos quedamos allí, probablemente luciendo nerviosos como la mierda. Bueno, yo definitivamente.

Apoyado contra una fría pared de piedra, Raphael se para lo suficientemente cerca como para que sienta el calor de su cuerpo, su brazo rozando el mío de vez en cuando. Los ojos de Tarquin recorren la multitud, sin perderse nada, mientras Oliver cuenta un chiste en voz baja, ganándose un resoplido de James.

—Vamos, vamos —murmuro. No pude dormir anoche esperando que cayera la otra zapatilla, pero ahora es de mañana y las cosas necesitan empezar a suceder de una forma u otra antes de que me trepe por las paredes.

—Parece que nuestra pequeña aventura nocturna dio sus frutos —murmura Raphael, observando cómo se abren las puertas del Edificio Principal.

El Vicerrector Peters sale, flanqueado por dos guardias de rostro severo que parecen más militares que regulares. Su cara es una máscara de ira e incredulidad.

Un murmullo recorre la multitud de estudiantes reunidos a nuestro alrededor, con sus

teléfonos fuera, capturando cada momento.

—No puedo creer que ese cabrón finalmente esté recibiendo lo que se merece —susurra Oliver.

—Ya era hora —añade James, cruzando los brazos sobre el pecho mientras vemos a Peters siendo conducido por las escaleras.

—Eliza —dice Tarquin, con voz baja—, ¿estás bien?

Asiento, manteniendo una expresión neutral. Sin embargo, por dentro, la satisfacción me invade. La evidencia que plantamos en la oficina de Harris fue la puntilla en el ataúd de Peters. Esto es más que una victoria personal; es un mensaje para cualquiera que se atreva a cruzarse en nuestro camino.

—Eliza Hughes, esto no ha terminado —la voz del Vicerrector Peters gruñe entre los murmullos de la multitud como un cuchillo. Sus ojos se clavan en los míos mientras los guardias lo escoltan frente a nosotros. La satisfacción que siento vacila, dando paso a la incertidumbre. Tiene esa mirada, como si tuviera una escalera real y no pudiera esperar para mostrarla.

—A mí me parece que sí —murmuro.

Se inclina, lo suficientemente cerca para que solo yo y mis chicos lo escuchemos. —Envíé los papeles para tu expulsión anoche. Disfruta tus últimos momentos aquí —se endereza, casi con aire regio, a pesar de su caída, y luego se aleja de nuevo, dejando su amenaza flotando en el aire como humo.

—Mierda —murmura Raphael.

Mi corazón golpea contra mis costillas, más fuerte, más rápido. —Joder. Joder. Joder. Iba a hacerlo de todos modos, sin importar lo que dijera. ¡Ese cabrón! —Me giro y pateo la pared, el terror me invade al pensar que tendré que enfrentarme a mi padre como una completa fracasada.

—Parece que Harris viene hacia acá —susurra Oliver, su mirada siguiendo el acercamiento del Presidente.

—Mierda —Mi mente corre, tratando de predecir el movimiento de Harris. ¿Se pondrá del lado de Peters y me echará, o todo esto pasará y será un recuerdo lejano?

Mientras pasa junto a nosotros, Harris dice: —Vamos a clase ahora; el espectáculo ha terminado.

Lo observo por un momento, luego dos, buscando alguna señal, cualquier pista. Pero no hay nada, solo la espalda de un hombre que podría haber sellado mi destino, y me quedo en vilo, sin saber si sigo siendo estudiante o pronto seré una intrusa en este campus.

—¿Eliza? —la voz de Raphael es baja, pero apenas lo escucho sobre el rugido de la sangre en mis oídos.

—Dame un segundo —digo, ya moviéndome. Mis pies me llevan hacia adelante antes de que haya tomado la decisión consciente de enfrentar a Harris. Los chicos se quedan atrás, una red de apoyo silenciosa en la que no puedo permitirme apoyarme, no todavía.

—¡Presidente Harris! —lo llamo.

Se detiene, se gira y me mira con esos ojos astutos que no se pierden nada. —¿Señorita Hughes?

—¿Me están expulsando? —Es directo, sin rodeos, una pregunta como una bala sin espacio para evasivas. Necesito saber de una manera u otra.

Me da una mirada escrutadora. —Los papeles de expulsión, sí llegaron a mi escritorio anoche, junto con otro archivo muy informativo.

Mi corazón se acelera, pero mantengo una fachada fría. —¿Y?

—Dado quién presionó por tu salida de Castle... —Harris mira el espacio vacío donde Peters

acababa de estar—. He decidido que no vale el papel en el que está impreso.

El alivio me inunda, repentino y dulce, pero lo enmascaro con un asentimiento. —Gracias — respondo, con voz firme.

—Mantén la nariz limpia, señorita Hughes —No es exactamente una advertencia, ni un consejo.

—Haré mi mejor esfuerzo.

Él se ríe por lo bajo, sorprendiéndome un poco, pero me doy la vuelta y encuentro la mirada de Oliver; hay una pregunta allí, una que respondo con una sutil inclinación de cabeza: estoy a salvo. Por ahora.

Pero incluso mientras me reúno con los chicos, no puedo sacudirme la sensación persistente de asuntos pendientes. Peters es ahora una serpiente sin colmillos, pero incluso una serpiente desdentada puede colarse en los lugares menos esperados. Tendré que andar con cuidado, mantener a mis amigos cerca y a mis enemigos al alcance de un disparo.

—Peters está derribado pero no fuera de juego, y no podemos permitirnos bajar la guardia — medito.

Escaneo los rostros de Raphael, Tarquin, James y Oliver, cada uno de ellos una parte vital de esta intrincada red que hemos tejido.

—Los desafíos no tienen ninguna oportunidad contra nosotros —dice Oliver con una sonrisa burlona que solo él puede lograr en medio del caos, su confianza contagiosa.

—Así es —respondo con media sonrisa.

El sabor de la victoria es como el mejor whisky, suave y ardiente hasta el final. Está en el aire, llena mis pulmones y corre por mis venas. Sé que somos intocables. Somos los dueños de nuestro propio destino, y que me condenen si alguien intenta quitarnos eso.

—Es hora de mostrarle a esta universidad que no solo estamos jugando en serio. Nosotros somos los Reyes del Castillo —Miro a mi alrededor, a la red de confianza y poder que hemos construido y siento el pulso de la emoción por el juego que nos espera.

CAPÍTULO 20

ELIZA

Mientras el sol de media mañana calienta mi espalda, el alivio y el renovado vigor para acabar con todo este año, tanto académica como mafiósamente, recorren mi alma. Las cosas parecen estar finalmente estabilizándose, aunque nunca lo admitiré en voz alta para no gafarlo. Cierro de una patada la puerta de la casa con mi bota y dejo caer una pila de libros de texto sobre la mesa de café en la sala de estar. El sonido de los pesados libros golpeando la madera corta el silencio de la habitación como un disparo, captando la atención de todos. James, despatarrado en el sofá con su pelo rubio hecho un desastre, levanta la cabeza. Oliver, reclinado en el gran sillón con los brazos cruzados sobre el pecho, arquea una ceja. Raphael hace una pausa a mitad de sorbo de su taza de café, con el vapor ondulando hacia su afilada mandíbula. Tarquin, siempre el último en romper su concentración, finalmente levanta la vista de su teléfono.

—Muy bien, escuchad —comienzo, paseando frente a ellos como una tigresa enjaulada—. Tenemos mucho que resolver: nuestros cursos, nuestros asuntos de la mafia, todo. Miradlos, los cuatro holgazaneando como si no tuvieran nada mejor que hacer.

—No lo tenemos —señala Oliver.

—¡Ugh! —exclamo, pero sin malicia, solo frustración—. Sí que lo tenéis. ¿No queréis aprobar con matrícula de honor?

—No, eso solo eres tú. Nosotros estamos aquí por los asuntos de la mafia —afirma Tarquin.

—Oh, por favor. No me vengas con eso. Todos sois demasiado listos para eso. Estáis siendo perezosos.

—Estamos esperando a que lancen la próxima granada —dice Raphael con calma antes de dar otro sorbo.

—Si hemos jugado bien nuestras cartas, no habrá ninguna —argumento—. Mirad, sé que nada está garantizado en este mundo, pero tenemos un momento. Aprovechémoslo, todos nosotros.

James se estira, haciendo crujir su cuello con un suspiro. —Vale.

—Tú me sorprendes —me dirijo a él—. Esa inteligencia silenciosa no merece estar desperdiciándose aquí.

—Nadie ha dicho que esté sentado aquí rascándome el culo —dice, pero luego entrecierra los ojos cuando señalo que está haciendo exactamente eso—. Estoy trabajando en segundo plano.

—Igual yo —dice Oliver, subiéndose al carro.

—No es suficiente. De vuelta a las clases, todos vosotros. Haced que vuestros padres se sientan orgullosos de vuestros cerebros además de vuestros músculos.

—Joder, ¿quién te nombró madre del grupo? —se queja Tarquin.

—Alguien tiene que hacerlo. Primero, pongamos en orden nuestros trabajos; los plazos no esperan a nadie, ni siquiera a nosotros. —Señalo la pila de libros, una orden silenciosa que saben que va en serio.

—De acuerdo —dice Oliver, sin mucho entusiasmo—. Universidad de día, mafia de noche.

—Exactamente —confirmando, y hay un destello de respeto en los ojos de Raphael mientras asiente, reconociendo el plan.

Todos conocemos la situación, lo que está en juego y el riesgo. Aun así, no hay otra opción más que triunfar: por orgullo, por supervivencia y por los demás.

—En cuanto a los otros asuntos, la confianza es clave —énfasis—. Nos movemos como una sola unidad; nadie actúa solo, ya no.

—De acuerdo —dice Raphael, lo que me hace resoplar, considerando que él es el único al que le gusta ir por su cuenta. Aunque, pensándolo bien, yo tampoco fui precisamente una niña exploradora al principio. Pero las cosas cambian. Las lealtades, así como los enemigos, cambian.

—Muy bien —asiento una vez con firmeza—. Pongámonos a trabajar. Tienen esta tarde para ponerse al día con lo que se han perdido.

Para mi sorpresa, obedecen. Se abren libros, las computadoras portátiles cobran vida, se susurran planes. Este es nuestro mundo, nuestra guerra, y estamos listos para lucharla en todos los frentes.

Mientras cada uno de nosotros se sumerge en sus tareas, el sol se mueve de vuelta hacia el horizonte, una espina molesta en mi costado se clava más profundo, y ya no puedo ignorarla.

—Universidad Blackbriar —digo en el silencio—. Les haremos una visita mañana; ajustaremos cuentas. —Mi voz es firme, mi determinación como el acero.

—¿Qué hay de las clases? —pregunta Oliver esperanzado.

—He visto todos sus horarios. Todos tenemos dos horas libres mañana por la mañana. ¿No son afortunados?

James se inclina hacia adelante, con el ceño fruncido. —¿Realmente quieres hacer esto?

—Cian y Victoria creen que han hecho una declaración, pero es hora de que corriamos esa narrativa.

Oliver asiente, un movimiento lento y deliberado. —Entonces preparémonos. Deberíamos estar listos para cualquier cosa.

—De acuerdo. —Pero parte de mí espera que esto sea más una visita agradable que una guerra total. La pareja me intriga a un nivel en el que no puedo dejar de pensar. Literalmente parece que no les importa nada. Quiero ver por mí misma si eso era una actuación o si invadimos su territorio, lucharán como animales para deshacerse de nosotros.

—Estoy aburrido —declara Tarquin unos minutos después—. ¿Podemos comer y luego hacer otra cosa? —Su mirada azul profunda me taladra, pero niego con la cabeza—. Comer, sí. Otras cosas, mañana.

—Eres una ama dura —refunfuña, pero me da una sonrisa y se pone de pie, ofreciéndome su mano para ayudarme a levantarme.

—Puedo azotarte si quieres; hacerlo más duro.

Sus ojos se encienden, y yo arqueó una ceja. *Anotado.*

Mientras nos dirigimos a la cocina, los libros olvidados de nuevo, observo a los hombres uno por uno, agradecida por todo lo que han hecho por mí, no solo por cubrirme las espaldas sino por sacarme de mi miedo a amar demasiado a alguien. Me ha hecho abrirme lo suficiente como para permitir que Felix se abriera paso detrás de mis muros, lo cual es enorme, y mis pensamientos vagan hacia mi medio hermano. Le prometí tiempo cara a cara con papá, y cumpliré. Pronto.

Primero, necesito ver cómo son Cian y Victoria en su propio terreno. Por mucho que la emoción de la lucha haga rugir mi motor, ser líder significa tomar también decisiones responsables. Realmente no queremos una pelea con Blackbriar. Son duros. Y aunque esa parte no me molesta *tanto*, hay estudiantes aquí que no quieren verse envueltos en la rivalidad cada dos por tres o cuando les dé la gana asaltarnos. Mi esperanza es que podamos poner esta rivalidad en una especie de alto al fuego. Hay espacio para ambos en el mundo real y Cian es familia.



MÁS TARDE ESA NOCHE, me muevo por mi habitación donde todo mi equipo está preparado para mañana. Sé que los chicos están haciendo lo mismo. Aún no les he informado sobre mi objetivo porque probablemente enfrentaré resistencia. Es algo que tendrán que saber, pero mañana. Esto podría no salir según lo planeado. Podríamos estar entrando en una guerra que no tiene posibilidad de calmarse. Ya veremos. Por eso quiero ver la situación antes de decidir nada definitivamente.

Raphael golpea suavemente la puerta abierta. —Eliza, ¿estás segura de esto?

—Tan segura como que el cielo está oscuro a medianoche —respondo, deslizando a Flick en su funda, lista para la acción por la mañana.

—No nos verán venir.

—Bien. La sorpresa está de nuestro lado.

—Tienes algo más planeado, ¿no es así?

Sonriendo, le guiño un ojo. —Me conoces demasiado bien, imbécil. Pero veamos primero cómo va, ¿sí?

—Hmm. —Su expresión es indescifrable, pero sabe lo que estoy pensando, así que eso es suficiente por ahora.

CAPÍTULO 21

ELIZA

El motor ronronea una despedida en voz baja mientras James lo apaga. La Universidad Blackbriar se alza ante nosotros, sus edificios de piedra oscura cubiertos de hiedra son un sombrío telón de fondo para el trabajo de hoy. Salimos del coche, nuestras botas golpean el asfalto con un ruido sordo que rompe la quietud matutina.

—Hora del espectáculo —murmura Oliver, con un brillo feroz en los ojos.

Raphael escanea el área, su mirada es afilada como una navaja, mientras Tarquin ajusta el puño de su chaqueta, donde sé que esconde un cuchillo. Me ajusto el abrigo, el peso de mis armas ocultas es un consuelo familiar contra mis costillas.

Caminamos hacia el corazón del campus, nuestra presencia corta el murmullo de la charla estudiantil como un cuchillo. Las cabezas se giran, los murmullos aumentan: una ola de cautela se extiende por la multitud. Estos chicos malos y chicas duras nos miden con la mirada, sus ojos recelosos, pero no hay duda del respeto subyacente. Saben quiénes somos y lo que representamos.

—No empiecen nada —murmuro—. Dejemos que sean ellos quienes lo hagan.

Murmullos de acuerdo me rodean mientras los chicos se mueven en formación circular, protegiendo a su Reina de estos rivales.

No tarda mucho en encontrar a su Rey y Reina. Cian, de pie con esa maldita sonrisa arrogante, su espalda contra la pared del edificio de la unión estudiantil. A su lado, Victoria se apoya con casualidad, su risa atraviesa el aire fresco. Sus ojos captan la débil luz del sol, brillando con una alegría que promete caos.

—Eliza Hughes —dice Cian, apartándose de la pared. Su voz es suave, pero puedo oír el filo, la tensión que tensa cada sílaba.

—Te estaba buscando, primo —mis palabras son hielo sobre acero; nuestro parentesco no le concede ningún favor. Aún no.

Victoria nos observa, su expresión es indescifrable. —Me preguntaba cuándo aparecerías.

—Pensé que tal vez os sentíais solos sin nosotros —respondo.

Cian sonríe con suficiencia, cruzando los brazos. Los labios de Victoria se curvan en una media sonrisa mientras se inclina para recoger el bate que estaba apoyado contra la pared.

—Hablemos —digo, mirando a Cian a los ojos. Es hora de recordarles con quién están tratando.

Los ojos de Victoria van de uno a otro, midiendo la tensión. Ella sabe reconocer un enfrentamiento cuando lo ve, y ¿gesto? Esto es un choque de titanes.

Pero con suerte, no será uno que resulte en derramamiento de sangre. Mis chicos están en silencio a mi lado, vigilantes, pero sin hacer ningún movimiento.

—Hablar —repite Cian, saboreando la palabra como si fuera algo repugnante.

—Sabías que vendría. Tomaste tu oportunidad en Castle, ahora es mi turno de dar las órdenes.

—Tan directa, prima —dice Cian, entrecerrando ligeramente los ojos. Está sondeando, buscando grietas en mi armadura. Pero soy sólida, de principio a fin.

—Lo directo obtiene resultados —respondo—. Tú, más que nadie, deberías entender eso. Después de todo, la sutileza no es exactamente el estilo de nuestra familia, ¿verdad?

—Nuestra familia —dice—. ¿Qué te hace pensar que tienes algún derecho a llamarte Gannon?

—Corre por mi sangre tanto como por la tuya.

—Eso es cierto. Pero no puedes simplemente anunciar que eres una de nosotros. Eso se gana, princesa.

Su apelativo es mordaz, y me enfurece, pero tengo una misión aquí, y tengo que intentar al menos llevarla a cabo antes de que resulte en que le meta los huevos tan adentro del culo que se ahogue con ellos.

—Cierto —reconozco con un asentimiento—. ¿No crees que soy lo suficientemente buena?

Suelta una carcajada mientras Victoria balancea su bate. Parece lista para aplastarme la cabeza con él, pero Cian aún no ha hecho ningún movimiento. Todavía.

—Oh, sé que lo eres, pero la lealtad es algo caprichoso. ¿Has venido a armar jaleo o a arreglar las cosas?

—No sabía que hubiera cosas que arreglar por mi parte; después de todo, fuisteis vosotros quienes destrozaron mi campus. Estoy aquí para ver si podemos acabar con esta rivalidad que crees que existe, de una manera en la que nadie más salga herido y mis chicos puedan volver a sus pequeñas vidas sin preocuparse por vosotros, imbéciles.

Cian considera esto, su expresión indescifrable. —Eso es pedir mucho. ¿Qué gano yo?

—La certeza de que no desataré un infierno alegre sobre tus pequeños aspirantes.

—Aspirantes —resopla—. Auch, prima. Eres un poco malvada, ¿no?

—Digamos muy malvada y estarás en lo cierto.

—¿Qué te hace pensar que puedes vencernos?

—¿Conoces a mi padre? —pregunto frunciendo el ceño.

Él frunce el ceño también. —He oído hablar de él.

—Me entrenó para ser exactamente como él. Solo que peor.

Vuelve a sonreír con suficiencia. —Bien. Me encanta ver a una chica pateando traseros en un mundo de hombres —lanza una mirada ardiente a Victoria, quien se pavonea.

—¿Quién dice que este es un mundo de hombres? —pregunto, atrayendo su atención de vuelta hacia mí—. Es el amanecer de una nueva era.

—Oh, me cae bien —declara Victoria.

—Me siento honrada —digo con sarcasmo, lanzándole una breve mirada fulminante antes de volver mi atención a Cian—. Somos dos caras de la misma moneda; bien podríamos usarlo a nuestro favor.

—De acuerdo —cede después de una pausa, con una admiración reacia en sus ojos—. Tienes mi palabra. No más travesuras en el campus. Nos portaremos bien por ahora. Siempre y cuando admitas abiertamente que Blackbriar no es una universidad de nueva generación de segunda. Nos mantenemos firmes —su ira se enciende y burbujea bajo la superficie. He tocado un nervio sensible, como pensé que podría suceder. Él ve a Robert como el elegido, enviado a Castle y triunfando con los grandes, mientras que él está aquí; Rey, sí, pero quizás no en la misma liga

que Castle.

—Puedo admitir eso. Ustedes saben lo suyo, pero esta rivalidad no tiene por qué extenderse entre nosotros. Podríamos darle un mejor uso uniendo nuestras fuerzas. He oído que Ravenswood está causando problemas.

—Bah —escupe—. Un montón de cobardes de poca monta.

—Exactamente lo que pienso.

Compartimos una sonrisa, y aunque no estoy encantada de que Ravenswood se haya visto arrastrado a nuestro pequeño lío, seguro que nos dio algo en lo que estar de acuerdo. Tal como están las cosas, Ravenswood *son* unos criminales totalmente desalmados que constantemente causan problemas al otro lado del país. Pero no hay organizaciones detrás de ellos, así que para nosotros, de todos modos son presa fácil.

—Bien —digo, extendiendo mi mano—. Entonces estrechémonos las manos y pongamos fin a esta mierda.

Mientras nuestras manos se entrelazan, veo el indicio de una alianza genuina formándose. Una asociación nacida de la rivalidad, pero fuerte por ello y por nuestros lazos familiares.

El apretón de manos entre Cian y yo se prolonga un segundo de más. Puedo sentir los ojos de todos en el patio sobre nosotros; bien podríamos estar bajo un foco. De todos modos, estoy preparada en caso de que Cian decida iniciar algo.

—Aww, ¿todos mejores amigos ahora? —la voz de Victoria rompe el silencio, afilada como una navaja—. Qué encantador.

—Victoria —digo dulcemente—. ¿Decidiste unirme a la conversación?

Resopla, pero sus ojos brillan con interés. —Digamos que si me metiera en esta conversación, la desviaría. Eres la familia de Cian, él decide qué hacer contigo.

Sonríó lentamente, de manera algo siniestra, sintiendo el cambio en el equilibrio. No somos amigas, no todavía, pero el reconocimiento parpadea entre nosotras, el comienzo del respeto.

Siento más que veo a mis chicos cerrando filas a mi alrededor. Hemos hecho lo que vinimos a hacer, y ahora es hora de sacar nuestros traseros de su territorio antes de que decidan que nuestra presencia ya no es bienvenida.

—Vámonos —les digo, con voz firme.

Cian me hace un saludo burlón mientras Victoria me hace ese gesto descarado de nuevo, y retrocedemos antes de girar para atravesar el campus de la Universidad Blackbriar de vuelta al coche, el zumbido de los susurros siguiéndonos. Siento sus ojos sobre nosotros, midiendo, calculando. Pero no hay miedo en mi paso, solo la emoción de un desafío enfrentado y superado.

—Eliza —murmura James cuando llegamos al coche—. ¿Ese era el plan desde el principio?

—Sí.

—Qué amable de tu parte informarnos.

Me río y tomo su mano. —Lo siento; sé que debería haber dicho algo, pero no estaba segura de cómo iría. Por lo que sabía, podría habernos echado a patadas de vuelta a Castle.

Asiente, aceptándolo, y ahora es un asunto zanjado.

El coche ronronea bajo mis manos, y mientras dejamos atrás las puertas de Blackbriar, siento que el peso del día se asienta en una sensación de logro. Tenemos aliados en ciernes y nuevos desafíos por delante.

—Hoy ha sido un punto de inflexión —digo, rompiendo el silencio—. Cian y Victoria no esperaban encontrar un terreno común conmigo, pero está ahí.

—El terreno común puede convertirse en un campo de batalla o en una fortaleza —comenta James a mi lado, su mirada por la ventana reflejando un mundo que pasa rápidamente.

—O ambos —reflexiona Oliver desde el asiento trasero.

—Apuntemos a una fortaleza —sugiero. Las comisuras de mi boca se curvan hacia arriba mientras considero la alianza—. Cian es familia. Dudo que se moviera sin pensarlo seriamente. Victoria, por otro lado, no es alguien a quien subestimar.

—Dos reinas en un tablero de ajedrez —comenta Raphael, inclinándose hacia adelante entre los asientos. Capto su sonrisa en el espejo retrovisor—. Pero, ¿cuál de ustedes es la blanca?

—Supongo que averiguaremos quién se mueve primero.

Hoy no se trataba solo de mantener nuestra posición; se trataba de sentar las bases para lo que está por venir. Las posibilidades se despliegan en mi mente como un mapa del futuro, con giros, vueltas y todo.

Entramos en las calles familiares de CastleGate, nuestra universidad elevándose de la antigua tierra como una declaración de poder, los edificios de piedra bañados por la luz del sol. Hay un zumbido de anticipación en el aire, espeso, tangible.

—De vuelta en nuestro territorio —digo, estacionando el coche con una sensación de finalidad. Salimos, y contemplo la vista de la universidad. Nuestro dominio. Nuestro desafío.

—¿Listos para el próximo capítulo? —pregunto. Asienten, sus expresiones fijas con determinación y un toque de emoción. Aquí no hay miedo, solo la feroz disposición para reclamar lo nuestro.

—Siempre —responden, casi al unísono.

—Bien —digo con una sonrisa—. Porque la Universidad Castle está a punto de presenciar una nueva era. Una donde el bajo mundo y la academia no son solo líneas paralelas, están estrechamente entrelazadas.

—El amanecer de una nueva era, nena —se ríe Oliver, usando mis palabras en mi contra.

—¡Joder, sí!

CAPÍTULO 22

ELIZA

Después de un exitoso viaje a Blackbriar, creo que bien podría mantener el impulso. A pesar de mis palabras a los chicos ayer sobre concentrarnos académicamente, realmente siento que esto necesita resolverse lo antes posible.

Abro mi teléfono y toco el contacto de Felix, con el pulgar suspendido sobre el cuadro de mensaje.

Felix, encuéntrame en casa de papá. En dos horas.

Espero mientras aparecen los tres puntos, y luego surge un mensaje: Sí.

¿Eso es todo?

Encogiéndome de hombros, lo tomo por su valor nominal y deslizo el teléfono de vuelta a mi bolsillo mientras los chicos esperan a que comparta.

—Voy a encontrarme con Felix en casa de papá. Esto necesita resolverse. Se lo prometí, y ahora estoy en plena euforia familiar.

Tarquin dice:

—Iremos contigo.

—Para ser honesta, creo que necesito hacer esto sola. Sé que todos van a preocuparse por mí, pero estaré bien, lo juro. Les enviaré un mensaje cuando llegue, y si no tienen noticias mías después de una hora, pueden enviar a las tropas, ¿de acuerdo?

—Eliza, dijimos que nunca te enviaríamos sola de nuevo, no después de Franks. Somos una unidad, no lobos solitarios.

—Estaré en mi coche, luego con mi padre, y después de vuelta en mi coche. Está bien. Es de día y las carreteras están concurridas. Estaré bien.

—Ve —dice James—. Estaremos aquí cuando regreses.

Veo las caras sorprendidas de los otros tres chicos, pero las ignoro y le sonrío ampliamente a James. —Los veré más tarde.

Deslizándome de vuelta al coche, el motor cobra vida con un rugido, el sonido un consuelo familiar. El viaje es largo, dos horas de asfalto extendiéndose ante mí, pero lo uso para fortalecerme. Hoy, lo pondré todo en juego por Felix, por nuestra familia.

Echando un vistazo al espejo retrovisor cuando me detengo en un semáforo, frunzo el ceño y miro por encima del hombro.

—¡Cabrones! —gruño al ver a Ollie y James detrás de mí en el Jeep de Oliver. Debí haber sabido que era demasiado fácil. Pero mi enfado se desvanece rápidamente cuando la luz se pone verde y nos ponemos en marcha de nuevo. Su necesidad de mantenerme a salvo es algo bueno. Es precioso, y debería atesorarlo, incluso en días como hoy cuando necesito mi propia compañía. Después de todo, *dije* que nadie debía ir solo, pero para ser justos, me refería a una misión, no a

lidiar con medio hermanos perdidos hace tiempo.

El coche devora kilómetros bajo un cielo plomizo, que se oscurece a medida que me acerco a la casa de mi padre, el paisaje desdibujándose más allá de mi ventana. Aparco frente a las imponentes puertas que guardan el bastión de la familia Hughes; los trabajos en hierro susurran sobre poder, sobre secretos guardados celosamente tras muros de piedra. Nunca he sido de las que vacilan, y hoy no es la excepción.

Abriendo la guantera de un golpe, uso el control remoto para desbloquear las puertas y siento una especie de satisfacción perversa al cerrarlas inmediatamente detrás de mí para que Oliver no pueda entrar.

Soy una perra, lo sé. Pero todo mi ser me dice que a papá no le gustaría tener público para esto, sin importar quiénes sean.

Salgo y saludo con suficiencia a los chicos, y espero hasta que veo llegar a Felix. Él aparca y sale al otro lado de las puertas, que abro un poco para que entre antes de cerrarlas de nuevo.

James y Oliver se ríen y saludan, acomodándose para la larga espera.

Espero que hayan traído bocadillos. Pero lo dudo. Estuvieron justo detrás de mí todo el camino hasta aquí.

—Hola —murmuro a Felix.

—Hola —responde él nerviosamente.

—¿Estás listo para esto?

—Sí.

No hay vacilación, lo cual es bueno.

Empujo la puerta principal, cada paso resonando a través de los pasillos de la casa de mi infancia. Es hora de que Damon Hughes acepte al hombre que es más que solo otro jugador en nuestro retorcido juego: es familia.

—Espera aquí —murmuro al ver la puerta del despacho de mi padre entreabierta.

Asomando la cabeza, no lo veo, así que me doy la vuelta y hago un gesto a Felix para que se quede quieto mientras subo las escaleras.

—¿Papá? —llamo al llegar al pasillo y cruzar hacia su habitación.

—¿Eliza? —responde y rápidamente abre la puerta de su dormitorio, mirándome acusadoramente mientras está allí con una toalla, claramente habiendo salido de la ducha.

—Eh —murmuro—. Es tarde. ¿Por qué no estás levantado aún?

—Estoy levantado —afirma—. ¿Qué haces aquí? —Se queda con la mano en el borde de la puerta, manteniéndola lo suficientemente cerrada para verme, pero no para que yo vea dentro.

¡Dios mío! ¿Tiene una mujer ahí dentro?

Mis mejillas se calientan ante el pensamiento y mi estómago se revuelve. Nunca, ni una sola vez, he visto a mi padre con una mujer aparte de mi madre. Esto es extraño. Pero él es un adulto. Yo soy una adulta. Podemos ser adultos respecto a esto. ¿No es así?

—Felix está aquí —suelto de golpe—. ¿Puedes bajar para que podamos arreglar esto?

—¿Arreglar qué? —pregunta con tono sombrío.

—Este asunto familiar. Necesita ser, ya sabes, arreglado.

Él me gruñe, pero me mantengo firme.

—Está bien —gruñe finalmente cuando no me muevo—. Cinco minutos.

Me cierra la puerta en la cara y doy un paso atrás, preguntándome si la mujer se quedará o se escabullirá mientras hablamos.

Pero dejo todo eso de lado por ahora. Estamos a punto de sacudir los cimientos del imperio Hughes, y no hay forma de saber cómo resultará. Supongo que papá y Felix se han conocido

antes, ya que papá sabe quién es.

—Cinco minutos —le digo a Felix cuando me reúno con él en el vestíbulo de entrada—. ¿Os habéis conocido antes?

—Si se le puede llamar así. Puede que haya sido un poco agresivo en mis acusaciones sobre quién era él para mí, y puede que él haya hecho que seguridad me sacara de su presencia.

Resoplo. —¿Vince?

—¿Construido como una mole de ladrillos con ojos que pueden perseguirte durante días?

—Ese mismo.

—Entonces, sí, Vince.

—Así que no fue bien.

—Un eufemismo.

—Claramente te cree, sin embargo.

—Es difícil negarme —hace un gesto hacia su cara.

—Bueno, eso es obvio.

—Elizabeth —dice papá, bajando las escaleras y entrando en su oficina vestido como de costumbre con su traje negro de diseñador. Ignora completamente a Felix. Lo seguimos como dos ovejas perdidas. De repente, mi valentía se ha esfumado y me quedo sin palabras.

Los ojos de papá se dirigen hacia mí mientras se sienta detrás de su escritorio, luego hacia Felix, y no se necesitan palabras para comunicar su escepticismo.

—Sentaos —ordena, señalando las sillas frente a su escritorio. Su voz no se eleva por encima de un rumor bajo, pero llena la habitación, nos envuelve como un tornillo de banco.

Me muevo hacia adelante y tomo el asiento de la izquierda. Felix se acomoda a mi lado, su postura rígida, pero no rehúye el desafío en la mirada de papá.

—Papá, esta farsa ya ha durado demasiado. Es hora de que aceptes a Felix como tu hijo —dejo que esas palabras floten en el aire, cada una cargada con el peso de lo inevitable.

La mirada de papá se mueve entre nosotros, midiendo, evaluando. Está en silencio por un momento, y sé que está considerando las implicaciones de lo que estoy diciendo. La familia Hughes no expande sus filas a la ligera. Ninguna familia lo hace.

—Hazlo un Hughes —agrego, firme, sin dejar lugar a dudas sobre mi posición. El derecho de Felix a nuestro nombre, nuestra sangre, nuestro legado, no es negociable.

El silencio se extiende, y puedo sentir la tensión enroscándose más fuerte. Pero no me estremezco, no vacilo.

Damon se reclina, su expresión indescifrable. He establecido la ley, y ahora esperamos para ver si la aceptará.

—¿Entiendes lo que estás pidiendo, Eliza? —dice, con un tono cortante en su voz—. Felix es una variable desconocida. Los riesgos...

—Riesgos que hemos calculado —interrumpo, mis palabras cortando sus objeciones—. Felix se ha probado ante mí. Su lealtad no está en cuestión —me reclino, dándole espacio para digerir la certeza en mi voz.

—Y sin embargo, irrumpió en mi casa, intentó matarte, aparentemente te ha estado acechando para conocer tus movimientos y luego intentó un... ¿qué fue exactamente? en Castle. Ahora, de repente, decides que lo quieres como tu hermano.

—Él es mi hermano.

—La familia no es solo sangre, Eliza.

—No, es con quien nos mantenemos cuando las cosas se ponen difíciles. Felix ha estado ahí, sin el nombre, sin ningún reclamo. Ahora imagina lo que hará como uno de nosotros —observo

su rostro, buscando esa grieta en su escudo—. Piénsalo. El imperio solo puede volverse más fuerte con él oficialmente dentro. No se trata solo de derribar rivales o expandir territorio, se trata de enviar un mensaje. Somos intocables porque estamos unidos, y Felix nos hace más fuertes.

La silla de papá cruje mientras se inclina hacia adelante, sus dedos entrelazados bajo su barbilla. La luz del sol se filtra por la ventana, rayando el suelo con barras de oro y sombra. El estudio huele a libros viejos y cuero, un aroma que he llegado a asociar con decisiones que pueden mover montañas o enterrarnos bajo ellas.

Su mirada se nivela en Felix. Las líneas alrededor de sus ojos parecen menos severas, su mandíbula menos tensa, pero no está convencido. Todavía no. —Veamos entonces, de tu propia boca. ¿Qué traes a la mesa?

Felix me mira, y le indico que necesita ponerse en marcha. Papá no esperará mucho. Felix se aclara la garganta, y noto el ligero temblor en sus manos antes de que las junte en su regazo.

—No vengo con grandes promesas. Pero lo que tengo es mi palabra, mi respeto por el legado Hughes, y habilidades que le dieron a tu hija la oportunidad de eliminar a la mujer que mató a su madre. Mi propia madre. Intercambié su vida para ser parte de esta familia porque significa más para mí que el apellido Foster.

—Te refieres a Gannon. ¿Por qué no decidiste ir con ellos? ¿Por qué yo?

—Eres mi padre. Quiero conocerte. ¿Por qué es tan difícil de entender para ti?

Dejo escapar un siseo mientras Felix se está poniendo a la defensiva y papá está a punto de estallar.

—Oh, lo entiendo. Más de lo que crees. Todo parece un poco conveniente.

—¿Cómo es eso?

—El momento de esto. El año en que Eliza va al Castillo, tú decides salir con esta información.

—Me acabo de enterar. Además, no sabía que mi madre era una Gannon, así que no tuve la oportunidad de explorar ese lado. Ella nos aisló, crecí completamente solo.

—Y ahora que lo sabes, y sabes que Eliza también es una Gannon, eso la hace poderosa. Extremadamente poderosa. ¿Qué es lo que realmente buscas?

—Familia.

—No me lo creo.

—No es mi problema —dice entre dientes.

—En realidad, sí es tu maldito problema —estalla papá—. Estás aquí buscando *mi* aprobación.

—Lo sé. —Las palabras lastimeras de Felix me llegan al corazón, pero papá parece imperturbable.

El silencio se extiende entre ellos como una cuerda floja. Sin embargo, Felix se mantiene firme, enfrentando la mirada de papá directamente.

—Eliza, por favor, déjanos solos —dice papá finalmente.

—Eh, tal vez eso no sea...

—Vete.

—Está bien, entonces. —Me levanto y le lanzo a Felix una mirada de disculpa. Sé qué batallas elegir, y papá no está de humor para que lo molesten.

Retrocedo, con el pulso acelerado por la esperanza y el temor. Mientras cierro la puerta, sus voces se vuelven amortiguadas, dos barítonos bajos mezclándose en una conversación que podría cambiarlo todo. Me apoyo contra la fría madera, dejando escapar un suspiro mientras veo a una mujer escabulléndose por las escaleras, sin zapatos, con un vestido de noche negro que resalta su

figura de reloj de arena. Su cabello rojo cae sobre sus hombros mientras se detiene y se muerde el labio inferior cuando me ve.

—Eliza, ¿verdad?

—Sí.

—Chantelle. He oído hablar mucho de ti.

—Qué curioso. Yo nunca he oído ni una sola cosa sobre ti.

Ella sonríe. —Me lo imaginaba. A Damon le gusta mantener las cosas en secreto.

—Ya lo creo. —No pretendo ser tan fría con ella, pero no tiene nada que ver con ella. Estoy nerviosa por lo que está pasando detrás de mí, y esta sirena pelirroja escabulléndose de la cama de mi padre me ha distraído de escuchar a escondidas.

—Os dejaré a solas —murmura—. Espero volver a verte pronto, Eliza.

—Igualmente —digo con voz ronca, porque ¿qué más puedo decir? Parece bastante agradable, y papá merece ser feliz; además, está claro que esta mujer sabe lo que está pasando, así que ella y papá son lo suficientemente cercanos como para hablar de cosas.

Ella sonríe de nuevo y sale corriendo por la puerta, probablemente sobresaltando a los chicos de fuera porque me estarían esperando a mí.

—Mierda —susurro para mí misma, pasándome una mano por el pelo y volviendo a sintonizar la conversación en voz baja en la oficina. Es inútil, sin embargo. No puedo oír nada. Aunque no es sorprendente. La habitación está insonorizada hasta cierto punto.

Es hora de dejar que lo resuelvan, de hombre a hombre. Cuadro los hombros y me alejo, cada paso pesado por la gravedad de lo que he iniciado.

Recorro de un lado a otro la sala de estar, esperando impacientemente a que me den alguna señal de cómo va esto.

Las paredes están adornadas con retratos familiares, el legado de los Hughes mirándome fijamente. Me detengo frente a uno: una foto mía de niña, sentada en las rodillas de papá, con su mano descansando protectoramente sobre mi hombro. En aquel entonces, no cuestionaba el mundo que él construyó a nuestro alrededor; era simplemente el hogar, amor mezclado con peligro.

Ahora, aquí estoy, tratando de traer a otra alma a esta locura. Medio hermano o no, si papá no lo acepta, la cosa podría ponerse fea. Pero yo también tengo algo que perder; no se trata solo de sangre, se trata del futuro. Nuestro futuro, y Felix es parte de eso, le guste a papá o no.

—Vamos, vamos —murmuro. Pero no hay nada. Solo soy yo y la espera, la maldita espera agonizante.

—Eliza. —La voz de papá es áspera, como grava, pero hay algo nuevo en sus ojos. No el habitual mando frío como el hielo, sino algo más cálido, un destello, pequeño pero presente, de aceptación. Me mira, y sé que sea lo que sea que haya pasado en esa habitación, hemos cruzado una línea.

—¿Y? —pregunto, con voz firme.

—Hemos hablado.

Eso es todo lo que me da.

—¿Buena charla o mala charla? —me aventuro, con un tono ligero pero inquisitivo.

—Sorprendentemente, buena —admite, su voz cargada con el peso de años llenos de secretos y mentiras.

—Entonces, ¿esto va por buen camino?

—Sí —dice—. Lentamente.

—Es todo lo que pido. —Me acerco a él y me pongo de puntillas para besarle la mejilla—.

Tengo que volver, pero los revisaré a los dos más tarde, ¿vale?

—Gracias, Eliza —exhala Felix, el alivio en su voz mezclándose con esperanza.

—Agradécelo no fastidiándola —bromeo, manteniendo el ambiente ligero.

—Nunca —responde, con una sonrisa tirando de sus labios.

—Nos vemos luego —grito mientras salgo de la casa, decidiendo no mencionar a Chantelle.

Esa es una conversación para otro momento.

El aire afuera está fresco, una suave brisa llevando el olor de la lluvia sobre el concreto. Dejo escapar un largo suspiro, observando cómo se empaña en el frío.

—¿Todo arreglado? —pregunta James, apoyado contra el Jeep, con los brazos cruzados.

—Vamos por buen camino. Volvamos a casa y regresemos a algún tipo de normalidad.

—¿Regresar a? —pregunta Oliver con una risa—. Querrás decir llegar a.

Riendo, estoy de acuerdo y me deslizo en mi coche mientras James se mete en el Jeep y Oliver retrocede para dejarme pasar.

Me siguen todo el camino a casa, lo que me brinda una sensación de comodidad y paz en mi propio espacio.

CAPÍTULO 23

TARQUIN

Me siento al borde de la cama king-size, con los codos sobre las rodillas y los dedos entrelazados. La habitación está en silencio, solo se escucha el suave tictac del reloj y el rumor distante de la lluvia en el exterior. Miro mis manos, los nudillos ásperos y con cicatrices, un diario visual de las peleas y los momentos difíciles. Mi mente vaga hacia las noches pasadas estudiando estrategias de supervivencia en un mundo que juega en serio.

—Otro día largo —la voz de Eliza corta mis pensamientos. Se apoya en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—Has vuelto, y más largo que algunos, por eso —respondo, forzando una media sonrisa mientras la observo. Se mueve con una seguridad que a veces envidio mientras entra en mi habitación. Hay gracia en sus pasos, incluso cuando solo cruza la habitación hacia donde estoy sentado.

—Traje pizza.

Asiento, pero realmente no tengo hambre. Estoy demasiado preocupado por esta criatura que se arrodilla frente a mí y apoya su cabeza en mi regazo con un suspiro.

—¿Cómo fue?

—Bien. Mejor de lo esperado.

—Tienes bajas expectativas —me río.

—Estamos hablando de Damon Hughes —responde con sarcasmo—. No tenía ninguna esperanza.

—Me alegro de que haya ido bien.

—Gracias. —Su cabello cae sobre sus hombros, esas ondas por las que paso mis manos, apreciándola más que a nada en el mundo—. A veces es como si estuviéramos haciendo malabares con granadas y libros de texto al mismo tiempo.

—Bienvenida a nuestra vida.

—No la cambiaría —admite.

—Yo tampoco. —Esta vida, con cicatrices y todo, es nuestra. La forjamos con fuego, sangre y un firme agarre en el futuro que queremos.

—Hagamos que esta noche sea sobre nosotros, entonces. Sin hablar de guerra ni de disertaciones. —Eliza se levanta y me jala con una fuerza que nunca deja de asombrarme.

—Sueno perfecto —acepto porque, pase lo que pase allá afuera, aquí solo somos Eliza y yo, y eso lo es todo.

Ella arroja su chaqueta sobre una silla. La habitación parece cambiar, acomodándose a su energía. Es el eje alrededor del cual todo gira, al menos para mí.

El peso de todo lo que hemos pasado me presiona, y ya no puedo contenerme más.

—Eliza, yo... —comienzo, vacilando. Las palabras se sienten como rocas en mi garganta—. A veces me preocupo. Por lo que podría pasarte debido a todo esto. Por mi culpa, por nosotros.

Ella se vuelve hacia mí, fijando esos penetrantes ojos verdes en los míos. Son agudos, sí, pero ahora también están llenos de algo cálido.

—Tarquin, mírame. —Su orden es suave pero innegable—. Nunca me has fallado, ni una sola vez, ninguno de vosotros, y no vas a empezar ahora. Confío en ti, con mi vida, con nuestro futuro. Somos fuertes. Podemos con esto.

Su confianza me envuelve, un escudo contra la oscuridad que siempre parece estar al acecho. Ella cree en nosotros, en mí, y esa creencia se siente como un salvavidas lanzado a través de aguas turbulentas en este momento.

—Prométemelo —murmuro, acercándome a ella y acunando su rostro.

—Te lo prometo —dice, inclinando la cabeza hacia atrás, invitándome a besar sus labios.

Nuestras bocas chocan. No hay nada suave en ello. Este beso es un enfrentamiento, una batalla de voluntades, y estoy completamente entregado. Nos movemos en sincronía, y cada punto de contacto entre nosotros está encendido, avivando las brasas hasta convertirlas en un fuego rugiente.

Sus labios son insistentes, exigentes. Nuestras lenguas luchan por el dominio, una dulce agonía que nos deja a ambos sin aliento, pero ninguno de los dos está dispuesto a separarse primero.

Mis manos están por todas partes en su cuerpo. Cada curva, cada hendidura. Ella se arquea ante mi contacto, volviéndonos locos a ambos.

—Más —jadea contra mis labios, sus manos aferradas a mi cuello, acercándome más. No es una petición; es una orden.

—Siempre —prometo, y lo digo en serio. Con Eliza, siempre es más: más intensidad, más pasión, más de todo, y le estoy dando todo lo que tengo.

Me deja quitarle la camiseta por la cabeza, que dejo caer al suelo. Mis dedos desabrochan su sujetador, que cae para revelar sus hermosos pechos. Ella se aleja de mí para quitarse las botas y deshacerse del resto de su ropa.

—Joder, eres tan hermosa —murmuro.

—Déjame verte —susurra.

No pierdo tiempo en deshacerme de mi ropa. Sus manos recorren mis brazos tatuados y mi pecho, sintiendo los músculos tensarse bajo su toque. Mi polla se balancea entre nosotros, lista para ella, pero el resto de mi cuerpo, mi *alma*, quiere esperar un poco. Antes de que pueda recostarla en la cama y adorarla, ella está de rodillas, tomando mi polla en su boca, sus ojos fijos en los míos mientras se pone manos a la obra. Es un placer enloquecedor que recorre mi cuerpo, haciendo que mis rodillas flaqueen. Su boca es caliente, malditamente buena, y sabe exactamente cuánta presión aplicar, cuándo ir profundo, cuándo retroceder.

—Mierda, Eliza... —gimo, sin importarme lo desesperado que sueno. La habitación está llena de los sonidos húmedos de ella trabajando mi polla, mis débiles maldiciones y las respiraciones pesadas que ambos tomamos. Enredo una mano en su cabello, no para controlar sino para sentirme más conectado mientras ella me toma más profundo, su lengua girando alrededor como si estuviera lamiendo una paleta.

Ella se echa hacia atrás, con los labios brillantes e hinchados.

—Te quiero —murmura, poniéndose de pie frente a mí una vez más.

No necesito más estímulo que ese. La levanto en mis brazos como si no pesara nada y la acuesto en la cama. El tatuaje en su espalda —una calavera entrelazada con una rosa— me mira

fijamente mientras dejo un rastro de besos por su columna. Ella tiembla bajo mis labios, y el sonido que hace es mitad gemido, mitad gruñido.

Cuando llego a su trasero, le doy una palmada juguetona, ganándome otro de esos sonidos que van directo a mi polla. —Eres mía —digo, con palabras ásperas y posesivas.

—Y tú eres mío —replica ella con toda la ferocidad de la Reina que es.

La volteo y hundo mi boca entre sus muslos, mi lengua acariciando suavemente su clítoris mientras introduzco dos dedos en su húmeda vagina.

La respiración de Eliza se entrecorta, su cuerpo arqueándose instintivamente hacia mi boca. Sabe a pecado y salvación al mismo tiempo, y no puedo tener suficiente de ella. Mis dedos se mueven al ritmo de mi lengua, cada caricia enviando ondas de choque a través de ella.

—Joder, Tarquin... no pares —jadea, una mano agarrando las sábanas mientras la otra encuentra su camino hacia mi pelo, tirando ligeramente —una orden silenciosa por más. Se lo doy, porque eso es lo que hacemos el uno por el otro— empujamos más allá de cada límite hasta que no queda nada más que necesidad cruda.

El calor entre nosotros se convierte en un infierno mientras siento que su coño se aprieta alrededor de mis dedos, su clímax amenazando con estallar. Miro a Eliza; incluso así —con las piernas bien abiertas y el pecho agitado— lleva un aire de autoridad regia que yo jodidamente adoro.

—Córrete para mí —gruño contra su piel, aumentando la presión lo suficiente para llevarla al límite. Su orgasmo la atraviesa con una fuerza que hace que su espalda se arquee sobre la cama mientras se aprieta alrededor de mis dedos.

Le doy un momento, observando cómo baja de su clímax, sus ondas castañas extendidas como un halo para un ángel oscuro. Cuando vuelve a abrir esos ojos impactantes, están llenos de fuego —del tipo que promete retribución.

Se levanta, empujándose sobre mi espalda con más fuerza de la que esperarías de alguien que acaba de tener su mundo sacudido. —Mi turno —dice, con la voz cargada de intención inequívoca, y no puedo jodidamente esperar.

Eliza me monta con la confianza de una reina ascendiendo a su trono. Sus manos recorren mi pecho, cada yema de sus dedos encendiendo chispas como si estuviera jugando con cables vivos. Se inclina, sus pechos rozando mi piel, sus labios trazando una línea desde mi garganta hasta mi clavícula, sus dientes rozando lo suficiente para hacerme sisear.

Eliza se levanta, alineándose conmigo. Estoy palpitando duro, y cuando se hunde en mi polla, es pura y jodida dicha. La forma en que se mueve —es pecaminosa. Un lento balanceo de sus caderas que nos hace gemir a ambos. Sus manos encuentran apoyo en mis hombros mientras me monta, estableciendo un ritmo castigador que hace que mi cabeza dé vueltas.

—Estás tan jodidamente apretada —gruño mientras me monta más fuerte.

Se inclina hacia adelante, su aliento caliente contra mi oído. —Y tú estás tan jodidamente profundo —susurra, puntuando cada palabra con un movimiento que casi me deshace en el acto —. Y te encanta.

Alcanzo a retorcer un pezón entre mis dedos, provocando un agudo jadeo de sus labios. —Cada maldito segundo —respondo, embistiendo hacia arriba, encontrando cada uno de sus movimientos. Nuestro ritmo es implacable.

Gimo desde lo profundo de mi pecho, sintiendo ese familiar espiral de calor enroscándose más apretado en mi vientre. Ella sabe exactamente cómo empujarme al límite, y es brutal en su persecución.

Nos volteo sin previo aviso, inmovilizándola debajo de mí en un movimiento fluido. Sus

piernas se envuelven instintivamente alrededor de mi cintura, instándome a ir más profundo. Me entierro hasta la empuñadura, una y otra vez, perdido en el calor de su coño apretándose a mi alrededor.

—Más fuerte —ordena Eliza entre dientes apretados, sus uñas clavándose en mi espalda como si pudiera sacar más de mí.

Le doy todo lo que exige —y más. La cama rebota bajo nuestro asalto combinado; somos una tormenta de extremidades y lujuria mientras la embisto con toda el hambre contenida de un hombre hambriento.

Sus manos arañan mis hombros, dejando marcas que sin duda contarán una historia mañana. Pero a la mierda, estamos más allá de preocuparnos por eso ahora. Hemos cruzado a un reino donde solo estamos nosotros y la necesidad primaria de reclamar y ser reclamados.

—¡Tarquin! —grita, su voz ronca de pasión. Es todo el estímulo que necesito.

Siento su coño apretándose más a mi alrededor, su orgasmo construyéndose de nuevo, y me impulsa a un ritmo salvaje. Sus pechos rebotan con cada embestida, y no puedo resistirme a inclinarme para tomar un pezón entre mis dientes, mordiendo lo suficientemente suave para hacerla jadear y luego calmarlo con mi lengua.

Se arquea debajo de mí, empujando contra cada embestida, encontrándome golpe a golpe.

—¡Joder, sí! —grita mientras alcanza su clímax, su coño apretándose alrededor de mi polla en deliciosos espasmos que me ordeñan por todo lo que valgo. La visión de ella deshaciéndose debajo de mí me empuja al límite. El espiral en mi vientre se rompe, y mi visión se vuelve blanca mientras me corro con una fuerza que parece que me está destrozando.

Me derrumbo sobre ella, nuestros cuerpos sudorosos pegándose mientras jadeamos por aire. Nuestros corazones latén uno contra el otro; incluso en las réplicas de nuestra liberación, hay una intensidad que no se desvanece.

—Te amo —digo con voz ronca, las palabras casi perdiéndose en el esfuerzo por respirar.

Eliza se ríe, baja y gutural, su cuerpo aún temblando con las réplicas. —Yo también te amo, joder. —Su mano acaricia mi pelo, sus uñas rascando suavemente mi cuero cabelludo de una manera que envía un escalofrío por mi columna.

Nos quedamos allí un momento más, solo respirando el uno en el otro —el aroma del sexo y el sudor mezclándose entre nosotros. Ella es la primera en moverse, haciéndonos rodar para que esté acostada sobre mí, su cabeza en mi pecho.

—¿Hambrienta? —pregunto. Porque después de un esfuerzo como ese, sé que debe estarlo.

—Muerta de hambre —admite, levantándose a una posición sentada y escaneando la habitación en busca de su ropa—. La pizza probablemente esté fría ahora.

—Podemos calentarla.

—¿Qué estás esperando, entonces?

Riéndome de su impaciencia mientras se pone la ropa de vuelta descuidadamente, hago lo mismo, y bajamos las escaleras, donde los otros chicos están esperando con la pizza ya recalentada.

—Ustedes son los mejores —dice Eliza, metiéndole el diente.

—No puedo discutir eso —estoy de acuerdo, mordiendo con el hambre de un hombre del doble de mi tamaño.

—Realmente, en serio necesitamos volver a las clases mañana —dice Eliza entre bocados.

—Lo haremos —dice Raphael, mirándola con hambre en sus ojos, pero no por la pizza, sino por ella. Nuestro tiempo, solo nosotros dos, ha llegado a su fin, pero fue perfecto, y habrá más momentos como este por venir, y no puedo esperar.

CAPÍTULO 24

OLIVER

—Cierra la puerta, Ollie —dice Eliza sin mirar atrás mientras se acomoda en la sala con los chicos.

Lo hago, y es como si nos aisláramos del mundo. Somos solo nosotros en nuestro santuario.

Eliza toma asiento en el sofá, y yo encuentro mi lugar a su derecha, mientras los demás se acomodan a su alrededor. Hemos comido como reyes, y ahora es tiempo de relajarnos antes de tener que volver a las razones académicas por las que asistimos a esta institución.

Dejo que mi mirada se detenga en Eliza. Sus penetrantes ojos verdes están serenos, reflejando una mente siempre en actividad. Hay una elegancia en ella, incluso cuando está sentada rodeada de hombres que han visto demasiado, hecho demasiado. Pero ella es la más fuerte entre nosotros, y no solo porque pueda derribar a un hombre con un puñetazo.

La amo con fiereza, y no solo por la forma en que puede derribar a un hombre el doble de su tamaño o superar en inteligencia a cualquiera que piense que la ha engañado. Es por la forma en que nos ve, realmente nos ve, más allá del músculo, las cicatrices y la historia.

Inclinándome hacia adelante, el roce cortando el cómodo silencio, tomo su mano.

—Ves a través de toda la mierda, directo al corazón de las cosas, y ahí es donde me tienes.

Ella asiente con una pequeña sonrisa, sus ojos encontrándose con los míos con esa intensa mirada verde. Es como si estuviera leyendo mi alma, encontrando todas las verdades que expongo ante ella.

—Lo sé.

—No, crees que lo sabes, pero realmente no. La profundidad de esto. Para todos nosotros.

Raph se aclara la garganta con un dejo de incomodidad porque los sentimientos no son su lenguaje favorito. Se mueve, su gran silueta una sombra en el resplandor del atardecer.

—Ollie tiene razón. Eliza, sabes que no soy bueno con las palabras. Pero cuando se trata de esto, eres por quien sangraría... sin pensarlo dos veces.

Tarq le lanza una sonrisa, satisfecho de su encuentro a solas con ella.

—La vida nos lanza bolas curvas, pero tú siempre estás un paso adelante. Cuenta conmigo para el resto de tu vida.

James se pasa una mano por el pelo, su sonrisa burlona traicionando su seria intención.

—Eres la Reina de este juego retorcido que estamos jugando. Estoy aquí para todo el viaje, sin importar lo accidentado que se ponga.

Sus ondas castañas atrapan la tenue luz mientras inclina la cabeza, reconocimiento y respeto en sus ojos. Sabe que no somos solo cuatro tipos unidos por las circunstancias; somos sus compañeros en el crimen y la pasión.

—Bien —dice, su voz entretejida con poder y promesa—. Porque los necesito a todos. No solo como músculo o como adorno. —Se ríe—. Vamos a forjar un futuro juntos, y no será fácil. Pero con ustedes a mi lado, tenemos la oportunidad de reescribir las reglas.

Intercambiamos miradas, asentimientos, acuerdos silenciosos más ardientes que cualquier voto hablado. Esto no es solo un amorío o un juego de poder. Esto es la vida, cruda y sin filtros, y estamos enredados en ella, total y completamente.

La habitación se sume en un silencio cómodo, cada uno de nosotros descansando alrededor de la mujer que amamos.

Nuestras miradas se encuentran, y por un momento, es como si el resto del mundo se desvaneciera. Somos solo Eliza y yo en esta burbuja donde el caos de nuestras vidas no puede tocarnos. Me inclino más cerca, mi voz bajando a un susurro que está destinado solo para sus oídos.

—Eliza, te amo. No solo por lo que has hecho de mí, sino por quién eres: la mujer más dura que he conocido. Y estoy contigo para cualquier tormenta de mierda que venga. Porque créeme, no hay nadie más con quien preferiría enfrentarla.

—Oliver —exhala, sus ojos escrutando los míos—, yo también te amo. Sé que tenemos un camino retorcido por delante, pero no querría a nadie más a mi lado.

Ella acorta la distancia entre nosotros. Sus labios chocan contra los míos en un beso feroz y abrasador, como la promesa de una tormenta. Es un choque de voluntades, un testimonio de la pasión que siempre está ardiendo en su alma. Cuando finalmente nos separamos, jadeando por aire, hay una mirada salvaje en sus ojos que me dice que está tan comprometida con esto, con nosotros, como yo lo estoy.

—Quiero traer un nuevo orden —murmura Eliza, acomodándose de nuevo en el sofá, manteniendo nuestras manos entrelazadas—. Esto no va a ser nosotros contra todos los demás. Quiero que todos estemos del mismo lado.

—¿Cómo vamos a hacer eso? —pregunto, intrigado.

—Tengo planes —dice—. Pero déjame dormir sobre ellos un poco más. Necesito tenerlos claros en mi cabeza antes de que empecemos a planear estrategias.

Asentimos en acuerdo, y ella se levanta, soltando mi mano.

—Ve a descansar un poco —murmuro—. Has tenido unas semanas largas.

—Sí. —Sus ojos se nublan momentáneamente, y me pregunto si está pensando en Franks. No muchas cosas la molestan, pero eso la dejó más abatida de lo que creo que alguna vez admitirá. Es algo que debemos vigilar, asegurarnos de que no se enquiste y se vuelva séptico en esa brillante mente suya. El juego de la Mafia no te concede días de enfermedad por salud mental, pero tal vez, solo tal vez, podamos crear un mundo donde sí lo haga.

—Eliza —la llamo cuando se gira y alcanza el pomo de la puerta.

—¿Sí? —Mira hacia atrás.

—Pasado mañana, ¿quieres ir a asustar un poco más al Concejal? —Le doy una sonrisa maliciosa.

Ella suelta una fuerte carcajada, y la oscuridad desaparece de sus ojos.

—Ya lo creo. Quiero ver a ese gato genio malvado otra vez.

Mi sonrisa se convierte en una de complot, y asiento.

—Es una cita.

Ella sonrío cansadamente y se dirige a la cama.

Volviéndome hacia los chicos, digo:

—¿Alguien es alérgico a los gatos?

CAPÍTULO 25

ELIZA

—Bien. Tenemos trabajo que hacer, y no voy a permitir que nos quedemos de brazos cruzados.

Los chicos me miran desde la mesa de la cocina, donde están en varias etapas de despertar al amanecer. Yo, por otro lado, llevo horas despierta, y ya me he duchado y vestido, lista para enfrentar el día.

Me centro en Raphael, ya que parece ser el que está más alerta.

—De acuerdo —dice—. ¿Qué tienes en mente?

—Estamos entrando en un nuevo capítulo aquí, y todos deben poner de su parte. Lo de las cuatro familias es cosa del pasado. Ahora somos una gran familia feliz, ¿verdad? Nos comeremos esta parte del país para desayunar, y nadie se atreverá a enfrentarnos. —Señalo a Oliver—. Tú te encargas del dinero. Es hora de que empecemos a hacer de esto un negocio en lugar de un pasatiempo.

Oliver asiente, sus ojos se iluminan. El dinero le habla de la misma manera que Flick me habla a mí: con fluidez y persuasión.

—James —continúo, volviéndome hacia él—, tú eres nuestros ojos en el cielo. Quiero saberlo todo antes de que suceda. Si alguien estornuda en nuestra dirección, espero que le hayas entregado un pañuelo antes de que yo me entere.

Como era de esperar, una sonrisa juguetona se dibuja en los labios de James, y me hace un saludo burlón antes de tomar un sorbo de café humeante. Pero capto el brillo en su mirada. Vive para esto, para la emoción, como todos nosotros.

—Tarquin —digo, y solo el sonido de su nombre provoca un aleteo en mi pecho que reprimo rápidamente, o esto va a terminar con todos nosotros en un sexy forcejeo sobre la mesa de la cocina, y tenemos trabajo que hacer. Esto es un negocio—. Tu trabajo es ser nuestro apretón de manos con las otras familias. Encántalos, amenázalos, no me importa. Solo asegúrate de que estén con nosotros, no contra nosotros.

Él descruzó los brazos y se acercó, con el fantasma de una sonrisa jugando en sus labios. —¿Y si se niegan? —pregunta en voz baja.

—Entonces hazles una oferta que no puedan rechazar —respondo sin perder el ritmo. Es humor negro, pero todos lo entendemos. Tarquin asiente una vez, solemnemente, la incipiente carrera como mi ejecutor brillando en sus ojos.

—¿Y yo? —pregunta Raph, dando un paso adelante.

Le bato las pestañas. —Pues tú eres la fuerza a tener en cuenta, cariño.

Él se ríe entre dientes. —Puedo manejar eso.

—¿Qué hay de la universidad? ¿Cómo lo manejamos aquí mientras tanto? —pregunta Oliver.

—Déjame a mí —digo—. Tengo planes. Vamos a tejer nuestro camino a través de Castle como si fuera nuestro reino porque, seamos honestos, lo es.

Todos asienten, el entendimiento claro entre nosotros. Somos una unidad, una familia por elección, no por sangre; eso nos hace más fuertes. El juego está en marcha, y todos somos jugadores, conmigo liderando la carga. Mientras miro a cada uno de ellos, veo el reflejo de mi propia determinación brillando de vuelta. Este es nuestro mundo para tomar, y no vamos a retroceder hasta que cada pieza sea nuestra.

—Muy bien, entonces —digo, juntando las manos, rompiendo el momento—. A trabajar. Y recuerden, manténganlo limpio, inteligente y seductor.

Se dispersan, preparándose para enfrentar el día, dejándome en el silencio de la habitación. Hay un zumbido en mis venas, el murmullo eléctrico del poder y la posibilidad. Estamos al borde de algo grande, y casi puedo saborearlo. Con mis chicos, mis cómplices en el crimen y el amor, no hay nada que no podamos hacer. Lo haremos a nuestra manera, la nueva manera, sin disculpas y sin descanso.

Oliver regresa poco después con una laptop, que coloca sobre la mesa de la cocina. Sus dedos vuelan sobre el teclado, con el ceño fruncido en concentración. Lo dejo trabajar mientras me preparo una taza de café y miro por la ventana hacia el jardín trasero, donde la luz del sol apenas comienza a asomarse por las esquinas.

—Las nuevas cuentas están casi listas —dice sin levantar la vista—. Y estoy moviendo los activos a donde no puedan ser tocados.

—Vaya, eso fue rápido —murmuro, dándome la vuelta.

Me dedica esa sonrisa que podría encantar a una monja para que se baje las bragas. —Soy así de bueno.

—Sí que lo eres. —El calor en la habitación de repente es un poco demasiado para soportar.

Él sonríe con suficiencia pero vuelve a concentrarse en la tarea. Sabe la importancia de su papel, el sustento que controla para todos nuestros planes.

James regresa y tiene su teléfono presionado contra la oreja, su otra mano garabateando notas en una libreta. Sus ojos se encuentran con los míos, y me da un ligero asentimiento. Lo tiene todo bajo control.

—Ya tengo algunos nombres en mente —dice Tarquin, uniéndose a nosotros de nuevo, y me maravillo de lo rápido que se mueven estos chicos. Están a la ofensiva, y es exactamente lo que necesito—. Viejos amigos, nuevos jugadores. Querrán participar en lo que estamos ofreciendo. Lealtad por lealtad.

—Recuerda —advierto—, los necesitamos confiables, no solo obedientes.

—Eliza, cariño —me mira, sus ojos oscuros rebosantes de confianza—, ¿cuándo te he fallado?

—Nunca —admito. Es cierto. Ninguno de ellos me ha fallado jamás.

—Mantenlo discreto —añado—. Estamos construyendo algo aquí, no solo expandiendo nuestro alcance. Se trata de fuerza, no solo de números.

—Entendido. —Asiente una vez, todo profesional ahora. Tarquin prospera en este mundo; es su escenario, y desempeña su papel a la perfección.

Mientras teclea un mensaje en su teléfono y se lo guarda, miro a mi alrededor a mis chicos, sintiendo el peso del liderazgo asentarse cómodamente sobre mis hombros. Es una presión familiar, una compañera constante desde que tuve edad suficiente para entender el legado que heredaría.

—Las cuentas están listas —informa Oliver sin levantar la vista de su portátil—. El dinero se

mueve como un río. Limpio y silencioso.

—Eres genial. —Sonrío.

—Eliza, ¿estás segura de que hemos cubierto todos los ángulos? —pregunta Raphael, su voz teñida con el tipo de escrutinio que nos ha salvado el pellejo más de una vez.

—Cubiertos por ahora. Vamos a ser flexibles. Rodar con los golpes. Aceptar, pivotar, adaptarnos.

—Pero recuerden, esto es un acto de equilibrio entre libros de texto y negocios mafiosos. No se descuiden en el frente educativo.

Refunfuñan, pero sé que estarán a la altura.

Siempre lo hacen.

Un golpe en la puerta llama mi atención, y miro el reloj. —Robert —afirmo—. Por cierto, abrí las puertas. Estamos disponibles para cualquiera que quiera hablar, y si están aquí para matarnos, entonces se llevarán una maldita sorpresa, ¿verdad?

—De acuerdo —dice Tarquin—. No nos escondemos.

—No nos escondemos y no nos quebramos. —Les lanzo una sonrisa a todos mientras me dirijo a la puerta y la abro con una gran sonrisa, lo que toma a Robert por sorpresa, convirtiéndola en una risa.

—Muy bien, toma asiento —digo, señalando una silla en la sala de estar. Robert se acomoda, sus ojos recorriendo la habitación como si estuviera catalogando salidas y amenazas, tal como le habrían enseñado desde que pudo entender palabras. Nuevo en la vida universitaria, pero los lazos de sangre son profundos, y su lealtad no está en duda.

—Este es el trato —comienzo, sentándome en el sofá frente a él e inclinándome hacia adelante, con los codos sobre las rodillas—, nos estamos expandiendo. No solo nuestro alcance en las sombras del submundo, sino también nuestro control sobre la Universidad Castle. Tienes algo que necesitamos.

La mirada de Robert se fija en la mía, firme. —Te escucho.

—Tu nombre.

—¿Oh? —Su interés está enormemente picado, y sé por qué. Esta era una oportunidad que esperaba que llegara.

—Sí. Estamos reconstruyendo las Cinco Familias. —Empujo el viejo y polvoriento tomo que encontré en el subterráneo a través de la mesa hacia él.

—¿Cinco? —murmura.

—Cinco —afirmo—. Yo soy una Hughes de pies a cabeza, aunque la sangre Gannon corra por mis venas. Tú, por otro lado, eres un Gannon, sin duda. Tomarás tu lugar como el quinto miembro de este pequeño quinteto.

—¿En serio? —Su pregunta suena incrédula, pero su rostro dice todo lo contrario.

—Muy en serio. Lee todo al respecto, pero quiero que me lo devuelvas. Aún no he terminado con él. —Señalo el libro.

—Cuenta conmigo —responde Robert sin dudarle, su voz firme—. Lo que necesites, cuando lo necesites, estaré ahí.

—Entonces bienvenido al círculo interno —dice Raphael, apareciendo en la puerta y ofreciendo una rara sonrisa genuina, lo que parece poner a Robert más cómodo.

—Brindemos por eso —añade Tarquin, uniéndose a él—. Hagamos mucho ruido.

—Muy bien —digo—. Tenemos trabajo que hacer. Los desafíos y las amenazas vendrán duro y rápido. Necesitamos estar listos.

—Que vengan —dice Oliver, deslizándose en la habitación con James detrás de él.

—Controla el tablero, controla el juego —afirma Raphael, su mente corriendo a través de escenarios, formando estrategias como intrincadas telarañas.

—Recuerden, no se trata solo de músculo y dinero, sino también de mentes. Nos mantenemos agudos, nos mantenemos adelante y nos mantenemos unidos. Sin cabos sueltos —les recuerdo, mi tono suficiente para transmitir la seriedad de mis palabras.

—Brindemos por ser intocables —dice James, y aunque no brindamos, el sentimiento pesa en el aire.

—Intocables e imparables —digo, sintiendo la familiar emoción de la ambición surgir a través de mí—. Nuestro patio de juegos, nuestras reglas.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer exactamente? —pregunta Robert con una risa baja.

—Supervisaremos las operaciones y nos aseguraremos de que todo funcione como un reloj. Cuando nos vayamos, tú serás el Rey aquí. Un estudiante de segundo año con más poder del que puedas imaginar a tu disposición. Necesitas comenzar a construir tu propia corte de jugadores de alto rango que continuarán el trabajo que estamos estableciendo aquí.

Asiente, con fuego en los ojos, y sé que está conmigo en cada paso del camino.

—Bien, entonces está decidido —digo, apartándome de la mesa—. Infiltramos, nos congraciamos y dominamos. No hay medidas a medias. Este es nuestro futuro.

CAPÍTULO 26

ELIZA

El débil sol de media mañana y las nubes de lluvia que se arremolinan en el cielo me brindan la oportunidad de escabullirme entre clases y cruzar el campus. Me adentro en el bosque, donde el crujido de las hojas bajo mis botas es el único sonido en la quietud del mediodía. Mi respiración es fácil y constante mientras busco el lugar perfecto. Es lo suficientemente abierto para correr, pero lo bastante desordenado para esconderse. Este será nuestro patio de juegos primitivo cuando caiga la noche.

—Puedes hacerlo, Eliza —murmuro—. Es solo un juego, y nadie te va a secuestrar esta vez. —Es un juego para ahuyentar a los fantasmas, para recuperar el control.

Regreso por donde vine y luego vuelvo a recorrer el camino. Esto tiene que ser más que una simple carrera por el bosque. Tiene que ser perfecto. Nada puede salir mal esta vez.

Cuando estoy segura de que puedo hacerlo de memoria, me marchó, dejando el bosque en silencio, esperando la oscuridad y lo que traerá consigo.

Me reúno con James para tomar un café rápido y un bocado antes de volver, sin mencionar mis planes en absoluto. Será de último momento, para que no puedan disuadirme.

—¿Te enteraste de lo de los padres de Raph y Tarq? —pregunta James casualmente, revolviendo su café con una lentitud deliberada, como para subrayar la importancia de lo que está diciendo.

—Sí, me enteré por ahí, no por ellos. Es triste que sus padres se estén separando. Supongo que les está afectando lo suficiente como para no querer hablar de ello todavía —respondo, dando un mordisco a mi sándwich, tratando de mantener la voz calmada. No quiero que note la adrenalina que ya está comenzando a acumularse para esta noche.

James me mira largamente, sus ojos color avellana escudriñando los míos como si intentara discernir si estoy tramando algo. —Sí, es duro.

Cambiamos a temas más agradables, y luego me apresuro de vuelta a clases, concentrándome y enfocándome, dándome cuenta de que he perdido más de lo que pensaba, lo cual apesta para mí, pero también me hace aún más decidida a ponerme al día y avanzar.

El día se arrastra, y cada movimiento del reloj parece hacerse más lento con cada minuto.

Cuando finalmente regreso a casa, me paro frente al espejo y me desvisto. La mujer que me devuelve la mirada no se inmuta. Me pongo un vestido de verano, ligero y vaporoso contra mi piel. Es blanco, inocente, casi risible para alguien como yo, pero perfecto para este juego.

Me recojo el pelo, dejando expuesto mi tatuaje por la espalda baja del vestido: la calavera y la rosa, un crudo recordatorio de la vida y la muerte, la belleza y la decadencia. Es un símbolo de quién soy, el legado grabado en tinta y sangre.

Paso mis manos por la tela y me estremezco. Quiero sentir cómo se rasga, cómo los hilos

ceden bajo sus dedos. Necesito el frío del aire nocturno en mi piel desnuda, la piel de gallina por los nervios y la anticipación.

Reviso mi reflejo una última vez. Mis ojos me devuelven la mirada, determinados, sin miedo ni vacilación, solo preparación.

Salgo de mi habitación descalza. Esta noche, haré que mis miedos persistentes se desangren bajo el dosel del bosque, donde mis chicos me reclamarán, y yo me reclamaré a mí misma.

Bajo las escaleras lentamente y entro casualmente en la sala de estar, donde están desparramados, con libros y notas esparcidos como pensamientos tardíos. Sus cabezas se levantan, cuatro pares de ojos sobre mí.

—Esta noche es la noche —digo. El aire queda cargado con mi declaración.

—¿Para hacer qué? —pregunta Tarquin con el ceño fruncido.

—Vamos a intentar esto de nuevo, y esta vez, lo llevaremos hasta el final.

—Eliza, ¿estás segura de esto? —pregunta James inmediatamente, su voz teñida de preocupación. Empuja un libro de texto a un lado y se inclina hacia adelante.

—Completamente. Va a suceder. No hay vuelta atrás.

Sus miradas intercambian palabras silenciosas, pero asienten lentamente, sabiendo que no podrán hacerme cambiar de opinión.

—Bien. —Giro sobre mis talones, con la cabeza en alto, sin esperar más discusión—. ¡Ahora muévanse!

La emoción se enrosca en mi estómago mientras salgo disparada, abriendo la puerta de entrada de un tirón y dejándola para que los chicos se derramen a través de ella. El miedo me pellizca los bordes. Lo dejo. Me alimenta, me impulsa hacia adelante en la oscuridad. Mi corazón hace más que latir, corre, instándome a seguir.

Con mis pies descalzos sobre la hierba húmeda de rocío, me muevo, mi vestido blanco como un fantasma contra la noche. Mi respiración se acelera, formando nubes en el aire fresco. Esto es lo que quiero, lo que necesito. Enfrentar a la bestia del miedo y cabalgarla hasta el éxtasis. Ellos serán mis cazadores esta noche, pero yo no soy una presa fácil.

Entrando en el bosque, con los chicos cerca detrás de mí esta vez, mis sentidos se agudizan. Cada crujido de una rama, cada susurro de las hojas son ellos. Pero no miro atrás. Corro, con el pulso retumbando, mi cuerpo vivo con la persecución. El juego ha comenzado.

Me abro paso entre la maleza, las zarzas enganchándose en el dobladillo de mi vestido. Una rama se quiebra detrás de mí —cerca, demasiado cerca— y sé que me están rastreando, su presencia a solo un suspiro de sombra en el oscuro abrazo del bosque.

—Eliza —llega la voz de Raphael, baja y provocadora, con un hilo de emoción entretejido en ella. No hay miedo en su tono; él disfruta esto tanto como yo. Mi nombre en sus labios es tanto una promesa como un desafío. Pero sé que quiere mantenerme cerca. Todos lo quieren. Me tienen en la mira incluso mientras corro. Es tranquilizador.

No le respondo, simplemente me adentro más en los árboles, con la respiración entrecortada. El aire sabe a tierra y a la inminente emoción de ser capturada.

—¿Dónde estás, pequeña? —grita James—. No puedes esconderte para siempre.

El crujido de las hojas se hace más fuerte que el rugido de la sangre en mis venas.

La adrenalina me inunda como una dosis del mejor estimulante. Es una oleada que me grita que corra más rápido, aunque una parte de mí anhela el momento en que me alcancen. Casi puedo sentir sus manos sobre mí, agarrándome, lastimándome, reclamándome, tomándome, recordándome que les pertenezco.

Giro a la izquierda, llevando mi cuerpo al límite, dirigiéndome directamente hacia el claro

del bosque donde quiero que me atrapen.

Cuando irrumpo en el pequeño claro, lo suficientemente grande para los cinco y nada más, grito de verdadero miedo cuando James sale de entre los árboles y me agarra.

Antes de darme cuenta, los brazos de Oliver me rodean la cintura por detrás, levantándose del suelo. Pateo y me retuerzo, pero es inútil; su agarre es de hierro. Raphael y Tarquin nos flanquean, su presencia inamovible mientras ayudan a someter mi forma que lucha.

—¡Suéltame! —grito, interpretando mi papel a la perfección, el miedo a su llegada aún impulsando mi cuerpo separadamente de mi cerebro. El objetivo es ser atrapada, dominada por su fuerza combinada, renunciar al control ante los hombres que son tanto mis protectores como mis amantes, pero estoy más nerviosa de lo que pensaba.

Pero esto es bueno. Es exactamente lo que necesito superar.

Oliver me coloca en el suelo mientras Tarquin ata mis manos frente a mí con bridas, por lo que le deberé una deuda de gratitud. Temía que las aseguraran detrás de mi espalda, más de lo que pensaba antes de este momento.

El pecho de Oliver está contra mi espalda, su aliento caliente en mi cuello mientras me da una lasciva lamida por un lado de la cara que hace que mi piel hormiguee.

—Una presa tan fácil —murmura James, sacando su cuchillo, la fina y afilada hoja me hace estremecer.

—Vete a la mierda —grito, luchando contra el agarre de Oliver.

Me tienen, y estoy a su merced. Un cosquilleo de emoción me recorre. Esto no es solo sexo; es confianza, poder y el vínculo inquebrantable entre nosotros. Este es nuestro mundo, uno que hemos construido juntos, donde exploramos las partes más profundas y oscuras de nosotros mismos sin juicio ni miedo.

El frío acero de la hoja de James se desliza bajo la tela de mi vestido, y con un tirón rápido, se parte por la costura. El sonido de la tela rasgándose es peligrosamente íntimo en el silencio del bosque. Los ojos de Tarquin se encuentran con los míos, sin arrepentimiento, mientras arranca la tela, exponiendo mi piel al aire nocturno.

—Mírala —murmura, pellizcando mis pezones con fuerza y tirando de ellos, haciéndome retorcer—. Tan bonita, tan inocente. Quiero arrancarle esa inocencia.

Joder. Es demasiado bueno en esto.

—Vamos a destruirte, pequeña asesina —la voz de Raphael es áspera, cerca de mi oído, sus dedos recorriendo mi brazo.

James corta los tirantes de mi vestido con cuidado, el filo rozando mi hombro lo suficiente para sacar una gota de sangre. Grito, y su sonrisa es malvada.

—Por favor —gimo, llevando lágrimas a mis ojos.

La mano de Oliver encuentra mi cintura, sosteniéndome mientras la tela cae. Su agarre es fuerte, posesivo, y lucho contra el control que tienen sobre mí. Todo es parte del juego, el tira y afloja, la ilusión de resistencia.

El vestido no es más que jirones ahora, y sus manos recorren libremente mi cuerpo.

Pellizcando, lastimando, apretando mis tetas, degradándose.

—Perfecta pequeña Eliza —sisea Tarquin, sus labios rozando mi oreja. Su mano viaja más abajo, sus dedos jugando con el borde de mis bragas, provocándome antes de arrancar la delicada tela con un fuerte tirón que hace eco en el claro y muerde mi piel, haciéndome jadear.

Estoy desnuda ahora, expuesta para ellos. El frío aire nocturno contrasta con el calor de sus cuerpos a mi alrededor. Estoy temblando por el frío y los nervios. La mano de Oliver se desliza entre mis muslos.

—Vamos a calentar ese coño para nosotros —gruñe.

—¡Déjame ir, maldita sea! —gruño.

Las manos recorren mi cuerpo, crueles en sus manipulaciones. Raphael se coloca frente a mí ahora, sus ojos sosteniendo los míos mientras se desabrocha el cinturón con una mano. —Sabes para qué es esto.

Me muerdo el labio con tanta fuerza que saboreo la sangre. El cinturón sale de las presillas con un agudo silbido que hace que mi estómago se contraiga por el estrés de este momento.

—Dénle la vuelta —ordena James.

Manos ásperas me giran, presionando mi pecho contra un árbol cercano. La corteza raspa mi piel desnuda. Tarquin se para a un lado y sujeta firmemente mis manos atadas mientras Oliver se mueve a mi otro lado y mantiene mis caderas en su lugar, asegurándose de que no pueda escapar.

Raphael dobla su cinturón por la mitad y lo hace descender sobre mi trasero con un chasquido que puntúa el silencio del bosque. El dolor florece caliente y rojo, y grito de nuevo, mitad de dolor, mitad de placer.

—Te gusta eso, ¿verdad? —se burla Raphael, el cinturón golpeando mi trasero por segunda vez con más fuerza.

No puedo mentir. Arde como el infierno, pero es el tipo de ardor que enciende mi sangre. —Que te jodan —escupo de vuelta, lanzando desafío a la noche porque de eso se trata todo esto.

Oliver me arrastra lejos del árbol y me obliga a ponerme de rodillas, su mirada fija en la mía mientras se baja la cremallera de los pantalones. —Abre —ordena antes de empujar su polla contra mis labios. Abro la boca mientras él suelta mi cabello del moño y luego lo agarra con fuerza. Su agarre se aprieta mientras comienza a moverse, follando mi boca con una urgencia que me hace tambalear.

Oliver saca su polla de mi boca y detrás de mí, James no pierde el tiempo, empujándose sobre mis manos atadas y rodillas, posicionándose en mi entrada. —Di que lo quieres —exige.

—¡No! —respiro entrecortadamente—. ¡Aléjate de mí!

Con un gruñido lujurioso, James hunde su dura polla en mí rápidamente, estirándome para acomodarlo.

—¿Tienes miedo? —susurra Tarquin en mi oído, su voz enviando escalofríos por mi columna.

—Sí, por favor déjame ir —jadeo mientras James golpea mi coño, magullando mis caderas con su agarre.

Una oleada de adrenalina recorre mis venas, la dicotomía de terror y excitación es un cóctel embriagador del que no puedo tener suficiente. Las embestidas violentas arrancan gemidos guturales de mi garganta, y James gruñe con cada golpe castigador.

—Eres nuestra —sisea, reclamándome de la manera más primitiva posible.

Raphael se acerca para ponerse frente a mí, acariciando su miembro mientras observa a James follarme. Sus ojos oscuros brillan con promesas tácitas de desenfreno aún por venir. Mi corazón se acelera, sabiendo que no habrá tregua, que soy suya para usarme esta noche como les plazca.

Oliver está junto a Raphael, ambos acariciando sus duros miembros. Ahora estoy jadeando, el aire del bosque mezclándose con el aroma a sexo y agujas de pino. Entonces la mano de Tarquin está en mi barbilla, obligándome a mirarlo mientras presiona su polla contra mis labios.

—Chupa —ordena secamente.

Obedezco, tomándolo en mi boca mientras James continúa su implacable asalto desde atrás. Oliver se arrodilla a mi lado, sus dedos alcanzando para pellizcar y frotar mi clítoris, añadiendo

otra capa de estimulación que hace que mi cabeza dé vueltas.

—Eres una verdadera puta por esto —susurra Oliver mientras Tarquin folla mi boca con fuerza.

Las manos de Raphael encuentran mis pechos, amasándolos bruscamente mientras se acerca más. No hay escapatoria ahora, no es que quiera hacerlo. Esto es lo que anhelo: la oscura posesión, el amor brutal que me dan.

El bosque está vivo con el sonido de nuestra depravación. Estoy consumida por ellos, cada parte de mí tomada y retomada. El agarre de Tarquin en mi cabello se aprieta mientras empuja más profundo en mi garganta, estableciendo un ritmo implacable que coincide con el ritmo salvaje de James.

Apenas puedo respirar alrededor de la polla de Tarquin, los bordes de mi visión empiezan a desdibujarse.

Raphael se masturba mientras observa el espectáculo.

—Eres tan jodidamente hermosa así... rota y suplicante.

Me atraganto con Tarquin, lágrimas corriendo por mi rostro mezcladas con saliva y líquido preseminal. Pero me deleito en ello; nací para esta libertad salvaje y temeraria donde no soy nada más que suya.

De repente, hay una pausa en el ataque. Oliver empuja a Tarquin a un lado y lo reemplaza entre mis labios sin perder el ritmo.

—Mi turno de nuevo —gruñe, y lo chupo con fuerza.

James gruñe y descarga dentro de mí.

—Pequeño depósito de semen, ¿no es así? Vas a tomar todas nuestras pollas, nena. Te vamos a arruinar.

Gimo mientras Raphael finalmente interviene, reemplazando a James detrás de mí. Me preparo mientras Raphael no se molesta con ningún pretexto de gentileza, embistiéndome con una fuerza que me quita el aliento.

—Mía —gruñe con cada embestida castigadora—. Vas a recordar a quién perteneces.

Estoy al borde ahora, la mezcla de dolor y placer colisionando como una tormenta. La mano de Tarquin encuentra su camino hacia mi clítoris, rodeándolo con una precisión despiadada hasta que estoy gritando alrededor de la polla de Oliver, el mundo reduciéndose a las sensaciones que me desgarran. Las manos de Raphael agarran mis caderas, tirando de mí hacia su polla con una salvajada que me hace caer en el delirio.

Raphael me tira hacia atrás sobre su regazo, y Oliver se arrodilla frente a mí.

—¿Puede la pequeña puta tomar más de uno a la vez?

—Vamos a averiguarlo —gruñe Raphael mientras Oliver se acomoda entre mis piernas y empuja su polla en mi coño junto a la de Raph.

—Joder —jadeo—. Joder.

—¿Te gusta eso? ¿Hmm? ¿Te gusta tener dos pollas metidas en tu coño como una niñita sucia? —murmura Oliver.

El bosque es un borrón a mi alrededor; nada existe más allá de este círculo de lujuria y poder. Mi cuerpo tiembla, el aire frío no es nada comparado con el calor que arde por mis venas mientras soy repetidamente reclamada.

—Joder, se siente tan bien —jadea Raphael, sus embestidas volviéndose erráticas—. Estoy cerca.

Oliver embiste al unísono con Raphael, sus pollas estirándome imposiblemente. Apenas puedo respirar, mucho menos hablar, pero los sonidos guturales que escapan de mí son toda la

respuesta que necesitan: una mezcla de placer y dulce agonía dolorosa.

—Tómalo —sisea Oliver, su voz espesa por la excitación.

Las manos de Tarquin recorren mi cuerpo, pellizcando y provocando mis pezones hasta que me remuevo entre ellos, atrapada en una red de deseo implacable.

—Estás tan jodidamente apretada —gruñe Raphael desde debajo de mí, y puedo sentirlo hinchándose aún más dentro de mi coño devastado.

Me sacuden entre ellos como una muñeca de trapo. Mis sentidos están abrumados; es solo carne y calor y el ritmo primitivo del sexo. Me usan como un juguete, su juguete, y me encanta.

Raphael gime fuertemente, su cuerpo tensándose mientras alcanza su clímax. Me llena con su semen caliente mientras Oliver continúa golpeando mi coño chorreante. La sensación de estar llena hasta el borde me empuja al borde de mi propio orgasmo devastador mientras Oliver dispara su carga dentro de mí.

Justo cuando pienso que no puede ser más intenso, Tarquin me arrastra y me empuja contra un árbol. Me levanta por las caderas y clava su polla en mi coño, y puedo sentir cada centímetro de él reclamándome contra la corteza áspera. Mi espalda se raspa contra el árbol, pero el ardor no es nada comparado con el placer abrasador de las embestidas implacables de Tarquin.

—Mía —gruñe Tarquin, sus manos dejando moretones en mis caderas—. Dilo. Di que eres jodidamente mía.

Estoy delirante de lujuria, y lo grito, dejando ir el juego ahora. Estamos muy lejos de eso.

—¡Tuya! ¡Soy jodidamente tuya! —Mi voz sale cruda y rota, pero solo parece estimularlo más.

—Eres una chica tan buena para nosotros —alaba Oliver sin aliento mientras rodea para verme ser follada por Tarquin.

Tarquin me folla más fuerte contra el árbol, cada embestida enviando ondas de choque a través de mi cuerpo.

—No puedes tener suficiente de nuestras pollas, ¿verdad? —gruñe en mi oído.

—No, no, no puedo —admito sin vergüenza entre jadeos—. Por favor, no pares.

—Así es —dice James mientras se acerca para unirse de nuevo—. Fuiste hecha para esto... nuestra pequeña reina sucia.

Tarquin gruñe bajo, y su polla bombea su semen, empapándome tanto que se desliza fuera de mi coño.

James está listo para tomarme de nuevo, su mano yendo entre mis piernas para sacar tanto semen como puede antes de darme la vuelta y empujarme de nuevo a mis rodillas.

CAPÍTULO 27

JAMES

—Eres un maldito desastre —digo con una sonrisa maliciosa, deslizando mis dedos sobre su ano antes de insertar un dedo para lubricarla con el semen de su coño.

Empujo un segundo dedo dentro, estirándola, preparándola para mi verga. Está jadeando, retorciéndose bajo mi toque. Lo desea. —Ahora te la voy a meter por el culo, Eliza —murmuro, con la voz ronca de deseo.

Me mira por encima del hombro con esos penetrantes ojos verdes, nublados de lujuria. —Hazlo, James. Fóllame el culo —suplica, y la cruda necesidad en su voz me desarma por completo.

Me alinee con su agujero y empujo lentamente, deleitándome con la estrechez que me aprieta como un torniquete. —Tan jodidamente apretada —siseo mientras comienzo a moverme dentro y fuera de ella, despacio al principio.

Raphael se desliza a mi lado, su mano encontrando el camino hacia su clítoris de nuevo. —Haz que se corra con tu verga en el culo —me desafía con una sonrisa burlona.

Sus gritos llenan el bosque mientras acelero el ritmo. Tarquin y Oliver nos observan intensamente, sus vergas duras de nuevo ante la visión de Eliza tomando la mía tan hermosamente.

—Mírate —se burla Oliver, acercándose para quedar frente a ella—. Nuestra perfecta putita tomándola por todos los agujeros. —Le ofrece su verga a sus ansiosos labios de nuevo, y ella lo chupa con avidez.

Tarquin no se queda atrás; se arrodilla al otro lado de ella y baja la mano para jugar con los pezones de Eliza, pellizcándolos entre sus dedos hasta que ella gime sin parar.

La follo más duro y más rápido. Puedo sentir cada pulsación de mi verga dentro de su apretado culo. Es tan malditamente receptiva, su cuerpo temblando con cada embestida, y no puedo tener suficiente. —Eso es, tómalo todo —gruño.

Raphael es implacable en su clítoris, y la verga de Oliver desaparece y reaparece en su boca con un sonido húmedo que me vuelve loco.

—Joder, James... —jadea alrededor de la verga de Oliver, su voz ahogada pero cargada de éxtasis.

—Vas a correrte de nuevo para nosotros, ¿verdad? —la provoca Tarquin mientras retuerce sus pezones con más fuerza—. Te encanta ser nuestro juguetito sucio.

Su cuerpo se convulsiona mientras se deshace por toda la estimulación. La visión de ella desmoronándose debajo de mí me lleva al límite. Con una última embestida, me entierro profundamente en su culo y libero todo lo que tengo dentro de ella.

Mientras salgo lentamente, agotado y satisfecho, Tarquin corta las bridas con su navaja y

frota sus muñecas mientras ella se sienta, con el semen goteando de todos sus agujeros.

—Joder —jadea.

—¿Bien? —murmuro, apartando suavemente su cabello sudoroso y enredado de su rostro.

Asiente con un destello malicioso en esos ojos esmeralda, su pecho agitado. —Tan jodidamente bien —jadea Eliza.

La visión de ella, destrozada y ultrajada por nosotros, es una que guardaré cerca.

Tarquin la atrae hacia él, sus labios chocando contra los de ella en un beso brutal. —Eres increíble —dice contra su boca. Oliver y Raphael se acercan, sus manos vagando por su cuerpo como si no pudieran tener suficiente. Ella es nuestra Reina del pecado, el núcleo de nuestro retorcido deseo.

Oliver se ríe, bajo y oscuro. —¿A quién perteneces? —Es una pregunta cuya respuesta todos conocemos, pero escucharla decirlo es una maldita droga en sí misma.

—A todos ustedes —responde sin vacilar, mirando a los ojos a cada uno de nosotros—. Soy suya.

La mano de Raphael se desliza de nuevo entre sus piernas, encontrándola aún mojada con nuestro semen. —Parece que está lista para otra ronda.

La risa de Eliza es entrecortada pero teñida con esa chispa desafiante que adoramos.

—No puedo tener suficiente de ustedes, bastardos —declara, empujándose contra la mano de Raphael.

Oliver y Tarquin le abren las piernas de par en par y la sujetan por los tobillos mientras Raph cae entre sus muslos separados, y yo me siento a observar cómo mete su polla en su coño lleno de semen. Es implacable, follándola con embestidas poderosas que la hacen gritar. Es insaciable, y eso nos vuelve jodidamente locos.

—¡Sí, así, Raph, justo así! —grita ella, el sonido haciendo eco entre los árboles.

Tarquin sonríe, un depredador deleitándose con la visión de nuestra presa compartida mientras agarra sus tobillos con más fuerza.

—¿Oyes eso, amor? Eres una sinfonía de obscenidades para nosotros.

Raph la levanta, y ella lo monta a horcajadas, tomando el control ahora mientras Tarquin se coloca detrás de ella. Su trasero está lubricado con mi semen, así que la penetra duro y rápido, y ella lo acepta, gritando mientras ambas pollas la llenan a la vez. Doble penetración. Es un subidón de poder para todos nosotros, verla partida entre nosotros así.

Sus caderas se mueven en un ritmo perverso, tomando todo lo que tenemos para dar. Es una diosa maldita, deleitándose en la depravación que le ofrecemos. Oliver se acerca a su lado, su mano encuentra el camino hacia su garganta, apretando lo suficiente para hacerla jadear por aire, sus ojos volteándose por la intensidad de la asfixia.

—¿Te gusta eso? ¿Te gusta que te asfixien mientras te follan? —La voz de Oliver es oscura y peligrosa, pero ella asiente, y puedo ver el placer que le da.

—Sí —jadea Eliza—, asfíxiame, joder. —Su voz es ronca, quebrada por la lujuria.

Oliver aprieta su agarre ligeramente, y observo cómo su cuerpo se sacude con cada embestida de Raph y Tarquin. Es una visión jodidamente sucia: nuestra Reina empalada en sus pollas y disfrutando cada segundo.

—Córrete para nosotros otra vez. —Extiendo mi navaja y la paso sobre su pezón, haciéndola sangrar. Ella jadea mientras la arrastro entre sus pechos hacia el otro pezón y lo rodeo con la punta, dejando un corte irregular que dolerá como el infierno. Pero ella lo acepta.

Lo acepta todo.

Su orgasmo la atraviesa violentamente esta vez; se convulsiona alrededor de ambos, y veo el

triunfo en los ojos de Raph y Tarquin al sentirlo también. Están trabajando en perfecta sintonía ahora, embistiéndola hasta que ambos gruñen y eyaculan al mismo tiempo.

Por mucho que quiera continuar con esto, me estoy poniendo alerta por el hecho de que ninguno de nosotros está en guardia.

—Vamos a llevarte a casa —murmuro mientras me pongo la ropa, dejando mi camiseta fuera para ponérsela a Eliza por la cabeza. Ella sonrío agradecida mientras mis manos se deslizan bajo sus rodillas, preparándome para levantarla. La adrenalina de la posesión está empezando a disiparse, y ese filo frío y duro de la realidad vuelve en forma de vulnerabilidad. Estamos expuestos aquí, depredadores convirtiéndose en potenciales presas en la noche abierta.

Se apoya en mí, un brillo saciado pero salvaje aún bailando en esos ojos hipnotizantes.

—Casa suena jodidamente bien —acepta, con una sonrisa juguetona en sus labios mientras envuelve un brazo alrededor de mi cuello.

Tarquin y Raphael se apresuran a recoger nuestra ropa dispersa, sus movimientos eficientes a pesar de la persistente neblina de lujuria. Oliver ya está de pie, escaneando el perímetro con esa conciencia táctica siempre presente que lo marca tanto como protector como amante.

Mientras la llevo de vuelta hacia la casa urbana, su cabeza acurrucada contra mi hombro, sé que esta noche fue más que un juego depravado: fue una declaración. Para ella. Para nosotros. Para cualquier hijo de puta lo suficientemente atrevido como para poner un dedo sobre lo que es nuestro.

El camino de regreso a nuestra casa urbana es silencioso, pero está lleno de un entendimiento tácito de que lo que sucedió esta noche solo nos ha cimentado aún más, unidos por oscuros deseos y respeto mutuo forjado en el fuego criminal.

Cuando llegamos a la puerta principal, Eliza insiste en pararse por su cuenta a pesar del evidente cansancio que arrastra sus miembros.

—Camino en mi propia casa —declara con esa feroz independencia que nos vuelve locos, de todas las formas correctas.

—Eres jodidamente increíble —murmura Raphael.

—Todos ustedes también lo son. Gracias por hacer esto, por seguir mi necesidad de superar esto.

—Siempre —murmuro—, pero la próxima vez, danos alguna advertencia para que podamos prepararnos mejor, ¿eh?

Ella se ríe.

—¿Dónde está la diversión en eso?

Beso la parte superior de su cabeza mientras nos hace señas para que subamos las escaleras, y la dejamos ir. Ha hecho suficiente por esta noche.

Después de todo, siempre está el mañana.

CAPÍTULO 28

ELIZA

A vanzo a grandes zancadas por el campus, el golpeteo de mis botas marca un ritmo constante contra el camino de adoquines. Mis chicos están conmigo en esta hermosa mañana de otoño, y me siento verdaderamente viva después de pasar tiempo en el bosque anoche.

Nos separamos con sonrisas lentas, sin necesidad de muestras de afecto público, y llego a mi sala de conferencias. Tomo asiento en la primera fila, lista para demostrarle a esta universidad que he vuelto y estoy preparada para patear traseros académicos.

Mi portátil se abre con un suave clic y me sumerjo en la conferencia, las notas fluyen de mis dedos. Cuando el profesor lanza preguntas a los estudiantes, conozco las respuestas mientras otros titubean bajo la presión. He vuelto a ponerme al día después de sumergirme en un curso intensivo durante las primeras semanas, y no me permitiré retroceder de nuevo, sin importar la mierda que me lancen.

Burbujas de emoción recorren mi cuerpo al pensar en las actividades de media mañana y cómo cada persona aquí tendrá la oportunidad de probarse a sí misma. No solo los llamados niños de élite de la mafia, sino todos.

Siempre hay un diamante en bruto, como dice el refrán, y tengo la intención de desenterrarlos y hacerlos brillar.

Cuando la conferencia llega a su fin, me apresuro a cruzar el campus, el aire matutino muerde mi piel. No me estremezco mientras me dirijo a la vieja biblioteca, entro y bajo rápidamente las escaleras, revisando los últimos obstáculos que los chicos comenzaron a instalar ayer. Es un circuito brutal, algo nuevo, algo que nadie ha visto antes.

—¿Estás segura de esto? —pregunta Raphael mientras se une a mí, teniendo también una hora libre antes de la siguiente conferencia. Sus cejas se fruncen mientras observa las altas paredes y el alambre de púas.

—Absolutamente. —Mi voz no vacila. He planeado cada centímetro de este infernal campo de entrenamiento, y sé que es exactamente lo que estos estudiantes necesitan—. Me lo agradecerán más tarde.

—O te maldecirán para siempre —comenta Oliver, apareciendo detrás de la pared falsa, pero su sonrisa burlona traiciona sus verdaderos pensamientos.

—De cualquier manera, serán más fuertes —replico, mirando mi reloj—. Es hora. Vamos a alinearlos, y ustedes necesitan ir a sus conferencias.

Oliver me hace un gesto obsceno con el dedo y una sonrisa rápida, pero se va de todos modos.

Algunos de los estudiantes ansiosos por probarse a sí mismos se reúnen a mi alrededor, sus

rostros son una mezcla de nervios y emoción.

—Muy bien, chicos. Hoy comienzan un viaje que pondrá a prueba sus límites. Este circuito no se trata solo de fuerza física, se trata de corazón, determinación y cuánto lo desean. No les pediré que hagan nada que yo misma no haría. Todos vamos a enfrentar el desafío juntos.

Me muevo hacia un lado para dejar mi bolso y quitarme el abrigo, arrojándolo encima de mi bolso mientras el resto de los estudiantes hace lo mismo. Hay alrededor de quince y supongo que hay un par de chicos y chicas resistentes en el grupo de principalmente estudiantes de primer año, listos y ansiosos por subir en la escala.

—¿Listos? —grito mientras nos alineamos, pero no espero una respuesta. Esto no es un grupo de juegos. Salgo como un rayo, escalando la primera pared, que es jodidamente más difícil de lo que parece, pero no creo en hacer el comienzo fácil y luego aumentar progresivamente el desafío. Si acaso, elijo lo contrario. Elimina a los débiles más rápido de esa manera. El sudor perla mi frente y mis músculos arden por el esfuerzo, pero sigo adelante. Cada gruñido y jadeo es reflejado por los estudiantes detrás de mí, todos luchando por mantener el ritmo.

—¡Vamos! —animo, mirando hacia atrás para verlos titubear y luchar—. ¡Pueden hacerlo!

El circuito es implacable, diseñado para quebrar a aquellos que no son dignos de la vida en la que nacieron. Pero mientras doy cada salto y me impulso sobre cada barrera, me siento viva, poderosa e invencible.

—¡Eliza, espera! —la risa de Raph me alcanza mientras gana terreno, su forma atlética moviéndose con facilidad. Los otros no están lejos, cada uno impulsado por el desafío, por la necesidad de impresionar, de probarse a sí mismos ante mí, entre ellos y, lo más importante, ante sí mismos.

—No —respondo, sin aliento por la emoción de la competencia, el crudo filo de nuestra existencia aquí en la Universidad Castle.

Cuando el último obstáculo queda atrás, y estamos jadeando, cubiertos de tierra y victoria, me giro para enfrentar a algunos de ellos, con una sonrisa maliciosa jugando en mis labios.

—Bienvenidos a mi mundo —digo, con los ojos ardiendo—. Un día lo gobernarán, pero solo si logran sobrevivirme primero.

—¿Tendremos una segunda oportunidad? —pregunta un chico escuálido después de prácticamente caer sobre la última pared de bajo nivel para unirse al grupo.

—Tendrán tantas oportunidades como quieran para mejorar. Esto no es un trato de fallar una vez y estás fuera. Ya no. Si lo desean lo suficiente, practicarán y lo lograrán. Solo sepan que este curso cambiará de vez en cuando, así que no esperen memorizarlo y aprobarlo.

—Joder —resopla—. Vas a matarnos, ¿verdad?

—No. Voy a forjarlos.

Hay un murmullo de acuerdo, y luego aplaudo con mis manos sucias y raspadas.

—Muy bien, esa fue la prueba número uno. Ahora haremos cerebro sobre músculo —anuncio al grupo reunido a mi alrededor, sus ojos agudos y listos para el siguiente giro. El esfuerzo físico es una cosa, pero el legado de la Universidad Castle no será llevado solo por los músculos—. Tienen diez minutos para resolver esto. —Toco la pila de papeles en la mesa cercana antes de dar un paso atrás, con los brazos cruzados, y observarlos.

Los estudiantes se sumergen, frunciendo el ceño y rayando con sus bolígrafos mientras trabajan en complejos problemas de lógica, códigos y escenarios estratégicos. Me quedo a un lado, mi presencia una presión silenciosa que los impulsa.

—Tiempo —llama Raphael, su voz firme como el tictac de un reloj que se ha detenido. Los papeles caen, y hay un suspiro colectivo.

—Formen parejas, discutan sus soluciones —indico.

Se agrupan en dúos, surgiendo conversaciones animadas mientras comparan y defienden sus respuestas. Las críticas se dan sin malicia, los consejos se toman sin ego; una danza de intelecto bajo mi atenta mirada.

—Levanten la mano si descifraron el código final —digo a la sala, y algunas manos se alzan, impresionante, pero no suficiente. Me vuelvo hacia Raphael, asintiendo hacia los que no lo lograron—. Organiza una revancha para ellos. El ganador se lo lleva todo, pero todos aprenden algo.

—Entendido —responde, ya moviéndose para organizar al grupo.

—Recuerden, no se trata de ser el mejor en la sala —digo, recorriendo mi mirada sobre ellos—. Se trata de elevarnos unos a otros para pararnos sobre hombros de gigantes. Empujen más fuerte.

Asienten, con determinación en sus jóvenes rostros, y puedo ver las semillas de la grandeza comenzando a brotar. Ver cómo se despliega el potencial es una sensación embriagadora.

—Raph, asegúrate de que entiendan las aplicaciones del mundo real —instruyo, sabiendo que su mente táctica de todos modos cerrará la brecha entre la teoría y la práctica, pero eso es más para ellos que para él. Asiente, ya lanzándose a una explicación que tiene a todos inclinándose hacia adelante.

—¿Y qué hay de ti? Nos has estado presionando duro. ¿Qué te impulsa a ti? —pregunta una chica, delgada, rubia y pareciéndose demasiado a Imogen para no estar relacionada.

Encuentro su mirada, sintiendo el peso del legado de mi familia, las expectativas y mi propio impulso implacable. —La supervivencia. El éxito. La emoción del juego. —Hago una pausa, una lenta sonrisa extendiéndose por mi rostro—. Y asegurarme de estar siempre un paso adelante de ustedes.

—¿Puedes enseñarnos eso? —pregunta ella con sinceridad.

—Me temo que es algo que tienes que encontrar dentro de ti misma. Puedo probar tus límites, pero tu temple depende de ti al final del día.

Ella asiente, asimilando eso y vuelve su atención a Raph.

Hacemos un descanso después de diez minutos, nuestra hora ya terminada. La sala zumba con actividad y feroz concentración. Mientras los observo, siento una oleada de orgullo. Estos chicos no son solo estudiantes; son futuros líderes y estrategas, la sangre vital de nuestro mundo, y son míos para moldear.

—Veamos qué tienen —susurro.

Saliendo del búnker subterráneo, nos dispersamos bajo la luz del sol, y entrecierro los ojos mientras se ajustan.

—Parece que estás causando un gran impacto —murmura Oliver, acercándose a mí mientras me dirijo por el campus a mi próxima clase—. Y pareces un desastre caliente.

Riendo, saco una liga del bolsillo de mis vaqueros y recojo mi cabello. —Ese curso es brutal.

—Tú lo diseñaste; por supuesto que lo es —se ríe.

—Esos chicos lo hicieron bien —dice Raphael, lo cual es un gran elogio viniendo de él.

—Sí, definitivamente hay algunos a los que hay que vigilar y otros más para nutrir.

—Demasiados abandonos —gruñe, sin embargo—. Estos chicos necesitan endurecerse.

Pongo mi mano en su brazo y niego con la cabeza ante esta negatividad. —Lo harán. Esto fue un shock para el sistema. Apuesto a que todos volverán mañana.

—Hmm, ya veremos.

CAPÍTULO 29

ELIZA

Es tarde cuando cruzo el gimnasio a grandes zancadas, mis ojos recorriendo las filas de estudiantes alineados como soldados listos para la batalla. Sus rostros, grabados con determinación.

—¡Eliza! —La voz de Tarquin corta a través del ruido, y su sonrisa es lobuna mientras observa a un par de estudiantes de segundo año intercambiar golpes—. Algunos de estos chicos son buenos. Realmente buenos.

—¡Sí! —le exclamo, deteniéndome para observar a una chica desarmar a su oponente, que es el doble de su tamaño, con un movimiento fluido que habla de horas dedicadas a perfeccionar su técnica—. Son letales.

Oliver se ríe, apoyándose contra la pared con esa confianza perezosa que solo un hombre que conoce su propia fuerza puede poseer.

—No creo que la mitad de ellos supiera de lo que eran capaces.

—Y es precisamente por eso que estamos aquí... para mostrárselo. —Observo a otro estudiante ejecutar una maniobra de derribo que haría que Vince asintiera con aprobación. El programa que he diseñado no es solo duro, es brutal. Pero tiene que serlo. Allá afuera, en las sombras donde nuestra clase prospera, la debilidad no es solo derrota. Es muerte—. No solo están aprendiendo a pelear; están aprendiendo a sobrevivir, a prosperar.

—¿Tienes esto bajo control? —le pregunto a Tarquin—. Necesito salir y ocuparme de asuntos de libros.

—Ve —dice, asintiendo una vez antes de volver su atención al entrenamiento. Ya se está moviendo hacia adelante e instruyendo a un chico sobre cómo ejecutar una patada circular que dejará a su oponente fuera de combate.

Sonriendo, saludo con la mano a Oliver, quien se mueve entre el grupo, corrigiendo y aplaudiendo. Son la perfección.

Mi sonrisa me acompaña durante todo el camino de regreso a la casa, y entro a zancadas por la puerta, con los libros pesados en mi bolso, cada título un bloque de construcción para mi creciente imperio. Cuando me acomodo en el rincón junto a la ventana en la sala de estar, Raphael se desliza frente a mí, su mirada aguda pero admiradora.

—¿Estudiando de nuevo? —pregunta, aunque no es realmente una pregunta.

—Sí —digo, abriendo un libro de texto sobre economía.

—¿Podemos hablar rápido?

Cerrando el libro de nuevo, me lamo los labios y estudio su rostro serio.

—Eso suena ominoso.

—Solo si quieres que lo sea —replica con una mueca.

—Está bien, ahora estoy preocupada. ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada, pero papá y mamá se han separado, y eso ha estado afectando mentalmente a ambos. Es por eso que no has visto a mamá todavía y por qué papá está siendo un poco imbécil.

—Sí, me enteré, lo siento —murmuro, poniendo mi mano sobre su rodilla—. Sabes que puedes contarme cualquier cosa. Estoy aquí, siempre.

—Lo sé. Te lo estoy diciendo ahora. Los rumores se están propagando como un incendio, así que solo quería no parecer demasiado sospechoso pero decirte que Tarq y yo estamos lidiando con las consecuencias. No es bonito. Mamá es dura.

—No me sorprende. —Le doy una sonrisa para decirle que no pretendo ofender con el comentario, solo elogiar.

Él resopla.

—Sí. Pero papá ha recapacitado. Quiere conocerte oficialmente e intentar reparar la primera impresión que te dio.

Lo miro a los ojos azules profundos por un momento antes de soltar una pequeña risa.

—¿Ah, sí? ¿O eres tú quien quiere que él limpie su primera impresión?

—Tal vez ambos —admite con una suave sonrisa.

—Entonces, acepto. Le debo por ayudar a encontrarme.

—No le debes nada. Este es un favor que no necesita ser retribuido.

—Bueno, si lo es, estoy bien con eso.

—Lo sé, y esa es una de las muchas razones por las que te amo. —Se inclina hacia adelante para dejar un suave beso en mis labios—. Tu padre estaría orgulloso de todo lo que estás haciendo aquí —murmura.

Sus palabras son simples, pero dan en el blanco, llenándome de un sentimiento de orgullo que surge desde lo más profundo.

—Gracias —musito.

—Te dejaré volver a tu estudio.

Se levanta y me deja sola, cerrando la puerta silenciosamente tras él.

Me sumerjo de nuevo en mi libro de texto, las páginas llenas de números y teorías que son esenciales pero aburridas como el demonio. No puedo evitar pensar en la separación de los padres de Raphael, en la agitación que él y Tarquin deben estar enfrentando. Pero así es como lo hacemos; manejamos nuestros problemas y seguimos adelante.

A medida que cae la noche, el silencio en la habitación de repente es demasiado. Echo de menos el zumbido de actividad, los sonidos de puños golpeando almohadillas y los gruñidos de esfuerzo del gimnasio. Necesito concentrarme. Hay un imperio que dirigir y un título que terminar, y estoy haciendo ambas cosas, joder.

—¡Comida! —oigo gritar a Oliver, y cierro el libro de golpe, saltando del asiento para dirigirme a la cocina.

—¡Dios entre los hombres! —exclamo al entrar y oler el mejor aroma de comida que existe: lasaña.

—¡Ja! —declara Oliver, apuntándonos a cada uno con su servidor—. ¿Habéis oído eso, perdedores? Un dios entre los hombres.

Riéndome de los gruñidos de los otros chicos, me deslizo en mi silla para que me presenten la comida de aspecto más divino que jamás haya visto. Empezando a comer rápidamente, entre bocados, digo:

—Joder, esto está buenísimo. Joder. Debe de haber llevado una eternidad.

Se inclina para besarme la parte superior de la cabeza antes de sentarse él mismo.

—Solo lo mejor para mi chica.

—Nuestra chica —interviene Tarquin entre bocados—. Yo hice el pan de ajo.

—Lo pusiste en el horno y te aseguraste de que no se quemara —señala Oliver.

—Que te jodan. ¡Eso fue bastante difícil!

Riéndome de las bromas, me quedo callada mientras me como dos porciones, mis pensamientos desviándose esporádicamente hacia el peso de las responsabilidades sobre mis hombros. Pero cuando estoy con ellos, incluso ese peso parece más un desafío que una carga.

La comida termina con todos satisfechos y contentos, los chicos haciendo todo lo posible por superarse unos a otros con historias de sus logros o meteduras de pata del día, lo que sea que haga una mejor historia. Me reclino en mi silla, observando la dinámica entre nosotros. A pesar de estar arraigados en un mundo que a menudo es violento e implacable, hay algo profundamente liberador en estos momentos: nuestro santuario dentro del caos.

—Muy bien —digo, apartándome de la mesa y llamando su atención—. ¿Quién se encarga de limpiar?

Las manos se señalan entre sí antes de que James se ría y se ponga de pie.

—Yo me encargo esta vez. Sois unos inútiles.

Sonrío con suficiencia ante su fingida exasperación, pero mi mirada se detiene en él mientras recoge los platos: la tensión en sus brazos, la concentración incluso en esta tarea mundana. Es el meticuloso, el que encuentra paz en el orden y la rutina, una roca cuando todo lo demás es una tormenta.

—Entonces, ¿quién está listo para un regalo? —pregunta Oliver, levantándose y dirigiéndose al cuarto de la lavadora donde está la lavadora.

—Oh, ¿para quién es? —pregunto, aplaudiendo.

—Para ti, tonta —se ríe.

—¿Para mí? ¿Qué he hecho para merecer un regalo?

—Aparte de mojarle la polla —dice Raphael con una carcajada—. Todo. Solo por ser tú. Esto es de parte de todos nosotros.

—Pero fue *mi* idea —dice Oliver severamente desde dentro del cuarto de la lavadora.

—¡Vale, oficialmente estoy intrigada! ¿Qué es?

Oliver regresa con un elegante gatito negro en sus brazos que nos echa un vistazo somnoliento antes de bostezar con toda su cabecita.

—Esto es para ti —me entrega el gato, y yo lo miro parpadeando, acunándolo instantáneamente mientras ronronea y se acurruca en mis brazos.

—¡Oh, Dios mío! Cabrones —digo, con lágrimas brotando en mis ojos—. Sois unos completos idiotas, ¿lo sabéis?

—¿Eso es bueno o malo? —pregunta James, acercándose.

—Bueno. Jodidamente bueno. La amo. ¿Él?

—Ella —confirma Oliver—. La adoptamos. La dejaron en una caja al lado de la carretera.

—¡Hijos de puta! —siseo, abrazándola aún más fuerte—. Espero que tengáis un nombre para mí para que pueda dejar sus restos picados en una caja al lado de la carretera.

—Estamos trabajando en ello —dice Tarquin con una sonrisa.

—Gracias —digo, sorbiendo ligeramente ante este regalo tan conmovedor y considerado—. La amaré y la cuidaré.

—¿Cómo la vas a llamar? —pregunta Oliver.

—Demon —digo al instante—. Mi pequeña Demon. Va a ser una dura.

—Igual que su mamá —murmura Raph, acercándose más y luego gritando cuando Demon le ataca con sus garras.

—Oh, os habéis buscado vuestra propia ruina, chicos —me río fuertemente y acaricio a Demon bajo la barbilla—. En realidad, son buenos, gatita. Ya lo verás.

Me siento con mi nueva mejor amiga en mis brazos y observo a los chicos mientras vuelven a una conversación relajada. Oliver saca todos los accesorios para gatos que, por lo que parece, deben haber costado más que esta casa.

—Os quiero —murmuro.

Ninguno de ellos me oye por encima de su charla, pero está bien. De todas formas, ya lo saben.

CAPÍTULO 30

ELIZA

—**M**ira este lugar —digo, entrando en los campos de entrenamiento con Robert cerca detrás de mí. El sol está bajo en el cielo esta mañana mientras nos dirigimos al sótano de la antigua biblioteca.

—¿Algún consejo? —pregunta Robert, mirando el circuito de obstáculos que se extiende ante nosotros, con la mirada aguda y calculadora.

—Mantén la mente clara —le digo, deteniéndome para mirarlo de frente—. No dejes que la adrenalina afecte tu concentración, y recuerda, esta gente está observando cada uno de tus movimientos.

Él asiente, con las comisuras de los labios curvándose hacia arriba. —Les daré un espectáculo que no olvidarán.

—Bien —digo, dándole una palmada en el hombro—. Porque cómo te desenvuelvas hoy decide más de lo que crees. No se trata de llegar al final, sino de lo que haces cuando te empujan al límite. Eres su futuro Rey, y lo que hagas importa.

—Entonces veamos hasta dónde puedo llegar —dice, haciendo crujir sus nudillos, toda pretensión de indiferencia desaparecida. Sus ojos están vivos con un fuego, el tipo que arde en alguien listo para demostrar su valía.

Nos movemos hacia la línea de salida, donde algunos madrugadores están listos para enfrentarse al desafío y patearlo. Esperemos.

—Robert, te presento a las almas valientes que creen tener lo necesario —digo, señalando al grupo de estudiantes alineados en el punto de partida—. Esto de aquí es el futuro de la Universidad Castle.

Los estudiantes se mantienen erguidos, tratando de parecer imperturbables, pero sus ojos están hambrientos de aprobación. Robert da un paso adelante, su presencia imponente. No es solo un tipo cualquiera; es un hombre con un propósito, y todos lo sienten.

—Escuchen —se dirige a ellos, con voz firme como una roca—. Hoy van a mostrarnos de qué están hechos, y recuerden, no estoy aquí solo como espectador. Impresiónenme.

Hay un murmullo de nervios y emoción. Probablemente estén pensando que esta es su oportunidad de brillar frente al heredero aparente.

—Veamos qué tienen entonces —dice.

El silbato suena, agudo y claro, y el primer estudiante salta a la acción, sus músculos tensándose y relajándose como un resorte. Observamos, tomando la ruta lateral que está libre de obstáculos para mantener un ojo atento en los procedimientos mientras enfrentan el desafío: arrastrándose bajo alambre de púas, escalando muros, equilibrándose en vigas que se balancean precariamente sobre el suelo.

—Es rápido —comento, asintiendo hacia una figura esbelta que ya está a mitad de camino.

—Sí, pero la velocidad no lo es todo —contrarresta Robert, su mirada analítica—. También se trata de resistencia. Veamos si mantiene ese ritmo. Caballos contra guepardos.

Le doy una mirada impresionada. —Bien dicho. Bien por ti.

Él se ríe pero se enfoca rápidamente. Nos movemos por los laterales, nuestras botas silenciosas en el camino, manteniéndonos al ritmo de los participantes. Cada obstáculo que enfrentan, cada gruñido y jadeo, es una prueba de su fuerza, su ingenio y su voluntad de seguir adelante cuando cada fibra de su cuerpo grita que se detengan.

—¡Vamos, saca fuerzas! —grito cuando una chica tropieza, su respiración saliendo en jadeos entrecortados. Ella se levanta y me lanza una mirada feroz, y yo sonrío. Ese es el espíritu que la llevará adelante, no solo aquí, sino en la vida que les espera más allá de estos muros.

Puedo notar que Robert está tomando notas mentales de cada actuación, ya formulando planes sobre cómo moldearlos en líderes, en guerreros. Es el tipo de visión que me hace creer, en el fondo, que tiene lo que se necesita para dirigir este lugar el próximo año.

Un chico con una maraña de pelo rizado está a mitad de camino sobre una red de cuerdas, luciendo como si estuviera a punto de darse por vencido.

—¡Si te detienes ahora, siempre te estarás deteniendo. Castle no cría a quienes se rinden! —grita Robert, entrando en el ritmo de las cosas.

Él resopla, asiente y de alguna manera encuentra la determinación para arrastrarse hasta la cima.

—¿Ves eso? —le doy un codazo a Robert, señalando al chico—. Tiene un corazón sólido, pero su técnica es un desastre.

—De acuerdo —murmura Robert sin quitar los ojos de la escena—. Tenemos que entrenarlos en eficiencia. Energía desperdiciada equivale a oportunidad desperdiciada.

Observo cómo los primeros llegan al rompecabezas, sus cuerpos brillantes de sudor, las manos temblorosas mientras trabajan para encajar las piezas.

—Míralos ir. Es como ver al caos intentando ordenarse a sí mismo —se ríe Robert, pero hay admiración en su tono.

—Aunque el caos es donde Castle prospera —le recuerdo, con una sonrisa de suficiencia en mis labios—. Es nuestro pan de cada día.

—Cierto. —Asiente—. Pero hay espacio para la disciplina. Necesitan saber cuándo atacar y cuándo contenerse.

—Hablemos de estrategia. Estoy pensando en más ejercicios situacionales, del mundo real y de alto riesgo, para que la adrenalina fluya y sus mentes trabajen a toda velocidad.

—Suená bien. Y tal vez algunos juegos de espionaje. Mezclarlo con un poco de trabajo encubierto. —Robert se da golpecitos en la barbilla con el extremo de su bolígrafo—. Hacer que piensen como el enemigo.

—Exactamente. Que sea sucio, que sea crudo. Así es como sobrevivimos allá afuera. —Echo un vistazo a los estudiantes, con el orgullo hinchándose el pecho—. Estos chicos aprenderán a prosperar en las sombras y a brillar en la luz.

—No lo podría haber dicho mejor. —Robert me lanza una sonrisa que me dice que está dispuesto a todo—. El futuro de Castle se ve bastante brillante, Eliza.

—Solo porque nos negamos a dejar que se apague, Robert. —Le devuelvo la sonrisa con una feroz—. Ahora, volvamos a ello. Estos futuros líderes no se formarán solos.

Volvemos al circuito, y yo retrocedo, lista para ayudar a los que se están quedando atrás a mi manera especial, que en realidad es la manera especial de papá, lista para forjar la próxima

generación de los mejores de Castle.

Un chico llama mi atención: constitución fuerte, rápido de pies, pero está teniendo problemas con la estación de ganzúas.

—Te ves tan suave como un erizo en una bolsa de globos. Reduce la velocidad. La rapidez no lo es todo.

Él levanta la mirada, con los ojos abiertos de par en par, con una mezcla de respeto y sorpresa. Asiente y vuelve a intentarlo, esta vez más lento, más firme. El clic es satisfactorio, un suave susurro de éxito.

—Así se hace —lo elogio con un rápido aplauso.

Él asiente y sale disparado hacia el siguiente desafío.

De vuelta con Robert, le doy una palmada en la espalda mientras reúne al último de su grupo. —Tienes un gran ojo para los detalles —observo, mi voz elevándose por encima del zumbido de la adrenalina posterior al circuito.

—Viene con el territorio —dice Robert, encontrando mi mirada con un destello de orgullo en sus ojos—. No creces en nuestro mundo sin aprender a leer entre líneas.

—Cierto —coincido, observando cómo los estudiantes comienzan a dispersarse, sus cuerpos cansados pero con el ánimo alto. Me apoyo contra la valla, sintiendo el frío metal a través de mi camisa—. Este lugar no solo necesita un líder, necesita a alguien que pueda tomar las decisiones difíciles, que pueda mantenernos diez pasos por delante del juego. Y tú —le doy un golpecito en el pecho para enfatizar—, eres ese hombre.

Él me sonríe radiante.

El ruido se calma, y los últimos estudiantes cruzan la línea de meta, jadeando, con el orgullo grabado profundamente en las líneas de agotamiento de sus rostros. Silbo fuerte y claro, atravesando el zumbido de la adrenalina. Se reúnen alrededor, un mar de mejillas sonrojadas y pechos agitados.

—Acabáis de atravesar el infierno de ida y vuelta. Os habéis esforzado; no os habéis derrumbado. Esa es la sangre de Castle en vuestras venas, no os equivoquéis.

Robert está de pie a mi lado, su mirada aguda mientras los observa, ya catalogando cada triunfo y cada error.

—Hoy no se trataba de ganar o perder, se trataba de aprender. De encontrar el límite de vuestras capacidades y luego mear sobre esa línea. Os estáis convirtiendo en armas: inteligentes, duras, implacables. Y por lo que he visto —hago una pausa, dejando que las palabras pesen—, vuestros enemigos deberían estar cagándose de miedo.

Una ola de risas cansadas recorre la multitud. Robert da un paso adelante, su presencia captando su atención sin una palabra.

—Cada uno de vosotros mostró algo ahí fuera hoy —dice Robert, con voz firme—. Tenacidad, inteligencia, agallas. Tomaremos ese talento en bruto y lo afilaremos hasta que no solo estéis listos, sino que seáis vosotros los que marquéis el ritmo. Jez, me impresionaste mucho antes. Madison resbaló en el muro y tú la atrapaste. Podría haber sido un accidente grave, pero no la dejaste atrás. Fuisteis un equipo. Ese tipo de pensamiento te llevará lejos. No somos solo individuos jugando este juego. También nos ayudamos mutuamente. Bien hecho.

Jez asiente una vez, aceptando el elogio pero sin hacer alboroto.

—Robert ha demostrado ser más que digno, más que capaz de guiaros en cualquier tormenta de mierda que venga. Así que escuchadlo ahora, directamente de mí: Robert es mi sucesor elegido. El próximo Rey del Castillo. Si queréis desafiar eso, tendréis que pasar por mí.

La reacción es instantánea: los vítores estallan, haciendo eco en el sótano.

El rostro de Robert es una máscara de calma, pero la tensión en sus hombros se alivia, y hay una luz en sus ojos que habla por sí sola.

—El poder no vale una mierda si no lo usas para mejorar las cosas —le digo a Robert mientras el ruido se apaga—. Pero creo que es hora de terminar por hoy. —El trabajo del día ha sido bueno y productivo.

El mañana nos llama, otro día en este retorcido juego que jugamos.

CAPÍTULO 31

RAPHAEL

A l empujar la puerta de su dormitorio, veo a Eliza caminando de un lado a otro como un animal enjaulado. Sus ojos esmeralda se fijan en mí, y toda esa bravuconería descarada se desvanece por los nervios durante un segundo. —Hola —digo suavemente, acortando la distancia entre nosotros mientras Tarquin entra detrás de mí. Mis manos se posan sobre sus hombros, como un pequeño ancla en la tormenta que se agita dentro de ella—. No hay necesidad de ponerse nerviosa. Es solo una reunión informal.

Ella inhala, profunda y bruscamente, y luego fija su mirada en Tarquin y en mí, que intento parecer imperturbable.

—Gracias —dice con firmeza. Con cuidado. Conozco ese tono. Significa que se está preparando para enfrentarse al mundo, o en este caso, a nuestro viejo.

Tomando su mano, la guío escaleras abajo con Tarquin a su otro lado, flanqueándola, protegiéndola. Ella se ríe cuando llegamos al pie de las escaleras y suelta mi mano. Echa los hombros hacia atrás y marcha hacia la sala de estar como la diosa que es.

—Señor Carver —dice mientras Tarquin y yo nos deslizamos en la habitación. De ninguna manera la vamos a dejar enfrentar esto sola. No es que no tenga esto en el bolsillo, pero papá es un imbécil. Simple y llanamente.

—Eliza —dice él. Está sentado en el sillón frente a la puerta, con las piernas cruzadas y las manos entrelazadas.

Me cuesta todo lo que tengo no poner los ojos en blanco ante él.

—El poder es un juego peligroso —dice—. ¿Crees que puedes manejarlo?

—He estado preparada para jugar desde que nací; por supuesto que puedo —Se sienta en la silla frente a él, al otro lado de la mesa de café, y se recuesta, casual y sin mostrar signos de temor.

—La preparación es clave —Rafe asiente ligeramente, con un atisbo de aprobación en su mirada—. Pero ¿qué hay de la ambición? ¿Cuál es la tuya?

—Expansión —afirma Eliza con firmeza—. Extender nuestra influencia más allá de los límites tradicionales. Innovar dentro de nuestras operaciones sin sacrificar el honor o la fuerza.

—Suenas como un gran desafío —dice Rafe, pero su tono ha cambiado. Ahora es menos un interrogatorio y más como un veterano reconociendo el potencial de un novato.

—Solo los más grandes —reconoce ella con una pequeña sonrisa confiada—. No apunto bajo, señor Carver.

Eliza mantiene su posición mientras él la mira fijamente, pero hay un fuego en esos ojos suyos que me dice que no solo está jugando a la defensiva. Está aquí para reclamar terreno. Observo, con el pecho hinchado de orgullo, cómo ella desvía cada estocada verbal de Rafe como

una profesional experimentada.

—Háblame de esta nueva operación —Rafe se inclina hacia adelante, su voz toda gravilla y sin tonterías—. La fachada legítima es admirable, pero ¿qué hay de las sombras? ¿Las partes que no aparecen en los periódicos metafóricos?

Eliza ni siquiera parpadea. —Valoramos la discreción por encima de todo. Nuestros esfuerzos menos públicos están estructurados para apoyar y proteger nuestros intereses.

—Discreción —repite Rafe, probando la palabra como si fuera un vino fino. Asiente, evaluando su compostura tranquila—. ¿Y cómo manejas la traición dentro de tus filas?

—Rápidamente y sin piedad —declara, su tono firme pero uniforme. Envía una descarga de lujuria a través de mí. Esa es mi chica, imperturbable frente a las preguntas más difíciles.

—Despiadada —comenta, pero hay un toque de apreciación ahí—. Esa es también la manera de los Carver.

Casi puedo ver los engranajes girando en la cabeza de Rafe mientras busca otro enfoque, uno que la haga abrirse. —¿Qué te impulsa, Eliza? ¿Poder? ¿Dinero? ¿Respeto?

—Legado —responde sin un segundo de vacilación—. Construir algo que me sobreviva, que establezca un nuevo estándar para ambas familias.

—Legado... —reflexiona Rafe, entornando los ojos como si estuviera tratando de encontrar la mentira. Pero no la encontrará porque esa es la pura y no diluida Eliza hablando; su visión siempre ha sido cristalina.

—Audaz. ¿Y si ese legado tiene un costo? —Rafe plantea la pregunta, que queda suspendida pesadamente entre ellos.

—Todo imperio tiene su precio —responde ella—. Estoy dispuesta a pagarlo.

—¿Lo estás? —la desafía Rafe, pero hay un destello de respeto en su mirada que antes no estaba ahí. La está presionando, sí, pero es como si quisiera que ella le devolviera la presión con la misma intensidad.

—Absolutamente —su voz corta la tensión, afilada y segura.

—Bien —dice Rafe, y juro que veo la comisura de su boca torcerse hacia arriba. Es lo más cercano a una sonrisa que el viejo puede ofrecer.

Tarq y yo permanecemos en silencio durante este intercambio; nuestra presencia se mantiene al margen. Pero por dentro, estoy lejos de estar callado. Mi corazón corre una maratón porque Eliza está haciendo más que mantenerse firme: está ganándose a nuestro padre.

La voz de Rafe Carver corta el silencio, afilada como un bisturí, atrayéndome de vuelta. —Háblame de tus estrategias para expandir el territorio.

Los ojos de Eliza se clavan en los suyos, sin un atisbo de duda. —La diplomacia primero —comienza, su mente claramente sopesando cada palabra como si fuera ajedrez, y ella estuviera pensando cinco movimientos por delante—. La fuerza como último recurso. Los aliados son activos, pero la complacencia con ellos es tan peligrosa como cualquier enemigo.

—¿Incluso si esos aliados son familia? —indaga Rafe, inclinándose hacia adelante.

—Especialmente entonces —se mantiene firme, inquebrantable—. Las familias también pueden volverse complacientes. Es negocio primero, sangre después.

La observo, veo los engranajes girando en su cabeza mientras navega por este campo minado. Eliza no es ajena a la política despiadada de nuestro mundo; ha estado nadando con tiburones desde que aprendió a caminar. Sus respuestas son más que teóricas: están grabadas con la realidad de vivir esta vida.

—Digamos que tienes un traidor. ¿Cómo lo manejas? —la pregunta de Rafe es como un cable vivo arrojado a un charco.

—Exponer, explotar, exterminar —responde con calma—. Una traición es una lección. Aprendes de ella, la usas para reforzar la lealtad en otros, y luego eliminas el problema. Permanentemente.

—Despiadado —comenta Rafe, pero capto el tic en su labio: es aprobación, por reluciente que sea.

—Efectivo —lo corrige ella, su tono uniforme, su mirada inquebrantable.

Tarq y yo intercambiamos una mirada. Ambos estamos impresionados como el demonio. Eliza no solo está enfrentándose de igual a igual con uno de los hombres más temidos del bajo mundo; lo está haciendo con la compostura de alguien que ha estado en este juego durante décadas. Sin duda, su padre la enseñó bien.

Estoy al borde del asombro, viendo a Eliza igualar el ingenio con el viejo. Es brillante y valiente, y ahora mismo, está brillando más de lo que jamás la he visto. La forma en que se mantiene, el fuego que ilumina sus ojos: estoy anonadado por la fuerza de la naturaleza que es Eliza Hughes. Mientras Rafe Carver asiente con lo que parece respeto, sé que no solo está ganando esta ronda; está cambiando el juego.

Con el asentimiento de Rafe, la tensión se rompe como un cable que se parte. Esta mujer, esta feroz y brillante fuerza de la naturaleza, acaba de ganarse sus galones con una de las personas más despiadadas que conozco. Siento una oleada de algo salvaje y feroz elevándose porque Eliza es la auténtica, y papá lo sabe.

El pecho de Eliza sube y baja, cada respiración una muesca en su victoria. Lo veo en la firmeza de su mandíbula, en su postura inquebrantable: ahora se sienta más erguida, y el asentimiento de Rafe Carver es como una coronación. No solo ha pasado su prueba; ha destrozado las expectativas.

—Los dejaré entonces —declara Rafe, poniéndose de pie y acercándose a Eliza. Extiende su mano, y ella se levanta, estrechándola con firmeza y haciendo que papá le sonría con suficiencia—. Chicos.

Cuando se va, la puerta detrás de nosotros se cierra con un sonido definitivo, como el final de un capítulo y el brusco inicio de otro.

—Es hora de conquistar el puto mundo —afirma Eliza con una suave risa—. Tu padre es tan duro como el mío.

La acerco a mí, sellando nuestro pacto con un beso que sabe a poder y desafío, sé una cosa con certeza: estamos listos para cualquier juego que el mundo de la mafia nos lance. Juntos, no solo como socios en el crimen sino como iguales en un amor que es tan feroz como inquebrantable.

Ella me suelta y se vuelve hacia Tarquin, quien la abraza con fuerza, apretándola contra él.

—Eso fue épico —murmura—. Se lo demostraste.

—Siempre. He estado lidiando con hombres como él toda mi vida. Pan comido. Solo necesitaba la oportunidad, eso es todo.

Él besa la parte superior de su cabeza, y yo la atraigo de vuelta hacia mí, besando sus labios ferozmente. —Sexo ahora.

Sus ojos se encienden. —Bueno, si insistes.

Riendo, toma nuestras manos y nos guía escaleras arriba, donde pretendemos olvidarnos del mundo de la mafia y concentrarnos solo en nosotros por un rato.

CAPÍTULO 32

ELIZA

La luz de la mañana se filtra a través de los grandes ventanales de la Universidad Castle mientras avanzo por el pasillo, con los libros apretados contra el pecho. Después de que la reunión con Rafe Carver saliera mejor de lo que esperaba, estoy en las nubes. Las clases están en pleno apogeo, el aire cargado con el aroma de la ambición y el café. Raphael está ahora en derecho, con James sumergido en ciencias políticas. Tarquin devora economía, mientras que Oliver está sobresaliendo en contabilidad con su don para los números y los patrones.

Durante la próxima hora, me sumerjo en la psicología criminal, aunque no es que sea muy diferente de la vida a la que estoy destinada. La ironía no se me escapa: estudiar la mente criminal mientras me preparo para liderar una de las dinastías mafiosas más temidas de Gran Bretaña. Esta es mi asignatura principal, mientras que la historia es mi pasión. Es un filo de navaja sobre el que me equilibrio precariamente, asegurándome de hacer algo que disfruto mientras mantengo la cabeza en el juego.

El tiempo vuela, y el profesor nos despide, una señal que nos concede una libertad temporal. Me abro paso entre el mar de estudiantes; la cafetería del campus me llama con la promesa de cafeína y un momento de respiro. Tarquin ya está allí cuando llego, de espaldas a la fila, escaneando la sala con la mirada hasta que se posa en mí. Una sonrisa se despliega en sus labios mientras me uno a él en la cola.

—Hola —me saluda, entregándome una taza humeante sin preguntarme mi pedido. Sabe que soy una criatura de costumbres: negro, sin azúcar, como mi vida: fuerte y sin adornos.

—Gracias. —Doy un sorbo agradecido, el líquido amargo reactivando mis sentidos—. ¿Cómo está el mercado hoy? ¿Alcista o bajista?

—Siempre alcista cuando estás cerca —responde, con una sonrisa contagiosa.

—La adulación no te llevará a ninguna parte —bromeo, dándole un codazo. Nos deslizamos en una mesa junto a la ventana.

—El profesor Hueso Duro Hawthorne casi me pilla mandando mensajes en clase hoy —murmura Tarquin, con un destello de picardía en los ojos—. Tuve que desplegar algunas maniobras evasivas.

—Déjame adivinar, ¿lo deslumbraste con tu extenso conocimiento de política fiscal para distraerlo de tu teléfono? —Arqueo una ceja, ocultando una sonrisa detrás de mi taza.

—Algo así —dice, recostándose con un gesto de satisfacción en la barbilla—. Pero valió la pena. Logré que Imogen hablara con Raymond, quien habló con Cath, y los Garrison están dentro.

—Joder, eso sí que fue un movimiento elegante.

Se ríe por lo bajo. —Llámame Fred Astaire.

Compartimos una risa, y doy otro sorbo de mi muy necesario combustible.

—¿A dónde vas ahora? —pregunta, aunque estoy segura de que lo sabe perfectamente.

—Historia Medieval —digo con un suave suspiro, casi amoroso.

—Suenas aburrido —comenta, pero hay respeto en su tono, un reconocimiento silencioso de mi disciplina.

—No para mí. Es mi pasión: una forma de vida brutal que hizo a la gente dura como una roca. Hay que apreciar a los antepasados, tío. Joder. Ten algo de alma. —Me río fuerte, y él lo toma con calma.

—Quizás —concede—. Fechas y esas cosas, demasiado confuso para mí.

—No se trata solo de fechas. Es el panorama general; se trata de cómo los humanos estamos destinados a repetir la historia porque nunca aprendemos una mierda del pasado. Creemos que sabemos más que la gente que ya lo ha vivido y ha vivido para contarlo.

—Bueno, no puedo discutir eso.

Nuestras suaves risas se funden con el murmullo de la cafetería, un simple momento de camaradería en medio de las complejidades de nuestras vidas. Pero pronto, el descanso termina, y ambos nos levantamos, tirando nuestras tazas vacías y volviendo a la batalla.

—¿Nos vemos en casa más tarde? —pregunta Tarquin mientras nos separamos en la puerta.

—Ya lo sabes. —Con un gesto de despedida, me dirijo a mi siguiente clase, el peso de mi futuro descansando ligeramente sobre mis hombros, tan familiar como el cuero de mis botas resonando contra los pulidos suelos de la universidad.



—VAMOS, Eliza —gruñe Raphael entre dientes, con los ojos clavados en los números digitales que suben en su consola—. Muéstrame lo que tienes.

El sudor perla mi frente mientras igualo el ritmo de Raphael en la cinta de correr justo antes del almuerzo. Es un desafío tácito entre nosotros, nuestros pies golpeando al unísono, respiraciones constantes pero llevadas al límite. El gimnasio es mi campo de batalla esta tarde, y el ritmo de nuestras zancadas es como un redoble de tambores que nos impulsa hacia adelante.

Presiono el botón para aumentar mi velocidad, una sonrisa de satisfacción tirando de mis labios, aunque está oculta por la pura concentración que empuño como un arma. —Tú lo has pedido —digo. Mis piernas arden con el esfuerzo, los músculos gritan, pero prospero con la quemazón, con el poder crudo que corre por mis venas.

Raphael asiente, reconociendo la afirmación silenciosa que establezco: no solo estoy manteniéndome al día, estoy marcando el ritmo. Ambos estamos empapados cuando terminamos, un testimonio del impulso que nos propulsa no solo aquí, sino en cada aspecto de nuestras vidas.

—Buena carrera —jadea, dándome un choque de manos que escuece por la fuerza que lleva.

—La mejor manera de abrir el apetito —respondo, agarrando mi botella de agua y la toalla. Nuestras sesiones de entrenamiento son más que simple esfuerzo físico; son un recordatorio de que estamos preparados para los desafíos que nos esperan, ya sea en clase o en las sombras donde yace nuestro futuro.

Después de enfriarnos, ducharnos y cambiarnos, me dirijo a la biblioteca, donde encuentro a James enterrado en libros, con el ceño fruncido en concentración. Levanta la mirada y me dedica una pequeña sonrisa, que le devuelvo antes de posar suavemente mi mano en su hombro.

—¿Estás bien? —pregunto, examinando los títulos que lo rodean como muros de una fortaleza.

—Mejor ahora —murmura, inclinando la cabeza para que pueda darle un ligero beso en los labios.

—¿Vienes a almorzar?

—En un minuto, déjame terminar. Ve tú adelante.

—De acuerdo, te dejo con lo tuyo —sé que es mejor no discutir, y me alegra que los chicos se estén tomando sus estudios más en serio ahora en lugar de ser todo juego y nada de trabajo.

—Gracias —dice, ya sumergiéndose de nuevo en las profundidades de su libro.

Me escabullo de la biblioteca y me dirijo hacia Oliver. Lo encuentro afuera, en el patio donde nos conectamos por primera vez, apoyado contra la pared, con un libro en una mano y una manzana medio comida en la otra. Nuestras miradas se encuentran, y se enciende una chispa, algo peligroso y emocionante que promete más que solo momentos robados entre clases.

—Hola —dice Oliver, con voz baja, un toque de picardía jugando en los bordes.

—Hola a ti —respondo, acercándome. No tenemos mucho tiempo, pero con Oliver, segundos son suficientes para encender un fuego. Extiende la mano, apartando un mechón de cabello de mi cara, sus dedos rozando suavemente mi mejilla.

—¿Me extrañaste? —bromea, aunque la intensidad en su mirada dice que ya conoce la respuesta.

—Siempre —es la verdad, simple y poderosa.

Sonríe, luego se inclina, sus labios encontrándose con los míos en un beso que es breve pero abrasador. Es una promesa de cosas por venir, un toque fugaz que habla volúmenes. Nos separamos, sin aliento.

—¿Más tarde? —pregunta, su pulgar trazando mi labio inferior.

—Más tarde —confirmo, mi voz firme a pesar del calor que se enrolla dentro de mí. Tomo su manzana y le doy un mordisco, y él sonríe mientras se la devuelvo.

—¿Eso es todo lo que vas a comer de almuerzo?

Me encojo de hombros. —Me quedan quince minutos ahora, así que mejor me voy a la siguiente clase.

Me la devuelve. —Llévatela.

—Ay, mira qué dulce te has puesto —murmuro mientras se la arrebato y le doy otro mordisco. Estoy hambrienta, pero comer sola es aburrido.

Con una última mirada prolongada y un rápido saludo con la mano, me dirijo a mi siguiente clase, el sabor de él aún en mis labios. Estos momentos son combustible, cada uno una pieza del intrincado rompecabezas que forma nuestras vidas. Es la perfección, y no lo cambiaría por nada.



AL FINAL de otro día académicamente desafiante, empujo la puerta de la casa adosada. El aroma de la comida cocinándose golpea mi nariz, y mi estómago gruñe. Dejando caer mi bolso, me dirijo directamente a la cocina donde Oliver preside, secándose las manos con un paño de cocina y volviéndose para examinar su reino: la cocina. El chisporroteo del ajo y las cebollas llena el aire, y él está en su elemento, completamente a gusto entre ollas y sartenes que resuenan como una sinfonía bien orquestada. Me apoyo en el marco de la puerta, observándolo trabajar, con una sonrisa juguetona en mis labios.

—Presumido —le digo, mi voz ligera pero cargada de orgullo.

—¿Celosa? —Oliver lanza por encima de su hombro, con una sonrisa tirando de la comisura de su boca.

—Tal vez de tus habilidades con el cuchillo —admito, mis ojos siguiendo el confiado picado de las verduras—. ¿Qué obra maestra estamos deleitando nuestros paladares esta noche?

—Espera y verás —me provoca, añadiendo una pizca de hierbas que levanta un aroma, haciendo que mi estómago gruña aún más fuerte.

—Huele a gloria, Oliver —dice Raphael mientras entra en la cocina detrás de mí.

—¿Ya está listo? —la voz de Tarquin hace eco por el pasillo, seguida del golpe de sus libros de texto al caer sobre el banco de la entrada.

—Ven aquí y ayuda, y se acelerará —responde Oliver, imperturbable, volteando hábilmente una sartén con algo que me hace la boca agua.

James entra después, con la mirada distante, pero vuelve a la tierra con los ricos aromas que inundan la casa. Su mano encuentra mi cintura, sus dedos presionando suavemente. —Hola —susurra, sus labios rozando mi oreja.

—Hola.

—¡La comida está lista! —anuncia Oliver, interrumpiendo nuestro momento. Nos reunimos alrededor, llenando platos con los platos que Oliver ha transformado en arte.

La conversación es fácil, salpicada de bromas y risas, cada bocado es evidencia del talento de Oliver y cada mirada una promesa silenciosa de todas las noches por venir.

—¿Hora de maratón de películas? —sugiere Tarquin, ya a medio camino del cine en casa, plato en mano.

—Guía el camino —digo, siguiendo a los chicos a la habitación que se ha convertido en nuestro santuario del mundo exterior.

Nos acomodamos en los sofás, las luces se atenúan mientras la primera película cobra vida en la pantalla. Héroe de acción y persecuciones de coches toman el centro del escenario, pero son las miradas compartidas, los dedos entrelazados y los suaves roces de labios sobre la piel los que realmente cuentan la historia de nosotros.

—La mejor parte del día —murmura James, con el brazo envuelto alrededor de mí mientras asiento, contenta en el caos y el calor de nuestra familia elegida.

—No podría estar más de acuerdo —añade Raphael, su sonrisa genuina en la luz parpadeante de la pantalla.

—Shh, se están perdiendo la mejor parte —nos calla Tarquin, aunque sus ojos nunca nos abandonan, el vínculo que compartimos reflejado en su mirada.

—La mejor parte está justo aquí —susurro en respuesta, mientras nos hundimos más en los cojines, dejando que la noche nos envuelva, feroz y tierna en su abrazo.

Justo como nosotros.

EPÍLOGO

Eliza

Cinco años después

La pesada puerta de roble de la sala privada se cierra con un golpe seco que resuena en mis huesos. Lentamente, camino hacia la cabecera de la larga mesa de caoba, con mis chicos flanqueándome como los Reyes que son. Estamos en El Nido, el club más exclusivo de la ciudad, y es todo nuestro.

Balanceo mi bate de críquet que tiene más de treinta clavos incrustados en la madera, un regalo de mi vigésimo segundo cumpleaños de mi mejor amiga, Victoria Stroud, hace cuatro años, nunca se aparta de mi lado. Al igual que Demon, que ronronea desde su cesta en la esquina, depositada por Oliver, el único hombre al que permite tocarla.

El miedo se extiende por la habitación. Este no es momento para divertirse y sin embargo... Bueno, está bien. Es divertido para *mí*. No tanto para el traidor que está a punto de que le aplasten la cara.

El hombre atado a la silla en el extremo opuesto de la mesa está sudando la gota gorda, sus ojos moviéndose desesperadamente en busca de una salida. Pero no hay ninguna. Ha cavado su propia tumba; ahora tiene que acostarse en ella.

Raphael se inclina, su aliento cálido contra mi oreja.

—¿Estás lista, amor? —Siempre está tan jodidamente tranquilo, incluso cuando las cosas están a punto de ponerse feas.

Una sonrisa maliciosa se extiende por mi rostro.

—Nací lista.

Me acerco al traidor, cada paso medido y lleno de intención. James me observa con esos hermosos ojos color avellana que no se pierden ni una maldita cosa. Tarquin está crujiendo sus nudillos, con una energía inquieta que le hace saber a todos que está ansioso por algo de acción. Oliver es la imagen de la elegancia relajada contra la pared, pero la oscuridad en su mirada cuenta una historia diferente.

—Por favor —gimotea el hombre mientras levanto el bate—. Haré cualquier cosa.

—Ya lo hiciste —escupo y golpeo con fuerza.

El crujido resuena en las paredes.

—Auch —dice Felix en voz alta desde al lado del hombre con la cara destrozada—. Eso parece que dolió como la mierda.

Intercambiamos una sonrisa maliciosa, y se lo paso para que él también pueda jugar. Este

traidor es su hallazgo, así que también tiene derecho a divertirse.

—Ay, gracias, hermanita —dice y le rompe las rótulas al tipo en rápida sucesión.

La habitación queda en silencio, salvo por los gemidos agónicos del hombre desplomado en la silla. Su destino fue sellado por su propia traición, una lección para aquellos que puedan considerar un camino similar. Me doy la vuelta, la emoción de la justicia servida calentándome más que cualquier abrazo.

—¿Negocio concluido? —pregunta James, su voz baja pero con un tono que denota su disposición a cambiar de marcha.

—Concluido para mí —confirmo, mi mirada demorándose en los hombres que amo. Son mis compañeros en todos los aspectos de la vida. El equilibrio de mi fuego, el acero de mi determinación—. Felix, tráeme mi bate cuando hayas terminado.

—Lo haré —gruñe y golpea con fuerza.

El resto de nosotros salimos de la habitación después de que he recogido a Demon y entramos en la tranquila energía de El Nido. Este es nuestro reino, donde el poder y el placer se entrelazan.

Mientras nos abrimos paso entre la multitud, lo siento: todas las miradas sobre nosotros, algunas de admiración, otras de envidia. Somos una fuerza juntos, intocables. El brazo de Raphael está alrededor de mi hombro, la mano de James en la parte baja de mi espalda, Tarquin y Oliver nos siguen, siempre alerta.

En nuestro reservado privado que domina la ciudad, Victoria se une a nosotros con bebidas.

—Feliz cumpleaños, zorra —dice, deslizando una bandeja de copas de champán sobre la mesa.

—Gracias —digo, pero aparto el vaso que James coloca frente a mí.

—¿Oh? —pregunta con una ceja levantada.

Le doy una sonrisa nerviosa. —Nada se te escapa, ¿verdad?

—¿Estás...?

—Sí —murmuro con un leve sonrojo—. Estoy embarazada.

Hay un silencio atónito, pero luego el reservado estalla en vítores y exclamaciones. El agarre de Raphael se tensa momentáneamente, una promesa silenciosa de protección y devoción antes de inclinarse para presionar un beso feroz en mi sien.

—¡Joder, Eliza! ¡Eso es increíble! —declara Tarquin—. ¡Vamos a ser padres!

La sonrisa de James es de pura calidez. —Vamos a tener a un pequeño badass correteando por ahí —dice, con diversión bailando en sus ojos.

La risa de Oliver es rica y reconfortante mientras se inclina sobre la mesa para envolverme en un abrazo suave pero sincero. —Nos aseguraremos de que nuestro hijo sepa dar un puñetazo antes de que pueda caminar —bromea, con la promesa en sus palabras clara como el día.

Siento un pequeño aleteo en mi pecho y reprimo el aliento que se me entrecorta. Tengo miedo. Miedo de traer un bebé a este mundo, pero luego miro a cada uno de mis chicos y a mi mejor amiga, todos parte de este mismo mundo y salimos bien. Claro, estamos un poco locos y nos deleitamos con la violencia, pero nuestros padres nos criaron para prosperar en la oscuridad. Solo espero poder hacer lo mismo por nuestro pequeño.

—Obviamente, no sabemos quién es el padre —suelto de repente, deteniendo la conversación en seco.

Victoria se ríe por lo bajo y se escabulle. —Os dejaré navegar por esa.

—¿A quién le importa? —pregunta Raphael sin dudar—. Este niño es nuestro, y todos lo amaremos incondicionalmente.

—Por supuesto que lo haremos. No hay duda de eso —dice Oliver.

James asiente mientras Tarquin me aprieta la mano desde el otro lado de la mesa. —Todos dentro, ¿recuerdas?

—Todos dentro —repito, sintiéndome un poco más ligera ahora.

La noche continúa con risas y planes para el futuro, un futuro que se siente más brillante con la perspectiva de una nueva vida en medio de nuestra familia poco convencional. Mientras miro alrededor a los rostros de los hombres que amo, cada uno único e inquebrantablemente leal, me doy cuenta de que nuestro hijo nacerá en un mundo donde el amor no conoce límites y la lealtad es más fuerte que la sangre.

Nuestras vidas están entrelazadas por más que solo romance o empresas compartidas; están forjadas por una fuerza que no puede romperse. Juntos, somos invencibles, un imperio que prospera tanto en el amor como en el poder.

—Por siempre y para siempre —añade Raphael, su abrazo una fortaleza a mi alrededor.

—Nada puede detenernos —gruñe Tarquin, su agarre firme y seguro.

—Nada lo hará —afirmo, mi voz una promesa sensual mientras los atraigo a todos más cerca.

Somos una fuerza de la naturaleza, cinco almas fusionadas en una entidad imparable. Aquí, en el abrazo de la oscuridad y el poder, le mostramos al mundo exactamente quiénes somos y de qué somos capaces. Este es nuestro reino, y lo gobernamos con puños de hierro y corazones entrelazados, listos para pasarlo a la siguiente generación, donde caminarán a través de los fuegos de la Universidad Castle, tal como lo hicimos nosotros.